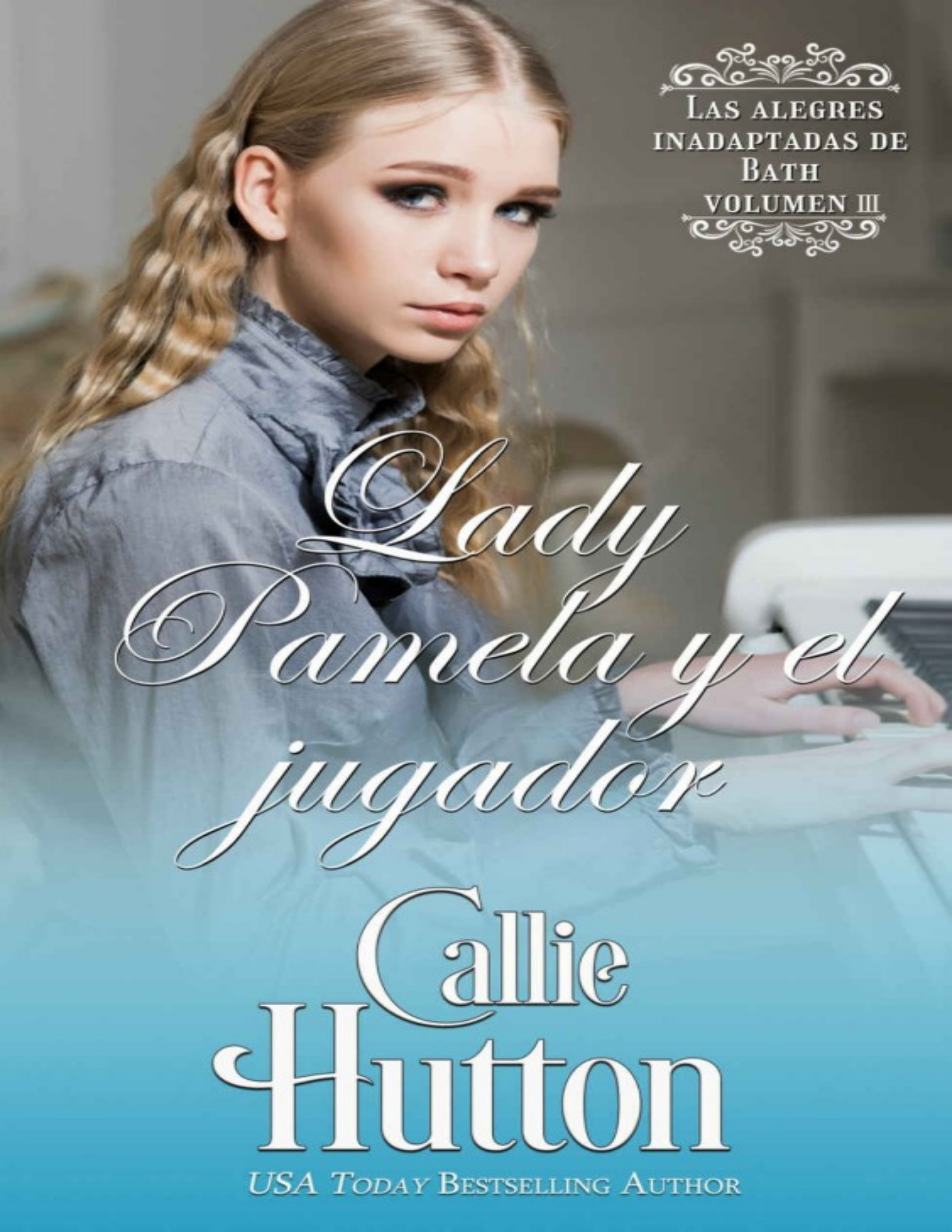

Las alegres inadaptadas de Bath
volumen III
Lady Pamela y el jugador
Callie Hutton
USA Today Bestselling Author

Lady Pamela y el jugador

Callie Hutton

Contenido

Página del título
Sobre el libro
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Epílogo
Sobre la autora
Derechos de autor

Sobre el libro

¿Tendría que vivir siempre con miedo o debería pedir ayuda al hombre al que rechazó?

Lady Pamela Manning encontró en Bath un hogar feliz después de pasar varias temporadas en Londres asistiendo a fiestas para encontrar marido, que siempre terminaban siendo un desastre. Pamela canta como un ángel, pero le cuesta mucho decir una frase completa sin tener que tartamudear.

Pero le va bien vivir recluida socialmente, a pesar de que tiene a dos amigas a las que adora, por lo que descarta las atenciones del señor Nicolas Smith, el propietario de un exclusivo club de juego de Bath. Sin embargo, algo extraño sucede en la residencia donde vive y, accidentalmente, se encuentra en medio de una situación muy peligrosa.

¿A quién puede recurrir para que la ayude y la proteja más que a un hombre que que fue niño huérfano que tuvo que salir adelante solo en las calles de Londres?

El señor Nicolás Smith.

* * *

¡Recibe un libro gratis y mantente al día con los nuevos lanzamientos y ventas!
http://calliehutton.com/newsletter/

Prólogo

Londres, Inglaterra

—Es una vergüenza, David. Simplemente no lo puede evitar. Me siento humillada cada vez que abre la boca.

Lady Corinne Mulgrave se alisó el vestido de satén rosa intenso por encima del trasero y se sentó en un sofá del salón con la espalda muy recta y la barbilla levantada.

Anticipándose a que se pudiera producir una discusión, David, el conde de Mulgrave, se acercó al aparador y se sirvió una copa de brandy.

—¿Una copa de jerez, cariño?

—Sí.

Su esposa cruzó sus delicadas manos sobre el regazo y esperó pacientemente su copa. En realidad, no había ninguna razón para retrasar la discusión, así que sirvió el jerez, se lo llevó a su esposa y se sentó en la cómoda silla de rayas verdes y blancas que tenía enfrente.

No era su favorita, pero nada de esa habitación era de su gusto.

—Pamela es mi hermana, Corinne. Desde que papá murió, yo soy su única familia. ¿Qué quieres que haga? ¿Que la encierre en su habitación?

Corinne bebió un trago de jerez y vaciló un momento.

—Creo que Pamela debería trasladarse a otro sitio.

David casi se atraganta con el brandy que estaba bebiendo.

—¿Trasladarse? ¿De qué estás hablando?

—Tu hermana tiene veinticuatro años. A estas alturas ya debería estar casada y tener su propia casa, marido e hijos. Para nosotros es una carga.

David entrecerró los ojos.

—Pamela no es una carga. Es una joven dulce que no ha hecho nada para merecer un trato tan duro como que su familia la abandone.

—No seas tan dramático, David. No será "abandonada". Creo que deberías enviarla a alguna de tus propiedades en el campo. Allí sería más feliz ya que, de todos modos, detesta a la sociedad.

David a menudo se preguntaba qué había pasado con la joven dulce, dócil y recatada con la que se había casado cinco años antes. Durante su noviazgo y su compromiso, había sido el epítome de la dulzura y la feminidad, todo eran *sí, David; por supuesto, David; tú lo sabes mejor, David.*

Pero un mes después de su matrimonio, ya le mostró su lado más desagradable, y aunque no le gustaba, había tenido que terminar por aceptarlo.

—No echaré a mi hermana de mi casa.

Corinne colocó su copa sobre la mesa frente a ella y olisqueó el aire.

—Entonces me iré yo.

David hizo un gesto con la mano.

—Ahora eres tú la que está siendo dramática. Sé que adoras Londres y todas sus frivolidades, así que no digas que vas a mudarte al campo.

Corinne soltó un resoplido muy poco femenino.

—No. No me mudaré al campo, sino que alquilaré otra casa aquí en Londres.

Entonces a David se le llenó la cara de sangre, siempre consciente de la reputación que debía mantener ante sus compañeros.

—No harás algo así. No voy a permitir que todo Londres comente que mi mujer vive sola.

Se puso de pie y se volvió a acercar al aparador para servirse otra copa de brandy.

—Entonces haz algo con tu hermana.

La mujer permanecía fría y tranquila mientras insistía en que tenía que exiliar a su hermana.

—Por el amor a la bondad, Corinne, solo tartamudea. No hace nada escandaloso.

—¿Alguna vez has tenido la ocasión de escucharla conversar con otras mujeres en algún evento social? Es doloroso. Ya no me volveré a someter a algo así. —Se puso de pie y se sacudió la falda —. Me retiro. Tengo un poco de migraña. Ha sido una velada espantosa, he tenido que escuchar a Pamela tartamudeando toda la noche, y necesito descansar.

Se dio la vuelta para salir de la habitación pero se detuvo bruscamente cuando vio que Pamela cruzaba la puerta.

Estaba sonrojada y se agarraba con fuerza los costados del vestido.

—N-no te pr-preocupes, mi l-lady. No te to-torturaré más. — Levantó la barbilla y miró a su hermano—. Si m-me ayudas a encontrar un lu-lugar para vivir, te lo a-agradecezco.

David levantó una mano.

—Pamela. Espera.

Pero ella sacudió la cabeza y se apresuró a salir de la habitación.

David se volvió contra su esposa.

—Eres muy mala, cariño.

Se bebió el resto de su brandy, golpeó el vaso contra el aparador y también salió de la habitación.

Capítulo 1

Bath, Inglaterra
Marzo de 1887

Pamela se secó sus manos sudorosas en el vestido y respiró hondo antes de entrar en los Salones de la Asamblea de Bath. En los tres años que llevaba en esa hermosa ciudad, todavía no había asistido a ningún baile.

Era muy impropio ir a la Asamblea sin estar acompañada, y como su trastorno del habla se intensificaba cuando tenía que hablar con caballeros, hacía todo lo posible por evitarlos. Siempre había sido tímida, tanto por su tartamudez como por su personalidad. Y después de las invectivas de su cuñada sobre lo difícil que era que la gente la entendiera, prácticamente se había convertido en una reclusa social.

El año anterior, sin embargo, había conocido a Lottie Danvers y a Addie Mallory, ahora lady Berkshire, y había formado con ellas una amistad muy férrea.

Lottie enseñaba a las niñas a ser educadas y elegantes en sociedad, y Addie era la dueña de una librería. Las tres se reunían todas las tardes para tomar el té y contarse las historias de su día a día.

Pamela ganaba un poco de dinero enseñando piano y canto a niñas. Aunque, de todos modos, su hermano le depositaba cada mes dinero en su cuenta, que le servía para sus gastos de manutención. En realidad no era gran cosa, ya que estaba segura de que su cuñada recelaba de todo lo que David pudiera enviarle.

Pero, en general, desde que vivía en Bath se sentía muy feliz.

El señor Carter Westbrooke, amigo de Lottie, las había invitado a las dos a divertirse en un baile en la Asamblea. A Pamela le había

emocionado mucho la invitación porque siempre había querido saber cómo eran esos bailes.

Desde que entraron quedó inmediatamente cautivada por sus hermosas paredes de color azul pálido con ribetes blancos y los numerosos candelabros que colgaban del techo.

Entregaron sus abrigos a un hombre apostado en la puerta, y después Lottie tomó el brazo del señor Westbrooke. Enseguida le extendió el otro codo a Pamela, y entraron los tres juntos al salón.

Era como el país de las hadas de un libro infantil. Todas las mujeres iban ataviadas con hermosos trajes de noche de un montón de colores. Vestidos de color azul oscuro, rojo, verde y dorado destellaban mientras los bailarines se movían entregados al ritmo del vals. También se podían ver todo tipo de telas. Satenes, sedas, cuellos forrados de piel, vestidos ligeros de lana e incluso algunos terciopelos.

Los caballeros estaban tan bien arreglados como las damas. Todos llevaban pantalones oscuros, camisas blancas, chalecos coloridos y bien cerrados, siempre cubiertos con chaquetas oscuras.

—Oh, e-e-esto es m-maravilloso.

Miró a su alrededor dando vueltas en círculo para poder asimilarlo todo.

El señor Westbrooke le sonrió.

—Es bastante grande, ¿no?

—Sí, sí. M-mucho.

—Westbrooke. ¿Por qué siempre te presentas con las damas más hermosas del salón?

Un hombre alto y delgado dio una palmada en la espalda a Westbrooke observando fijamente a las dos mujeres. El caballero pareció prestar especial atención a Pamela, lo que hizo que se sintiera un poco incómoda.

—¿Me presentas?

A pesar de la pregunta que había hecho al señor Westbrooke, sus ojos se mantenían clavados en ella.

El señor Westbrooke se volvió hacia Lottie y, enseguida, hacia ella.

—Señoritas, permítanme que les presente al señor Nicholas Smith. —Hizo un gesto hacia el hombre—: Smith, te presento a lady Pamela Manning y la señorita Lottie Danvers.

Ambas se inclinaron ligeramente y el señor Smith les hizo una reverencia.

—Me encantaría robarte a una de estas encantadoras damas, Westbrooke. —Se volvió hacia Pamela—. ¿Puedo pedirle un baile, lady Pamela?

Sorprendida por su rápida solicitud, respondió:

—Sí, sí. Esa e-está b-bien.

Sintió que se iba a poner completamente colorada. Sin embargo, estaba hablando con un extraño, nada menos que un caballero, y había aceptado bailar con él.

La verdad es que no se esperaba que le pidieran un baile tan rápido. Mientras esperaban a que la música volviera a sonar, los cuatro charlaron sobre asuntos cotidianos, como el clima de Inglaterra, el último error del parlamento y el horrible estado de las carreteras.

Intentó no hacer demasiados comentarios, pero todo el mundo se daba cuenta de que tenía un problema al hablar. Lottie, que era una amiga que la quería mucho, maniobró la conversación para que no fuera necesario que tuviera que hablar demasiado.

Mientras conversaban, observó atentamente al señor Smith, que parecía tener poco menos de treinta años y se relacionaba de manera muy agradable. Su apariencia era normal, pero tenía una forma de comportarse y sonreír que lo hacía muy atractivo. Y parecía que le estaba sonriendo mucho. Llevaba el cabello lacio y oscuro peinado hacia atrás, pero se le caía un poco sobre cejas, lo que le daba un aspecto un poco desaliñado.

Sus ojos color avellana estaban enmarcados por unas largas pestañas oscuras con las que soñarían la mayoría de las mujeres. Aunque todo el mundo hablaba a la vez, le parecía que la mayoría de sus comentarios se los dirigía a ella. Ella intentaba responder, pero ese hombre la desconcertaba. Por eso se limitaba a asentir con la cabeza, convencida de que el señor Smith debía de pensar que era una tonta.

Era un hombre tan seguro de sí mismo, que casi parecía arrogante. No le cabía la menor duda de que ella le gustaba. Pero no quería animarlo. Tras ser expulsada de la casa de su hermano debido a su tartamudez, había decidido que lo mejor para ella era quedarse soltera. Lo cierto es que no necesitaba un marido al que avergonzar cada vez que abriera la boca. Tenía a sus dos amigas que la aceptaban tal y como era, y eso era lo único que necesitaba.

Justo cuando habían dejado de conversar, el maestro de ceremonias anunció el siguiente baile, una cuadrilla.

—Parece que está deseando unirse a los demás en la pista de baile —dijo el señor Westbrooke a Lottie, cuyos pies ya estaban siguiendo el ritmo.

Tomó entonces a Lottie del brazo y se dirigieron hasta el final de una fila de bailarines.

A su vez, el señor Smith tomó a Pamela del brazo y siguieron al señor Westbrooke y a Lottie, hasta ponerse al final de la fila justo al lado de ellos. Era una danza animada y Pamela disfrutaba mucho bailando. Aunque no le gustaba que el señor Smith la estuviera analizando como si fuera un insecto bajo su lupa.

Como era un baile en el que no se podía hablar, Pamela se sentía muy cómoda. Simplemente tenía que disfrutar de la música, del buen ambiente y del baile. Estaba disfrutando de una vida social para la que no estaba destinada.

El baile terminó demasiado pronto, y el señor Smith la tomó del brazo.

—Creo que ahora nos vendría bien tomar un refresco.

Pamela se encontraba lejos de su amiga cuando Smith la llevó a la mesa de los refrigerios. Hasta ahora no habían hablado mucho, por lo que no sabía que si intentaba mantener una conversación normal con ella, probablemente lo iba a importunar o a avergonzar.

El señor Smith le pasó un vaso de limonada. Ella enseguida dio trago con la esperanza de que no intentara iniciar una conversación.

—¿Vive usted con su familia aquí en Bath, lady Pamela?

—No. V-vivo en u-una re-residencia.

Eso debía rebajar cualquier interés que tuviera en ella. Ni siquiera podía decir una frase completa sin trabarse.

—Ah, un lugar seguro para jóvenes solteras.

Él le sonrió y comenzó a sentir un extraño hormigueo en el estómago. ¿No la había escuchado? ¿No se había dado cuenta de su falta de desenvoltura?

—Supongo que no ha venido a muchas fiestas por aquí. Sé que si la hubiera visto antes, sin duda la recordaría.

Ella negó con la cabeza.

—N-n-no. No s-salgo m-mucho.

Estaba confundida. ¿Por qué seguía hablando con ella? ¿No escuchaba cómo hablaba?

Pero Smith le quitó el vaso vacío de la mano justo cuando el maestro de ceremonias anunciaba un vals.

—Lady Pamela, me complacería que me honrara con un vals.

Le apetecía mucho bailar un vals, hacía mucho tiempo que no lo hacía y, dado que probablemente era la única vez que iba a poder estar en el salón de baile de la Asamblea, asintió y dijo:

—Sí, s-sí.

Smith la tomó de la mano entrelazando los dedos, y la llevó al centro de la pista de baile. Por alguna razón, sujetarle la mano le parecía más íntimo que apoyar una mano en su brazo. Pero antes de que pudiera pensarlo bien, levantó los brazos y comenzaron a bailar.

—¿Puedo volver a verla?

Tenía los ojos se clavados en los de ella, casi como si estuviera deseando que le dijera que sí. Pasaron junto a otra pareja, y Smith la acercó un poco más hacia él.

Pero ya era hora de poner fin a lo que estaba ocurriendo. Hasta ese momento se había sentido como una Cenicienta pero, como en el cuento de hadas, se acercaba la medianoche y pronto tendría que volver a su vida real. Donde no tenía que hablar demasiado, pero podía enseñar a sus alumnas y expresarse a través de la interpretación y el canto.

—N-no creo que sea una b-b-buena idea, señor Smith.

—¿Puedo saber por qué no?

Parecía genuinamente perplejo, lo que la confundía aún más. Ningún caballero con el que había hablado, o bailado, había mostrado interés en cortejarla. ¿Qué le pasaba a este hombre?

—P-p-porque estoy muy o-o-ocupada.

—Yo también, pero me gustaría que saliéramos juntos para poder conocerla. Me gustaría invitarla al teatro o a cenar.

Casi quería ponerse a llorar. Sonaba muy sincero, pero en muy poco tiempo se iba a sentir frustrado y molesto con sus constantes tropiezos para expresarse. Y ella no soportaría otro rechazo más por culpa de su trastorno del habla.

La música terminó y Smith le volvió a tomar un brazo.

—Vamos a dar un paseo.

Antes de que avanzaran más que unos pocos pasos, dos caballeros se acercaron a ellos.

—Dime, Nick. ¿Qué te trae aquí un sábado por la noche? ¿Quién te está vigilando el club?

Era un hombre de mediana edad, con escaso cabello blanco en la cabeza y grandes patillas. Su barriga era prominente y tenía la típica cara enrojecida de los bebedores.

—Hay que tener alguna noche libre de vez en cuando. Tengo varios empleados que conocen el club tanto como yo.

El señor Smith no parecía querer continuar con la conversación, pero el segundo hombre hizo un gesto con la cabeza hacia Pamela y levantó las cejas para mirarlo.

Era un poco más bajo que él, y más o menos de la misma edad de Pamela. Tenía una forma de mirarla que a la intimidaba. Tanto era así, que se acercó más al señor Smith, que enseguida se volvió hacia ella.

—Lady Pamela, permítame presentarle al señor Fenmore y al señor Davis. Caballeros, ella es lady Pamela Manning.

Ambos hombres le sonrieron, y ella se limitó a devolverles la sonrisa sin decir nada.

—Smith, si esta es la razón por la que no has ido a tu trabajo esta noche, se te puede disculpar —dijo el desconcertante señor Davis—. Lady Pamela, ¿me concede un baile?

Los músculos del brazo del señor Smith, donde Pamela apoyaba su mano, se tensaron. No le había fruncido el ceño exactamente, pero era evidente, al menos para ella, que no le agradaba la petición

del señor Davis. Como Pamela no se sentía cómoda con ninguno de los hombres por su miedo mortal de tener que hablar con ellos, dijo:

—M-muchas g-gracias, pero tengo que ir al a-aseo de las d-damas.

Antes de que ninguno de los tres pudiera decir nada, se dio la vuelta y se dirigió hacia la entrada, donde esperaba que se encontrara el aseo de las damas. Tuvo que dar varias vueltas, pero finalmente encontró el lugar y se quedó allí por algún tiempo.

Nick vio cómo lady Pamela se alejaba apresuradamente de él, y maldijo a Davis y a Fenmore por asustarla. Pues eso era precisamente lo que habían hecho. Ella no se sentía demasiado cómoda con él, pero que se le sumaran otros dos hombres aparentemente la había llevado al límite. Desde el principio había notado que tartamudeaba. También que era extremadamente tímida, lo que podría deberse a su tartamudez, o simplemente a su personalidad.

Fuera lo que fuese, tenía toda la intención de volver a verla. Cuando entró al salón y la vio junto a la otra mujer y a Westbrooke, se alegró mucho cuando se dio cuenta de que el interés de su amigo estaba con la otra dama. La señorita Danvers, creía que le había dicho.

Pero lady Pamela le pareció muy hermosa, con un cabello rubio y rizado que le hacía querer quitarle las horquillas para soltárselo y acariciarlo mientras besaba sus labios exuberantes. Sus profundos ojos azules eran grandes e inocentes, y su mirada era completamente pura. Parecía casi como si una fuerza invisible lo atrajera hacia ella. Nunca antes había reaccionado de esa manera al ver a una mujer, y eso lo desconcertaba. Mientras avanzaba por la pista de baile, iba marcando una cadencia con la palabra "*mía*" con cada paso que daba.

Algunos pensarían que por culpa de su pasado, se había criado solo en las calles de Londres, no era digno de aspirar a una mujer de tan buena clase. Pero pocas cosas impedían que Nicolás consiguiera lo que quisiera. Y quería conquistar a lady Pamela Manning.

Cuando era un bebé lo encontraron en un contenedor de basura y lo metieron en un orfanato, de donde se escapó casi tan pronto como pudo caminar. Enseguida fue captado por otro muchacho, y se unió a su grupo de jóvenes delincuentes.

Una vez que se dio cuenta de que su cabeza era excepcional para los números, Nick se reformó y se confabuló con algunos jugadores de Londres. Iba con ellos a los clubes de juego como si fuera su hijo y, en lugar de limitarse a observar, les daba consejos para mejorar las probabilidades de ganar.

Así comenzó su ascenso desde las calles hasta convertirse en el propietario del club de juegos más exclusivo de todo Bath. Después de dejar atrás Londres, se reinventó a sí mismo, y pasó de llamarse *Reece, un* muchacho desgarbado y sin apellido, a convertirse en el señor Nicholas Smith.

Con apenas dieciocho años, el joven señor Smith compró un pequeño edificio en Bath y allí comenzó su club. Sus reglas: no se permitían mujeres, y no se vendían mujeres. Y gracias a tener los mejores licores y juegos comenzó a atraer a las clases altas, y él comenzó a ascender socialmente.

Y ahora, mientras observaba cómo la mujer que le gustaba se alejaba a toda prisa de él, había decidido fijarse una nueva meta en la vida.

Lady Pamela Manning será mía.

Capítulo 2

Unas semanas después del baile de la Asamblea, Nick se ajustó el traje, se alisó el pelo hacia atrás y dejó caer la aldaba de la puerta principal de la *Residencia de la señora O'Leary para señoritas de buena reputación*.

Era realmente un bocado.

—Buenas tardes, señor. ¿En qué puedo ayudarlo?

El hombre mayor que lo recibió apenas abrió la puerta pues parecía proteger su territorio como si fuera un centinela.

—Sí. Me gustaría ver a lady Pamela Manning.

El hombre permaneció unos instantes observándole.

—¿Y usted quién es?

—Soy amigo de lady Pamela. —Se movió un poco hacia adelante, haciendo que el guardián retrocediera lo suficiente como para que lo dejara entrar en la casa—. ¿Podría avisar a lady Pamela de que el señor Nicholas Smith ha venido a visitarla?

Después de examinarlo detenidamente y, al parecer, no encontrar nada malo en él, el hombre levantó la nariz y señaló una puerta en el lado derecho de la entrada.

—Puede esperar ahí, y yo iré a ver si lady Pamela acepta su visita.

Nick entró en el pequeño salón y se acercó a la ventana que daba a otra residencia. Había varias pensiones en esa calle.

Durante el tiempo que había pasado desde el baile de la Asamblea, había hecho todo lo posible por olvidar a lady Pamela. Pero no había tenido suerte. Cuando no estaba pensando en ella, soñaba con ella, y esos sueños bastaban para ponerlo de mal humor con sus empleados.

Por suerte, había estado con Carter y no tuvo problemas para convencerlo de que sus intenciones con lady Pamela era buenas. A pesar de que ella le había dicho en la Asamblea que no era una buena idea que la volviera a ver, se negaba a creer que ese iba a ser el fin de su relación.

Se volvió al oír unos pasos en las escaleras. Y sonrió cuando lady Pamela, y no el mayordomo arrogante que lo recibió en la puerta, entró en el salón.

En todo caso, la muchacha parecía confundida.

—¿Señor Smith?

¿De verdad pensaba que desparecería sin más después de decirle que estaba interesado por ella? Si era así, le quedaba mucho por aprender sobre Nicholas Smith.

—Buenas tardes, lady Pamela. —Le hizo una leve reverencia y le ofreció el pequeño ramo de rosas que llevaba—. Esto es para usted.

Obviamente, ella lo aceptó mostrando sus buenos modales y le devolvió la sonrisa

—Gracias.

Parecía estar perdida, lo que le indicaba que no estaba acostumbrada a visitas de caballeros. Extraño.

Hizo un gesto con la mano señalando dos sillas, una al lado de la otra, frente a la chimenea.

—¿Podemos sentarnos?

Ella se sentó y colocó las flores en su regazo.

—¿P-por qué ha v-venido a ve-verme?

Perplejo por el hecho de que parecía sincera, dijo:

—Creo que una joven hermosa como usted sabe exactamente por qué un caballero le trae flores.

—P-pero le d-d-dije que n-n-no quería que nos vo-volviéramos a ver.

Pamela sacudió la cabeza con rabia, obviamente molesta por trabarse al hablar.

Sabía muy poco sobre la tartamudez, pero parecía que la de lady Pamela empeoraba cuando estaba nerviosa o inquieta. Lo que parecía que estaba ocurriendo en este momento. Pero lo cierto es que no era algo que él quisiera provocarle.

—Esperaba que hubiera cambiado de opinión. Si está libre en este momento, me sentiría honrado si me acompaña a dar un paseo por el parque. O tal vez, a la heladería de *Milsom*.

No se podía creer que Nick Smith, criado en las calles de Londres, dueño de un establecimiento de juegos de azar, y temido

por muchos hombres, le pidiera a una mujer que lo acompañara a la heladería. Si alguno de los empleados de su club lo escuchaba, se reiría a carcajadas.

Ella negó con la cabeza, tal vez sin confiar en su capacidad para hablar correctamente. Después, respiró profundamente y dijo:

—No. Estoy esperando una e-e-estudiante que v-vendrá p-pronto.

—Ah, sí. La señorita Danvers me dijo que es profesora de piano.

—Y de c-c-canto. —Suspiró—. Por muy e-extraño que pa-parezca.

Su rostro enrojecido contaba la historia de su ansiedad y humillación. Alguien en su vida debió haberle hecho creer que era inferior a los demás por culpa de su trastorno.

Smith ignoró su incomodidad, con la esperanza de que se sintiera más tranquila si no reaccionaba a su problema, y dijo:

—No lo creo. La señorita Danvers también me contó que canta como un ángel.

—Parece que la señorita D-Danvers tiene m-mucho que decir sobre m-m-mí —dijo sonriendo y eso lo animó.

—¿Quizás mañana por la tarde?

Lady Pamela respiró hondo.

—Lo si-siento, señor Smith, pero no p-puedo a-acompañarlo. Me hace sentir d-d-demasiado in-incómoda. Como estoy s-segura de que se ha d-dado cuenta.

—Si se refiere a su tartamudez, no me molesta en lo más mínimo. He descubierto que eres una joven encantadora, hermosa, inteligente e ingeniosa. Y también he notado que tartamudea cuando está nerviosa. —Ella no le respondió, sino que se limitó a mirarlo de manera recelosa—. Y me gustaría que me conociera lo suficiente como para no ponerse nerviosa cuando esté conmigo.

Sus ojos tristes le dieron la respuesta. Pamela se puso de pie y lo miró de reojo.

—Gracias, p-por las f-flores. Debo r-regresar a mi habitación a es-esperar a mi a-alumna.

Con esas palabras se dio la vuelta y huyó de la habitación.

—Lo acompañaré hasta la puerta.

El molesto portero había vuelto. Como si él no fuera capaz de encontrar la puerta, que estaba a pocos metros de donde se había quedado mirando cómo lady Pamela volvía a escapar de él.

Asintió con la cabeza y salió de la casa.

Su siguiente parada fue *Once Upon a Book*, la librería propiedad de lady Berkshire. Había conocido a Berkshire en uno de sus clubes de caballeros. Cada vez que sentía la necesidad de escapar de su club de juego, se iba a beber un brandy y a leer el periódico a *The Bath and Country Club*. Su último paso para ser el hombre en el que quería convertirse había sido ser aceptado como miembro de ese club.

Westbrooke le explicó que lady Berkshire ya no dirigía la librería porque estaba a punto de dar a luz en pocos meses. Nick pensaba hablar con quienquiera que estuviera allí, para encontrar algún libro que tratara sobre la tartamudez, si es que existía tal cosa.

Se echó a reír, recordando que así había sido cómo Berkshire había conocido a su esposa. Había ido a su librería a buscar un libro sobre la sordera para su hijo Michael.

Dejó pasar casi tres semanas más antes de volver a presentarse en la residencia de lady Pamela. Esta vez llevaba un ramo de margaritas. El mismo hombre le abrió la puerta.

—¿En qué puedo ayudarlo?

Volvió a mirar a Nick con la nariz levantada.

Nick mantuvo la calma.

—Me gustaría ver a lady Pamela.

El hombre lo miró como si estuviera olisqueando.

—¿Y usted quién es?

Eso casi se había convertido en una broma. Aunque al menos sabía que lady Pamela estaba a salvo en aquella casa.

—La misma persona que era hace dos semanas. El señor Nicholas Smith.

—Puede esperar en el salón —señaló la puerta como si no recordara dónde estaba la habitación—. Voy a ver si mi lady desea bajar a verlo.

Nick entró en la misma habitación, se dirigió a la misma ventana y esperó.

—¿Señor S-S-Smith?

—Sí. Soy yo. —Se acercó a ella, le entregó las flores y le hizo una reverencia—. Son para usted.

Cada vez que la veía se quedaba prendado de su belleza y de su inocencia. Mucha gente podría pensar que no era lo suficientemente bueno para esa dulce mujer, pero la verdad es que se había pasado gran parte de su vida preparándose para conquistar a una dama como ella. Siempre había sabido que cuando se casara iba a ser con una mujer muy por encima de él socialmente.

—Hoy está usted muy guapa, lady Pamela.

Llevaba un vestido amarillo dorado con ribetes de color verde pálido alrededor del escote, las mangas y el dobladillo. Tenía el pelo recogido, pero en lugar de su moño habitual, se lo había sujetado con una cinta amarilla, y le caían mechones ondulados por la espalda. A Nick le picaban las manos de las ganas que le daban de acariciarlo.

—G-gracias, señor S-s-mith. —Le hizo una seña para que se sentara y después lo hizo ella—. ¿Qué le t-trae por a-aquí?

Smith se echó hacia atrás y apoyó el pie en la rodilla doblada.

—Lo mismo que en mi última visita. Me gustaría que viniera conmigo a dar un paseo por el parque, o a un salón de té, o a la heladería.

Ella lo miró muy triste.

—Lo si-siento mucho, señor S-s-smith. P-pero de n-nuevo no voy a po-poder.

Smith se inclinó hacia delante, apoyó los antebrazos en los muslos y entrelazó los dedos.

—¿Por qué?

—No f-funciono bien en p-público. Lo siento mucho, p-pero no me g-gustaría a-avergonzarlo.

Enseguida se alejó apresuradamente de él antes de que pudiera detenerla.

—Nunca me avergonzaría de usted.

Sin embargo, esa última frase no llegó a los oídos de lady Pamela, y desafortunadamente la escuchó el dichoso portero. A Nick no le hacía falta que entrara al salón para recordarle dónde se encontraba la puerta principal.

Pero lo hizo igualmente.

Pamela abrazó a Addie en la puerta de entrada de la casa de los Berkshire. Enseguida bajó la mirada hacia el gran bulto que sobresalía bajo el vestido de Addie.

—Te está creciendo la b-barriga, Addie.

Se echó a reír y mantuvo a su amiga a distancia para estudiar su cuerpo de embarazada.

—Lo sé. Si sigo comiendo como hasta ahora, al final daré a luz a una vaca.

Addie la tomó del brazo y la llevó al salón.

—¡Lottie! No e-esperaba v-verte aquí. —Pamela corrió a abrazar a la recién casada—. No te he visto desde la boda.

Enseguida entrelazaron los brazos y se sentaron en el sofá frente a la chimenea.

Pamela miró al marido de Lottie.

—Buenas n-noches, s-señor Westbrooke.

—Por favor, no me gusta que entre nosotros usemos el tratamiento formal. Por favor, llámame Carter.

Hizo una reverencia a Pamela y se sentó al otro lado de su esposa.

Addie los miraba con una sonrisa brillante.

—Decidí que quería invitar a todos mis amigos a cenar esta noche. He estado un poco triste pues por culpa de mi condición tengo que estar siempre en casa, ya que mi querido esposo no me deja que me aleje de su vista. —Se sentó en el sofá junto a su marido, Grayson, que le entregó un pañuelo—. Ni siquiera he podido ir a la librería.

Grayson le rodeó los hombros con un brazo y le dio unas palmaditas en la mano mientras ella se secaba las lágrimas.

Después Grayson repuso las copas de brandy para Carter y para él, y sirvió una pequeña copa de jerez que le llevó a Pamela. Ella

tomó un trago y cerró los ojos.

—Está m-muy b-bueno.

Al darse cuenta de lo cómodos que se veían Carter y Lottie juntos, Pamela dijo:

—Lottie, estás m-maravillosa. Por lo que v-veo el matrimonio te si-sienta muy bien.

Lottie miró a Carter y se sonrojó. Pamela sonrió ante la reacción de Lottie. A pesar de ser hija de una cortesana, Lottie era una de las mujeres más puras e inocentes que había conocido en su vida. El haber sido educada en una escuela privada para niñas en Francia probablemente tenía mucho que ver con eso.

Addie bebió un trago de jerez y se dirigió a Pamela.

—Estábamos considerando invitar al señor Smith a cenar esta noche.

Pamela se quedó paralizada y su corazón latió con fuerza.

—Qué r-raro. No s-sabía que Grayson era a-amigo del señor S-smith.

Hizo todo lo que pudo, pero no pudo evitar sonrojarse.

Lottie y Addie intercambiaron miradas divertidas.

—Sí son amigos, en cierto modo, pero pensamos que tal vez te gustaría que viniera.

Pamela levantó la barbilla.

—N-no s-sé po-por qué p-piensas e-eso.

Se maldijo a sí misma por lo entrecortadas que le salían las palabras. Sus dos amigas sabían que su tartamudeo aumentaba cuando se ponía nerviosa. Ahora iban a suponer que el señor Smith significaba algo para ella.

Pero no era así.

En absoluto.

Bueno, aparte de sus labios carnosos, que parecían siempre sonrientes, y le hacían preguntarse lo que sentiría al besarlos. Lo había visto exactamente tres veces, una en la Asamblea y dos en su residencia. Y las tres veces lo había rechazado.

Le encantó sentir sus brazos alrededor de su cuerpo cuando bailaron y era evidente que no era un hombre que estuviera todo el día sentado en un escritorio. También le gustaba su olor fuerte y

masculino. No quería ni pensar por qué esas cosas permanecían guardadas en su memoria tras solo tres encuentros con él.

—¿Te refieres al Nick Smith, dueño de *The Lion's Den*?

La pregunta de Grayson interrumpió sus pensamientos.

—El mismo. Lo conocimos en un baile de la Asamblea hace un par de meses. Era evidente que Pamela le gustaba.

Ella negó con la cabeza.

—N-n-no.

—De todos modos, poco tiempo después del baile me encontré con Nick en nuestro club. Intentó, sin éxito, fingir que quería información sobre Pamela simplemente porque nunca la había visto antes.

—Eso es cierto —dijo Lottie.

—Sí. Pero apostaría a que el señor Smith te hizo una visita, ¿verdad? —Dijo Carter sonriendo a Pamela.

Ella sentía como si su ropa estuviera en llamas por el calor que se había apoderado de todo su cuerpo. Maldijo tener la piel tan clara que hacía que cada emoción terminaba convirtiéndose en un resplandor rojo.

—S-sí, s-sí.

—Y después, por supuesto, una vez que Carter me lo dijo, tuve que contárselo a Addie, y probablemente por eso pensó en invitarlo esta noche.

Carter se bebió el resto de su brandy.

Lottie miró a Addie.

—¿Por qué no lo has hecho?

Addie suspiró.

—Porque no quería avergonzar a Pamela, pero parece que igual lo estamos haciendo.

Pamela se bebió el resto de su copa de jerez deseando tomarse otra, pero Grayson estaba entretenido viendo cómo todo el mundo hablaba de ella como si no estuviera allí. Realmente quería era saber más sobre el señor Smith. Casi no sabía nada de él, excepto que era el dueño de un club de juego. Pero no había querido preguntarle nada para no despertar aún más su interés hacia ella.

Pero más que pensar en él, lo que le molestaba era la forma en que su cuerpo reaccionaba cuando lo sentía cerca. Le costaba respirar, sentía mariposas en el estómago y pensaba en lo que podría sentir si sus grandes manos le acariciaran todo el cuerpo.

—La historia de Nick es muy interesante.

Carter se echó hacia atrás y apoyó el pie en la rodilla doblada.

Pamela se animó. Era casi como si Carter le hubiera leído la mente.

—Hace unos veinte años era uno de esos niños huérfanos que viven en las calles de Londres. Trabajaba para el líder de una *banda de muchachos...*

—¿Qué es eso? —Preguntó Lottie.

—Son hombres que acogen a niños de la calle. Les dan de comer, muy poco, les ofrecen un lugar donde dormir y les enseñan a robar.

—¡Oh, no! —Dijo Lottie.

Carter le dio unas palmaditas en la mano y le sonrió.

—Conserva esa inocencia, amiga.

—¿Pero el juego no es ilegal? —Preguntó Addie.

—Lo es. Pero hay muchas maneras de evitar que lo sea. Y Smith es tan hábil para esquivar las leyes como lo fue para pasar de ser un ladrón común a convertirse en un honrado hombre de negocios. Por lo que me ha dicho, piensa dejar el negocio de las apuestas en los próximos años, e invertir su dinero en algo más *respetable,* como él dice.

Interesante. El señor Smith había sido un ladronzuelo que vivía en las calles de Londres. A diferencia de la sorpresa de Lottie, Pamela sí que estaba familiarizada con la existencia de esos niños que no tenían hogar y se dedicaban a cometer delitos dirigidos por adultos muy oscuros. Los periódicos londinenses a menudo publicaban historias sobre ellos.

Sentía bastante simpatía por el señor Smith, y también una especie de orgullo por todo lo que había logrado a pesar de lo poco que la vida le había regalado.

—Smith es un hombre duro. Vivir en la calle le enseñó muchas cosas. No me gustaría ser su enemigo, pero también lo he visto

echar de su club a jóvenes que estaban a punto de perder su última libra.

Carter miró a Pamela y le dedicó una sonrisa de ánimo. ¿De qué se trataba? La verdad es que no creía que a ella le gustara el señor Smith.

Un mayordomo apareció en la puerta del salón y anunció la cena. Pamela, muy aliviada de que la conversación cambiara a otro tema, se unió a sus amigos en la mesa dispuesta a pasar una velada agradable.

Pamela había llegado a la casa de Berkshire en un carruaje, pero Lottie insistió en que ellos la llevarían a su casa. Después de muchos agradecimientos y abrazos, Pamela subió corriendo las escaleras de la entrada de la residencia y dejó caer la aldaba.

El señor Andrews abrió la puerta, y como de costumbre la dejó entrar.

—Buenas noches, lady Pamela.

—Buenas noches, señor Andrews.

Subió las escaleras hasta el primer piso, y después de pasar por delante de su habitación, continuó hasta la habitación de la señorita Spencer al final del pasillo.

La señorita Spencer y ella se habían hecho amigas a pesar de llevaba pocas semanas viviendo en la residencia. Le contó a Pamela que cuando llegó a Bath, la señora O'Leary estaba en la estación y le ofreció una habitación donde alojarse.

Se sentía muy agradecida ya que estaba un poco nerviosa porque había llegado sola procedente de un pequeño pueblo del sur de Inglaterra.

Cuando Pamela había salido de la residencia para ir a la casa de Addie, la señorita Spencer estaba muy resfriada, y por eso pensó que agradecería que fuera a verla.

Golpeó ligeramente la puerta.

—¿Señorita Spencer?

No hubo respuesta.

Volvió a intentarlo.

—¿Señorita Spencer?

Lo más probable es que estuviera profundamente dormida. Cuando había estado con ella antes de salir, le dijo que la señora O'Leary le había dado una tisana que la ayudaría a dormir.

Pamela regresó a su habitación, se desvistió, se lavó y se puso su cómodo camisón. Leyó un rato, y después, ya somnolienta, apagó la lámpara y se metió en la cama.

Lo último en lo que pensó antes de caer en un sueño profundo fue en el señor Smith.

A la mañana siguiente, volvió a ir a la habitación de la señorita Spencer. Se sorprendió al ver que la puerta estaba abierta y que la señora O'Leary estaba llenando unas cajas con lo que parecían ser las pertenencias de la señorita Spencer.

—¿Señora O'L-Leary? ¿Dónde está la s-señorita Sp-sp-spencer?

La mujer se sobresaltó al oír la voz de Pamela.

—Oh, cariño me has asustado. —Se llevó una mano al pecho—. La señorita Spencer se ha marchado.

—¿Marchado?

—Sí. Simplemente se levantó esta mañana y se fue. Ni siquiera se ha llevado sus cosas.

Pamela frunció el ceño.

—Es m-m-muy raro. Se sentía mal a-anoche cuando e-estuve con ella, pero no me dijo que fuera a m-marcharse.

La señora O'Leary se encogió de hombros.

—Una cosa que he aprendido como casera es que la gente nunca hace lo que supones que va a hacer.

—¿Cuándo se f-fue?

—Anoche. Justo después de que se usted fuera a visitar a sus amigos. —Cambió rápidamente de tema y dijo—: ¿Lo pasó bien, cariño?

Todavía intrigada con la desaparición de la señorita Spencer, Pamela se limitó a asentir.

—Sí, fue m-muy a-agradable.

Se dio la vuelta, entró en su habitación y cerró la puerta.

Era verdaderamente muy extraño. Le parecía curiosa la rapidez con la que esa habitación en particular perdía sus inquilinas. En los tres años que llevaba viviendo allí, esa habitación había sido

ocupada por más de una docena de señoritas, y ninguna se había quedado más que unas pocas semanas.

Parecía como si estuviera embrujada. Pero enseguida se reprendió por ser tan dramática. No había nada malo en esa habitación. Era una tontería pensar eso.

Revisó su agenda de citas y se fijó en que la señorita Mary Parker llegaría en media hora para recibir su lección de piano. Tiempo suficiente para tomar un pequeño desayuno.

La señora O'Leary le dejaba usar el piano de su salón trasero para enseñar a sus alumnas, lo que era una gran ayuda para ella. La casera era una mujer muy simpática, y muchas veces Pamela daba gracias al Cielo por su suerte al haber encontrado esa residencia.

Capítulo 3

Nick entró en los Salones de la Asamblea sin saber que se iba a encontrar con lady Pamela, ya que había ido allí todos los sábados por la noche desde que la conoció. Sus intentos para conseguir que salieran a dar un paseo por el parque, o a tomar un té, o un helado, o cualquier otra cosa, hasta ahora no lo habían llevado a ninguna parte.

Todos los sábados iba a la Asamblea, se quedaba una media hora y después regresaba a su club. Sus empleados habían comenzado a hacerle preguntas, pero no estaba dispuesto a reconocer que estaba enamorado casi como un colegial de una mujer que lo rechazaba una y otra vez.

Por lo tanto, fue un gran sorpresa y un placer ver al otro lado del salón de baile a lady Pamela, junto a los Berkshire y a Westbrooke y su esposa. Inmediatamente se abrió paso entre varios grupos de personas, deseando que el maestro de ceremonias anunciara el próximo baile.

—Buenas noches, señoras. Berkshire, Westbrooke.

Nick se unió al grupo haciéndoles un gesto con la cabeza.

—Me alegro de verte, Smith —dijo Westbrooke—. Supongo que conoces a todo el mundo.

—Sí.

Observó a lady Pamela y vio que miraba el suelo. Pero le ofreció un ligero gesto inclinando la cabeza, al igual que a las otras damas.

—No pensaba que este tipo de diversión fuera de tu gusto —dijo Westbrooke.

—Oh sí, de vez en cuando. —Se volvió hacia lady Pamela—. ¿Cómo está esta noche, mi lady?

Ella levantó la vista, sonrió y a él prácticamente se le detuvo el corazón. Podría pasarse el resto de su vida mirando esa sonrisa y nunca tendría suficiente.

—Estoy b-bien. ¿Y usted?

Solo un tartamudeo. Trató de no darle demasiada importancia.

—Yo también estoy bien. ¿Puedo pedirle un baile?

—Sí, s-sí.

Pamela se sonrojó, probablemente molesta consigo misma. Debía de ser muy frustrante para ella. Había intentado investigar sobre la tartamudez, pero había encontrado muy poca información, aunque alguien le dijo que un inventor en Estados Unidos estaba trabajando en ese trastorno. Quería investigarlo.

A los pocos minutos, el maestro de ceremonias anunció que el siguiente baile era una cuadrilla. Nick se esperaba un vals para poder tener a lady Pamela en sus brazos, y así no dejar que se escapara después de media hora de estar con él, como había hecho todas las otras noches. De hecho, no tenía intención de irse hasta que ella se marchara. Tal vez, incluso dejaría que la acompañar a su casa.

Su propia mente le decía que empezaba a sonar patético.

La tomó de una mano y se unieron a los bailarines. Westbrooke y su esposa, junto con los Berkshire, se unieron también a la fila. Agradeció que cuando decidió reformarse muchos años atrás, aprendió todo lo que les enseñaban a los caballeros desde la cuna, por lo que bailar una cuadrilla no era un problema. Le daría tiempo para observar a lady Pamela y tal vez decir una o dos palabras mientras bailaban.

Comenzó el baile y Nick se divirtió mucho con Pamela. Como no estaba obligada a hablar, resplandecía de felicidad. Se movía con la música como si fuera un hada del bosque bailando al ritmo de una melodía a la luz de la luna. Él estaba completamente hipnotizado.

Aunque lo había rechazado dos veces, no tenía intención de rendirse. A juzgar por sus sonrojos y las miradas que le hacía de reojo, era evidente que había algo más que un leve interés por su parte. Nick nunca se había encontrado con un problema que no pudiera resolver con determinación.

Una vez finalizado el baile, las tres parejas se reunieron en la mesa de los refrigerios para tomar algo. Los hombres se sirvieron de la ponchera con licores, y las damas tomaron limonada.

Era evidente que lady Pamela, lady Berkshire y la señora Westbrooke eran amigas muy íntimas. Casi podían terminar las

frases que decía cada una. Lo que más llamó la atención a Nick fue que lady Pamela con ellas no tartamudeaba. Lo poco que había conseguido saber sobre la tartamudez señalaba empeoraba con el nerviosismo.

Westbrooke y Berkshire mantuvieron una conversación sobre política y caballos, y aunque Nick hizo un par de comentarios, su verdadero interés estaba en las damas.

Afortunadamente, el siguiente baile que anunció el maestro de ceremonias fue un vals. Antes de que nadie más pudiera acercarse a lady Pamela, Nick extendió una mano.

—¿Me concede este baile?

A pesar de que se había vuelto a ruborizar y a las sonrisas de sus amigas, le tomó la mano y le permitió que la llevara a la pista de baile. Nick la estrechó en sus brazos, y por primera vez en semanas sintió que todo estaba bien.

Ella era cálida y delicada, y encajaba perfectamente en sus brazos. Tuvo que controlarse para evitar acariciar sus curvas femeninas. Un ligero aroma a flores emanaba de su cabello. Se echó hacia atrás y miró sus ojos de color avellana.

—¿Puedo verla mañana?

No tenía sentido demorar su solicitud. Ella le había concedido dos bailes y eso era toda una declaración.

Desafortunadamente, ella negó con la cabeza.

—T-tengo un c-compromiso e-e-en la iglesia m-m-mañana.

—¿Y al día siguiente?

—D-d-dos estudiantes.

—¿Y al siguiente?

Suspiró.

—Señor S-S-Smith. N-no acepta un n-no por respuesta.

—Así es, mi lady.

—¿Por qué?

—Porque me gusta. Mucho. La encuentro muy interesante...

Ella resopló.

—Es ingeniosa y amable. Sé que le preocupa su tartamudez, pero me he dado cuenta de que casi no lo hace cuando habla con sus amigas. Tiene que saber que no me molesta en absoluto su

tartamudez, y espero que si nos conocemos mejor, se pueda relajar un poco conmigo.

Se sorprendió al ver lágrimas en sus ojos.

—Podría e-estar m-m-más relajada con usted, pero si-siempre hablaré de esta m-manera en público. Terminaría p-por sentir ver-vergüenza de mí.

Nick la acercó más a él.

—Nunca me avergonzaría. Y cualquiera que le dijera eso alguna vez es una persona despreciable.

En lugar de responder, ella negó con la cabeza, lanzó una mirada por encima de su hombro y no habló más durante el resto del baile. Por mucho que le hubiera gustado charlar con ella un poco más, Nick se contentaba con tenerla en sus brazos y disfrutar de su cercanía.

Pero, desgraciadamente, rechazó su invitación para acompañarla a casa y se fue con los Berkshire. Nick los siguió justo detrás y se dirigió a su club.

A pesar de sufrir otro rechazo, Nick descubrió que el simple hecho de ir a su trabajo le levantaba el ánimo. Pensar que lo había levantado gracias a su facilidad para los números y a las ganas que tenía de superarse.

Mientras caminaba por los salones, pensó en que ya habían terminado los buenos tiempos de los juegos de azar, aunque prosperaban los establecimientos con ruleta francesa. Se jugaba desde unas pocas libras hasta cientos de ellas.

El sistema que Nick había establecido para que los jugadores fueran admitidos en el club era tirar de la campana exterior para alertar al portero. Una vez dentro, el cliente pasaba por otra puerta, y si era conocido o no parecía ser un espía de las autoridades, se abría la puerta y era dirigido a las escaleras que llevaban al primer piso.

La sala delantera era para los juegos. Las paredes estaban empapeladas con un elegante papel pintado de seda, y el suelo estaba cubierto con una rica y mullida alfombra que impedía que las pisadas de los clientes hicieran ruido. Además, varios candelabros y lámparas bien colocadas proporcionaban luz suficiente para jugar.

Una larga mesa tapada de tela verde estaba dividida con una cuerda que establecía *los espacios de entrada* y *salida* necesarios para el juego de los dados. Unas pocas sillas rodeaban la mesa, siempre llenas de hombres. Los crupieres, impecablemente vestidos, utilizaban un palo en lugar de un rastrillo para recoger el dinero.

En la trastienda se podía tomar una gran variedad de comidas, además de jerez, brandy y champán. Nick se aseguró de que su club ofreciera juegos limpios que atrajeran a la nobleza más pudiente, así como a los nuevos hombres de negocios llenos de dinero. De vez en cuando recibían la visita de algún comerciante del West End, y casi siempre había usureros, que no venían a jugar, sino a ejercer su oficio.

El dinero se perdía y se ganaba sin dar muestras de emoción. Se mantenía la dignidad aunque alguien lo perdiera todo excepto la camisa que llevaba puesta. A pesar de que Nick tenía contenta a la policía por ser un club bien administrado, ocasionalmente *The Lion's Den* era objeto de alguna redada.

Cuando eso sucedía, todo se movía, almacenaba y cubría rápidamente, dejando la sala de juegos con el aspecto de un club de caballeros ordinario, donde los clientes conversan, leen el periódico, fuman y beben brandy.

Por mucho que amara el club como tributo de todo lo que había logrado, su objetivo final era venderlo y abrir un hotel y un restaurante de primera clase. Todavía le faltaban un par de años para cumplir ese objetivo, pero siempre lo tenía en la mente.

A eso había que añadir una mujer muy bien educada de su brazo que le administrara el hogar y le diera unos hijos para transmitirles su legado. Pero siempre había sido un enigma qué mujer podría ser ella. Alguien que un día conocería en algún lugar.

Pero desde el mes pasado, esa mujer ya no era un enigma. Se llamaba lady Pamela Manning, y no se iba a rendir hasta conseguir conquistarla.

—¿Por qué te niegas a dejar que el señor Smith te corteje? —Le soltó Lottie de pronto mientras elegía un trozo de tarta de limón de la bandeja que había en el centro de la mesa.

Desde que las tres jóvenes se hicieron amigas hacía más de un año, se juntaban todos los días para tomar el té. Durante mucho tiempo lo habían hecho en la librería de Addie, pero ahora tenía que decidir qué hacer con el local para cuando llegara el bebé, y había tenido que contratar a alguien para que la llevara, por lo que se encontraron en *The Pump Tea Room*.

—Y s-sabes por qué. Porque se a-avergonzaría de m-mí.

Pamela negó con la cabeza como si respondiera a la pregunta de una niña que no sabe nada de la vida.

—El hecho de que tu malvada cuñada te haya metido esa idea en la cabeza no significa que los demás piensen lo mismo. —Addie hizo un gesto hacia Lottie—. A nosotras no nos pasa en absoluto.

Pamela cubrió la mano de Addie con la suya.

—Lo sé. Pero no me siento n-nerviosa con ninguna de las d-dos.

—Porque nos conoces bien. Si llegaras a conocer bien al señor Smith, probablemente sucedería lo mismo. —Lottie tomó otra tarta —. Es una lástima que haya tan poca información sobre la tartamudez.

—Nunca te había visto comer tanto, Lottie. —Dijo Addie sonriendo—. ¿Hay alguna razón en particular para ello?

Lottie agachó la cabeza y se puso completamente roja.

—Sí. Creo que sí.

Addie y Pamela soltaron un grito de alegría y las tres se abrazaron.

—Felicidades —dijo Pamela.

—Gracias. Carter y yo estamos muy contentos. —Lottie se abanicó la cara—. ¡Oh, ay! Tengo que hacer algo para no sonrojarme todo el tiempo.

—¿Y tu madre? ¿Se lo has dicho? —Preguntó Addie.

Lottie había pasado un mal momento cuando supo que su madre era una conocida cortesana en Londres. Sin embargo, eso no impidió que su marido, Carter Westbrooke, la convenciera para casarse con él. Era una excelente noticia que tuvieran un final feliz.

—Ahora está de viaje con mi nuevo padrastro. Creo que cuando regresen piensan establecerse en Bath.

—Eso será maravilloso para ti. Estoy muy feliz de que todo haya salido bien —dijo Pamela.

Estaba realmente feliz por sus dos amigas, que habían encontrado la felicidad a pesar de que las tres haber habían pactado que se iban a quedar solteras, e iban a disfrutar de la libertad de no tener marido.

Pero, de vez en cuando se permitía pensar en un final feliz para ella. Aunque siempre que intentaba hablar con alguien de fuera de su círculo íntimo de amigas tartamudeaba todo el tiempo. No, realmente estaba mejor soltera y podría disfrutar de los hijos que tuvieran sus amigas. Sería una tía cariñosa, en lugar de una esposa vergonzante. A pesar de que el señor Smith le había asegurado que nunca iba a sentir vergüenza por ella.

—Volviendo a mi pregunta del principio, Pamela. ¿Por qué sigues alejando al señor Smith? ¿Es por su pasado? ¿Crees que no es lo suficientemente bueno para ti?

—¡No, por supuesto que no! — Pamela casi lo dijo gritando—. Por lo que he s-sabido, es un hombre que p-por sí mismo se ha inventado una vida c-completamente nueva. Creo que eso es i-increíble, y lo hace ser una p-persona digna de cualquier mujer. —Se encogió de hombros—. Es lo que ya os he d-dicho. No me voy a casar con alguien para que termine o-odiándome cuando haga el r-ridículo en público.

Addie y Lottie intercambiaron miradas, pero para interrumpir la conversación, Pamela fingió que no las había visto.

—Lottie, entiendo por qué te gustan tanto las tartas de limón. Están realmente deliciosas.

Una vez que se hizo evidente que Pamela no iba a hablar más de la situación del señor Smith, las tres amigas se pusieron a hablar de nombres de bebés y otros temas inocuos, y Pamela se relajó.

A la tarde siguiente, Pamela subió las escaleras para ir a su dormitorio después de despedirse de una alumna. La habitación de la residencia que Pamela consideraba que estaba maldita volvía a estar ocupada con otra joven.

La señorita Lizbeth Davenport había llegado una semana antes. Aunque era una artista maravillosa, tenía que trabajar en una fábrica de sombreros para mantenerse. Aunque, por desgracia, recién había sido despedida por culpa de un malentendido.

La señora O'Leary le había ofrecido la habitación gratis hasta que pudiera encontrar otro trabajo. La señorita Davenport contribuía haciendo algunas tareas a cambio, como reponer la ropa de cama de las habitaciones y ayudar con la cena.

La señorita Davenport, que insistió a Pamela que la llamara Lizbeth, era una joven encantadora de unos veintitrés años. También procedía de un pueblo pequeño y aunque había llegado a Bath buscando trabajo como artista, había terminado en la fábrica de sombreros porque no ganaba suficiente dinero con su pintura.

La puerta de la habitación de Lizbeth se abrió justo cuando Pamela llegó a la puerta.

—Al fin te encuentro. Te he estado buscando antes.

Lizbeth le sonrió alegremente y se acercó a Pamela.

—Me fui a ju-juntarme con mis a-amigas para tomar el té. Creo que te g-gustarían. Deberías venir algún día c-conmigo a c-conocerlas.

—Me gustaría mucho. Las mujeres con las que trabajé en la fábrica de sombreros están tan ocupadas con su trabajo y sus familias que me encuentro más sola de lo que me gustaría.

Lizbeth siguió a Pamela a su habitación y se sentó en una de las dos sillas que tenía frente a la pequeña chimenea que había delante de la cama.

—Espero que no te importe si me quedo un rato.

Pamela ocupó la otra silla.

—E-e-en absoluto. Siempre estoy dispuesta a charlar un rato. Tenemos un rato antes de que sirvan la cena.

—Sí. Yo solo tengo unos diez minutos, y después me voy a ayudar en la cocina.

—¿Cómo te va con tu búsqueda de empleo?

Lizbeth suspiró.

—No demasiado bien, me temo. Por supuesto, todo el mundo quiere referencias, pero como me despidieron de mi último trabajo,

no tengo ninguna. Agradezco que la señora O'Leary me permita quedarme en la habitación gratis a cambio de ayudar en la residencia.

—¿No hay nada que p-puedas hacer r-respecto a tu injusto d-despido?

Lizbeth le había contado a Pamela que cuando salía de la fábrica por la noche habían encontrado en su retícula el alfiler de un sombrero encargado especialmente. Cada noche hacían registros al salir del edificio, y ella se había quedado atónita al ver que había un alfiler en su retícula cuando se la entregó al vigilante.

Lizbeth negó con la cabeza.

—Me temo que no. Encontraron el alfiler en mi retícula. Les dije que no tenía idea de cómo había llegado hasta allí, pero no podía negar lo evidente. Lo único que se me ocurre es que alguien que intentaba robar el alfiler lo puso en mi retícula por error.

La vida era bastante difícil para una mujer joven sola. Lizbeth le había contado que sus padres habían fallecido a causa de la gripe, que también se había llevado a sus dos hermanos. Aunque estaba contenta por haber podido superar la enfermedad, se había quedado completamente sola.

Pero, a pesar de haber recibido una buena formación artística, como su familia había fallecido tenía que mantenerse por sí misma, y su arte había terminado por convertirse en un pasatiempo en lugar de en una carrera.

Lizbeth se puso de pie y se sacudió la falda.

—Bueno, tengo que irme. Me encantaría conocer a tus amigas. Avísame cuándo volváis a juntaros.

—Nos j-juntamos todos los d-días a tomar el té en *The Pump Room*. ¿Quieres venir m-mañana?

Lizbeth se sonrojó.

—Por mucho que quiera, me temo que no tengo ni un centavo como para salir con vosotras. —Se dirigió hacia la puerta—. Te veré en la cena.

Pamela se despertó al sentir un ruido extraño. La habitación estaba a oscuras, pero sentía la presencia de alguien en su habitación. No

hacía ruido, pero percibía algo diferente en el aire, y juraba que alcanzaba a oír la respiración de alguien.

No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba dormida, pero por cómo se sentía, debía haber estado sumida en un sueño profundo. Su corazón latía con fuerza y se sentó lentamente. Alcanzó la lámpara de aceite que tenía junto a la cama, pero su mano temblaba demasiado y no consiguió agarrar el pedernal que la encendía.

—¡Habitación equivocada, idiotas!

Un susurro muy fuerte llegó desde fuera de la habitación.

La puerta de su habitación se abrió y enseguida se cerró rápidamente.

Se quedó atónita. *¿Qué diablos estaba ocurriendo?*

Después de unos momentos, sacudió la cabeza como para despejarla. ¿Debía ponerse la bata y mirar en el pasillo? Probablemente no era una buena idea porque quienquiera que hubiera estado en su habitación todavía podía estar por allí. Intentó contener la respiración para ver si escuchaba algo más.

Nada.

Encendió la lámpara de aceite, se levantó y se dirigió a la puerta. Las sombras bailaban alrededor de la habitación, lo que no era nada inusual. Giró el picaporte y respiró hondo. Entonces se acordó de que, como de costumbre, había cerrado la puerta con llave antes de acostarse. ¿Cómo la habían abierto?

Una vez que su corazón se ralentizó y su respiración volvió a la normalidad, miró alrededor de la habitación y agarró el atizador de la chimenea. Con cuidado, volvió a cruzar la habitación y apoyó la oreja en la puerta.

Silencio.

¿Se lo había imaginado? ¿Había sido simplemente un mal sueño? Si había extraños en la casa, ¿por qué no se había producido más alboroto? ¿Debía ir buscar a la señora O'Leary?

Respiró hondo, bajó lentamente el picaporte, abrió la puerta y se asomó. Todo estaba tan tranquilo como debía estar. Nadie deambulaba por el pasillo, y las puertas de todas las habitaciones estaban cerradas, incluida la de la señora O'Leary.

Pamela volvió a entrar en su habitación y, con las manos temblorosas, recogió la lámpara que tenía junto a la cama. Enseguida la levantó para hacer un registro minucioso de la habitación, incluido el armario y debajo de la cama.

No había nadie.

Volvió a cerrar la puerta y regresó a la cama todavía preguntándose si había sido un mal sueño. Y aunque no parecía lo más probable, cualquier otra explicación le parecía aún más extraña. Entonces sintió un repentino escalofrío y se frotó intensamente los brazos de arriba a abajo.

Se cubrió por completo con las sábanas y se quedó mirando al techo.

Escuchando.

Tardó un buen rato en conciliar el sueño y decidió que tenía que hablar con la señora O'Leary a primera hora de la mañana.

Capítulo 4

Cuando Pamela entró al comedor para desayunar le dolía la cabeza y los músculos por la falta de sueño. No consiguió dormirse por completo después del incidente que había ocurrido en su habitación.

Dudaba si lo había soñado o si realmente había ocurrido. Justo cuando se estaba convenciendo de que se trataba de un mal sueño, recordó que la cerradura de su puerta estaba abierta cuando sabía que la había cerrado. Lo hacía todas las noches.

—Buenos d-días, s-señora O'Leary.

Pamela se sentó frente a ella.

La señora O'Leary se unía a las residentes durante el desayuno y la cena. La comida del mediodía corría por cuenta de cada huésped. Como Pamela tomaba todos los días un té bastante tarde con Addie y Lottie, eso ya le bastaba como cena.

—Buenos días, cariño. —La señora O'Leary dio un trago a su té —. ¿Ha dormido bien?

Pamela miró alrededor de la mesa a las otras cuatro damas que residían con la señora O'Leary. No era apropiado comentarle lo que le había ocurrido por la noche delante de las demás.

La señora O'Reilly era una mujer mayor cuyos hijos la habían trasladado a la casa de la señora O'Leary para que no les molestara en sus vidas. La señorita Dawson era maestra en Bath, la señora Grady trabajaba en una tienda en Milsom Street, y Lizbeth, que parecía somnolienta, seguía buscando empleo después de haber sido despedida de su último trabajo debido a un malentendido.

Todas las mujeres, excepto Lizbeth, llevaban residiendo en la casa desde que Pamela se mudó allí hacía tres años. Ahora Lizbeth ocupaba la habitación que cada pocas semanas siempre parecía tener una nueva inquilina.

Decidida a hablar con la Sra. O'Leary más tarde sobre el incidente de la noche, Pamela respondió:

—Sí. Dormí b-bastante bien, g-gracias.

Después, tomó una rebanada de pan tostado y se sirvió una taza té de la tetera.

Aunque la señora O'Leary era bastante generosa con la cena, el desayuno consistía simplemente en tostadas con mermelada y mantequilla, y té. De vez en cuando les ofrecía bollos o manzanas, pero la mayoría de las veces era una comida ligera.

—No entiendo por qué sigo teniendo tanto sueño —dijo Lizbeth mientras se tapaba la boca con la mano para reprimir un bostezo—. Dormí bastante bien gracias a la tisana que me dio, señora O'Leary.

Pamela se concentró en su desayuno pensando exactamente en lo que le diría a la señora O'Leary. De pronto se dio cuenta de que esa mañana parecía estar muy interesada en ella.

Todo el tiempo que Pamela tardó en desayunar mantuvieron las charlas habituales que solían tener. De pronto miró el reloj que guardaba en su corpiño y se dio cuenta de que la señorita Amelia George debía llegar a recibir su clase de canto en unos veinte minutos .

Pamela se excusó y tuvo que regresar a su alcoba para repasar las partituras que pensaba usar en la clase de la señorita George. La pobre muchacha se esforzaba mucho, y sus padres insistían en que debía cantar lo suficientemente bien como para hacerlo en las reuniones sociales, pero la señorita George nunca había destacado cuando cantaba. Y, a veces, su voz rayaba en lo francamente horrible.

Ya estaba preparada en el salón trasero con las partituras en el orden correcto cuando la señorita George entró en la habitación.

—Buenos días, lady Pamela.

Le hizo una reverencia muy amable.

La señorita George era lo bastante guapa como para que su capacidad para cantar no le fuera a impedir recibir ofertas de matrimonio. Tenía el pelo castaño oscuro, lo suficientemente ondulado como resultar atractivo, pero no demasiado rizado como para que fuera imposible domesticarlo en forma de hermosos peinados. Sus ojos color avellana expresaban emoción y alegría, así como su encantadora sonrisa.

Afortunadamente para quien consiguiera casarse con ella, la joven también era dulce, inteligente y amable. Con toda seguridad saldría del mercado matrimonial en su primera temporada, y toda esa histeria sobre su capacidad para entretener en las fiestas era bastante innecesaria. Pero como a Pamela le proporcionaba su sustento, la consideraba un mal necesario.

—¿Está p-preparada para c-cantar?

Pamela se sentó en el banco del piano y colocó las partituras.

La señorita George suspiró.

—Sí, lo estoy. Sin embargo, tengo que reconocer que estoy bastante aterrorizada porque mi madre ha conseguido que cante en una velada musical esta noche.

Pamela hizo todo lo posible por controlar la pena que sintió por la niña. Pero compadecerla lo único que haría era rebajar la poca confianza que tenía en ella misma. De modo que le sonrió alegremente.

—Bien. Simplemente nos p-ponemos a trabajar. Estoy s-segura de que saldrá b-bien. Elegiremos algunas p-piezas que ya d-domine y las r-repasaremos durante clase.

—Supongo que no estaría dispuesta a venir conmigo al musical. —La pobre muchacha estaba desesperada—. Seguro que mi madre puede conseguirle otra invitación.

¿Aparecer en público? ¿Estar obligada a hablar con gente desconocida?

—No c-creo que sea una b-buena i-idea.

La señorita George hizo un gesto con la mano.

—Oh, no sea boba, lady Pamela. No tendrá que hablar con nadie. Solo necesito que me toque el piano. Me sentiría mucho más segura si usted está conmigo.

Plenamente consciente de lo aterrador que era para la señorita George cantar en público, y más conociendo perfectamente sus defectos, a Pamela le resultó imposible negarse a su súplica.

Observó a la muchacha durante un minuto y luego dijo:

—Todo b-b-bien. Iré a la v-velada. ¿A qué hora es?

La señorita George aplaudió.

—Oh, muchas gracias, lady Pamela. Es una noticia maravillosa. —Respiró hondo y sonrió alegremente—. Me siento mucho mejor. —Se tocó los labios—. Pediré a mi madre que envíe una nota a lady March cuando regrese a casa. Me dijo que nos iríamos a las ocho, así que ¿podría estar lista a esa hora?

—Sí, sí. Estaré lista. —Pamela se removió en su asiento—. Ahora tenemos que practicar.

—Señora O'Leary, ¿tiene usted un m-minuto?

Pamela entró en la cocina, donde la señora O'Leary estaba cortando verduras para la cena.

—Sí, cariño. Por supuesto.

Se secó las manos con una toalla que tenía cerca y le sonrió. A Pamela le pareció que era una sonrisa forzada. Ya había empezado a sospechar de todo y de todo el mundo.

—La n-noche pasada creo que e-entró alguien en mi ha-habitación.

La señora O'Leary resopló y se llevó la mano al pecho.

—Oh, cariño. Eso no puede ser. —¿Por qué le pareció que esa frase tenía ensayada?— El señor Andrews siempre está en la puerta, y nunca permitía que nadie entrara en la casa.

Pamela frunció el ceño. Aunque sospechaba que quienquiera que hubiera estado en su habitación, si es que alguien había estado alguien, no le dijo a la señora O'Leary que eso era lo que pensaba hacer.

—No n-necesariamente me r-refería a alguien de f-fuera.

—¿No cierra la puerta con llave todas las noches?

Su altiva respuesta volvió a poner en duda las preocupaciones de Pamela.

—Sí, lo hice, pero c-cuando revisé la p-puerta estaba a-abierta.

—Bueno, no imagino cómo podría estar la puerta abierta si la cerró con llave. Y si hubiera entrado alguien de fuera en la casa, el señor Andrews lo sabría. ¿Cuándo sucedió, cariño?

Pamela empezaba a sentirse un poco estúpida. Todo esto le parecía absurdo ahora que lo pensaba a la luz del día.

—Creo que en a-algún momento a-alrededor de la medianoche. Quizás un p-poco más t-tarde.

—¿Por qué no me despertó? —La señora O'Leary volvió a ponerse a cortar verduras.

Esa pregunta, por supuesto, la detuvo en seco. ¿Por qué no había despertado a la señora O'Leary?

—P-p-porque todo estaba t-tranquilo cuando revisé si había a-alguien en el p-pasillo.

La señora O'Leary sonrió.

—Ah. ¿Lo ve? Debe de haber estado soñando. Sin duda, si alguien hubiera entrado en su habitación habrían hecho ruido. —Hizo un gesto con la mano a la tetera que ocupaba un lugar especial en el estante sobre la repisa de la chimenea—. ¿Por qué no se prepara una buena taza de té? El té siempre me calma cuando siento que algo va mal.

Pamela asintió, más confundida que nunca. ¿Podría habérselo imaginado todo? Mientras recogía la tetera y la llenaba con agua de la bomba del fregadero y la colocaba sobre la gran cocina de hierro, volvió a repasar todo en su mente.

¿Y qué hay de lo que escuchó susurrado en voz alta: *Habitación equivocada, idiotas?* Si alguien entró en su habitación, ¿por qué dijo esa frase en particular?

En ese momento pensó que lo mejor era apartar todo ese asunto de su mente. Se preparó el té y disfrutó de él mientras conversaba con la señora O'Leary sobre la velada musical a la que iba a asistir esa noche.

De camino a su habitación para cambiarse para la cena y después ir al musical, se detuvo en la puerta del señor Andrews.

—Señor Andrews, ¿estuvo usted anoche de servicio?

El hombre la miró con las cejas levantadas.

—Por supuesto, mi lady. Estoy aquí todas las noches, sin falta.

—No hubo nadie extraño que viniera anoche, ¿verdad?

Con aspecto de estar aún más confundido, respondió:

—No. Claro que no. ¿Está todo bien, lady Pamela?

Ahora sí que se sentía tonta, pero asintió con la cabeza.

—Sí. Todo está bien. Que tenga una buena noche.

El hombre inclinó la cabeza y volvió al libro que estaba leyendo antes de que lo interrumpiera. Entonces decidió que lo mejor que podía hacer era olvidarse de todo ese asunto. Pero a partir de ahora se iba a asegurar de dar dos vueltas a la cerradura.

Nick deambulaba por la sala de juegos inquieto. Por lo general, le ponía contento el entretenimiento que brindaba a sus invitados y ver cómo se incrementaba su dinero mientras los demás perdían el suyo, pero últimamente no era así. De día o de noche, despierto o dormido, pensar en lady Pamela lo consumía. Y ella era lo único en lo que podía pensar.

No solo detestaba que hubiera permitido que consideraran que era inferior a los demás, y que daba vergüenza simplemente por su tartamudez, sino que también le dolía la cantidad de veces que lo había rechazado cuando era evidente que ella se sentía igual de atraída que él.

Si pudiera volver a tenerla en sus brazos y darle el beso adecuado, sabía que la convencería de que estaban destinados a estar juntos. Había esperado toda su vida a la mujer perfecta, y finalmente la había encontrado. Y no estaba dispuesto a renunciar a ella. Tenía que intentar de nuevo conseguir pasar un rato a solas con ella.

—Nick, ¿tienes un minuto?

Peter Turner detuvo a Nick cuando pasaba por delante de una mesa de juego.

Turner no era una de las personas más le gustaban, pues tenía algo que hacía que se le erizara el pelo de la nuca. Había pasado muchos años entre delincuentes, y Turner tenía una forma de ser que le traía recuerdos que deseaba olvidar.

—¿Qué quieres?

Pedro miró a su alrededor.

—¿Hay algún lugar donde podamos tener una conversación privada?

Dado que no era una buena práctica comercial ignorar un cliente que le pedía unos minutos para hablar, Nick asintió.

—Sígueme.

Como no tenía la suficiente confianza con ese hombre como para llevarlo a su oficina del piso de arriba, se dirigió hacia un rincón tranquilo del club donde las luces eran tenues y los clientes que estaba sentados en las pocas mesas que había en esa zona estaban más interesados en beber que en jugar.

Nick hizo una señal para que les trajeran un par de vasos de whisky.

—¿Qué me quieres decir, Turner?

El hombre colocó sus antebrazos sobre la mesa y se inclinó hacia adelante, obligando a Nick a hacer lo mismo.

—Tengo mujeres.

Nick entrecerró los ojos.

—¿Qué demonios significa eso?

Ya estaba irritado.

Turner bajó la voz.

—Mujeres. Tengo un suministro constante de las mejores y más limpias mujeres disponibles.

Nick se apretó la nariz.

—¿Por qué me dices esto?

Turner agitó un brazo.

—Porque aquí tienes un negocio próspero que podría generar mucho más dinero si ofreces mujeres. Muchos hombres aquí se aburren de jugar después de un rato, pero todos quieren irse con una mujer.

Nick se terminó el whisky.

—No.

Empujó la silla hacia atrás para ponerse de pie.

Turner lo agarró del brazo. Nick miró la mano del hombre y la retiró rápidamente.

—Espera. No me has escuchado.

—Sí. Ya te he escuchado. —Nick se apoyó en la mesa y acercó la boca a la oreja de Turner—. No tengo mujeres aquí porque no quiero. No las quiero como clientes, y tampoco quiero que ofrezcan ningún servicio. Existen prostíbulos para ese tipo de cosas.

Turner negó con la cabeza.

—Estás cometiendo un error, Smith.

Nick se puso de pie y se arregló la chaqueta.

—Entonces supongo que debo vivir con mi error.

Giró sobre sus talones y volvió a la sala de juegos.

Unos días más tarde, decidió volver a intentar convencer a lady Pamela para que lo acompañara a salir a dar un paseo.

Pasó por la rutina que ya le era familiar. Dejó caer la aldaba en la puerta, el portero serio la abrió y le preguntó qué quería. Nick se lo dijo. Le preguntó quién era. Nick se lo recordó. Y después, lo llevó al salón para que esperara allí.

A los pocos minutos, lady Pamela apareció en la puerta.

—¿Señor S-Smith?

Lo primero que observó fueron sus ojos hinchados. Y su pelo desordenado. Y que llevaba un pañuelo en las manos que estaba destrozando. Cruzó la habitación y le acarició la mejilla.

—¿Pamela? ¿Qué le pasa?

Ella negó con la cabeza y miró a su alrededor. Bajó la voz y dijo:

—No p-puedo hablar a-a-aquí.

—Muy bien. Suba a buscar su abrigo. Hace frío afuera.

Sin discusión, se dio la vuelta y salió del salón. Para que estuviera en ese estado y tan dispuesta a irse con él, algo malo debía estar pasando. Se paseó frente a la chimenea mientras esperaba intentando imaginar qué problema podía estar teniendo.

Cuando regresó llevaba el abrigo mal abotonado, y en lugar de arreglarse el cabello, se había remetido los mechones rebeldes por detrás de las orejas y lo había cubierto con un sombrero.

—V-vamos.

Lo tomó de la mano y prácticamente lo arrastró fuera de la casa.

—Más despacio, Pamela. —Dijo tomándola del brazo—. No tengo idea de lo que le ocurre, pero sea lo que sea, no hagamos que los vecinos se den cuenta.

Ella respiró hondo.

—Sí, sí. Tiene ra-razón. ¿Dónde e-está su c-carruaje?

—En las caballerizas.

Pasaron junto a dos casas y se dirigieron a la parte de atrás, donde le esperaban el caballo y el carruaje. Como no tenía mucha fe en que pudiera convencerla para que salieran a dar un paseo, no lo lo había dejado frente a la residencia.

Una vez que se acomodaron en él, y dio instrucciones al conductor para que los llevara a *Sally Lunn's Buns*, se echó hacia atrás.

—Le sugiero que se tome su tiempo para recomponerse. Solicitaré una mesa al fondo donde podamos hablar en privado.

Pamela asintió y miró por la ventana mientras pasaban por *Parade Grounds*, al otro lado de la calle del famoso *Sally Lunn's*.

Nick continuó observándola. Tenía unas ojeras enormes y estaba seguro de que no había dormido bien la noche anterior. Sin embargo, pareció relajarse un poco en cuanto salieron de la residencia. ¿Alguien la había molestado en la residencia? Seguramente no habría sido el viejo portero tan serio. Si ese era el caso, quienquiera que fuera, ya era hombre muerto.

Una vez que llegaron a *Sally Lunn's* y se sentaron en una mesa en la zona trasera del restaurante, pareció volver a ponerse nerviosa. Si estaba tan molesta, le iba a costar mucho hablar.

El camarero apareció en la mesa y Nick le pidió que trajera té y sándwiches. Hubiera preferido tomarse una copa de whisky, pero el té parecía que calmaba a las mujeres, así que lo pidió también para él.

Colocó una mano sobre la que Pamela había apoyado en la mesa.

—¿Puede decirme ahora qué es lo que le pasa?

—Sí, sí. Aunque estoy s-segura de que t-tardará un buen rato en e-entenderme.

Nick negó con la cabeza.

—No, Pamela. Ya le dije que eso no es un problema para mí. Soy un hombre muy paciente. Por su actitud, es obvio que está muy preocupada, y sé que así le cuesta más hablar.

Ella sonrió y sus palabras parecieron relajarla un poco. Una vez más, Nick estaba impresionado por todo lo que atraía de esta mujer. Lo que fuera que la tuviera preocupada, él se iba a encargar de

solucionarlo. Aunque a él, lo que le encantaría era ocuparse de todos sus problemas el resto de su vida. Pero eso no era algo que fuera a sacar a colación en este momento.

Cuando el camarero apareció y colocó el servicio de té y los pequeños sándwiches frente a ellos, a Pamela le temblaba la mano al intentar servir el té, de modo que la detuvo y él mismo llenó las dos tazas.

Pamela se bebió un buen trago de la infusión y cerró los ojos.

—El té ayuda, ¿verdad?

A pesar de que el té nunca había sido su bebida favorita, estaba más que feliz de tomarse una taza si era bueno para Pamela.

Pamela colocó su taza de té con cuidado en el platillo y puso las manos sobre su regazo.

—Hace unas d-días creo que a-alguien entró en m-mi habitación en m-mitad de la n-noche.

Sin duda, había captado su atención, pero decidió quedarse callado para dejar que le contara su historia sin intervenir, ya que podría ponérselo más difícil, de modo que se limitó a asentir con la cabeza.

—Fue muy ee-xtraño, porque siempre c-cierro la puerta con llave, pero cuando sucedió esto, la p-puerta estaba a-abierta.

—¿Sabe quién fue?

Ella negó con la cabeza.

—No. Alguien habló desde de-detrás de la pu-puerta y-y-y quienquiera que e-estuviera en mi cuarto se fue. P-p-pero cuando revisé el pasillo t-t-todo estaba en silencio y no había n-nadie por ahí.

Nick frunció el ceño.

—¿Habló con su casera sobre lo que le ocurrió?

—Sí, sí, pero ella lo descartó enseguida y me dijo que había sido un mal sueño.

Nick se sentó un momento y la observó.

—¿*Cree* que fue un mal sueño?

—No e-estaba segura. Parecía que p-podría haberlo s-sido, pero d-después esta mañana s-sucedió algo más que me hizo pe-ensar en algo muy m-malo y me a-asusté.

Nick se inclinó hacia delante.

—¿Qué le pasó esta mañana?

—Hay una ha-habitación en la r-residencia que llamo "m-maldita", porque n-nadie que la a-alquila se queda mucho t-tiempo en ella, a pesar de que el r-resto de nosotras llevamos b-bastante tiempo en la ca-casa. —Se detuvo y tomó un trago de té—. Me hice a-amiga de la última i-inquilina, la señorita L-L-Lizbeth Davenport, una joven muy a-agradable. Una a-artista.

Paró de hablar porque le temblaba la barbilla. Enseguida se palmeó los ojos con el pañuelo.

Nick vio que estaba aún más nerviosa y su corazón se aceleró.

—Continúe.

—Ha d-desaparecido. Al igual que t-todas las d-demás que se que-quedaban en esa habitación.

Capítulo 5

Nick no dijo nada durante un minuto.

—¿A qué te refieres con que ha desaparecido?

Pamela respiró hondo muy temblorosa.

—Hay una habitación al f-final del pasillo de la r-residencia. Llevo viviendo allí d-desde hace tres años y en ese t-tiempo más de una docena de mujeres han o-ocupado esa habitación. Y cada vez que se v-van, siempre es una so-sorpresa para las d-demás.

>Como s-siempre estoy muy o-ocupada dando clases, y se van tan r-rápido, nunca me he llegado a hacer a-amiga de n-ninguna de esas m-mujeres. Hasta que conocí a la que estuvo antes de L-L-Lizbeth, la señorita Sp-sp-spencer, y después a e-ella.

—Tome un poco más de té, lady Pamela.

Por lo que contaba era evidente que estaba muy preocupada. Si se calmaba un poco le iba a ser de gran ayuda.

—Sí. G-gracias.

Levantó la taza y logró tomar un trago de té sin derramarlo.

Cerró los ojos y respiró hondo otra vez.

—La señorita Sp-sp-spencer n-n-nunca me dijo que se fuera a m-marchar y, de repente, una m-mañana se marchó d-después de haber e-estado hablando con ella. Cuando fui a v-verla me e-encontré con la señora O'Leary e-empacando sus pe-pertenencias.

Nick le dio tiempo para recomponerse y después dijo:

—Continúe.

—Esta m-m-m-mañana, la puerta de L-Lizbeth estaba abierta y la habitación va-vacía. Le pregunté a la s-señora O'Leary, la c-casera, qué le había p-pasado y me dijo que se había m-mudado a otra p-parte. —Pamela lo miró y dijo— Pero no la he c-creído.

Nick se reclinó en la silla observándola.

—¿Y parece que piensa que la desaparición de estas mujeres y la posibilidad de que alguien hubiera estado en su habitación están relacionadas?

—Sí, sí.

—Yo también.

Los hombros de Pamela se desplomaron y esbozó una sonrisa.

—Gracias. N-nadie más p-parece c-creerme.

Una señal de alarma sonó en la cabeza de Nick.

—¿A qué se refiere? ¿Le ha contado a alguien más lo que le preocupa?

Ella asintió y tomó un poco de té.

—Sí. Le p-pregunté a la señora O'Leary adónde había i-ido L-lizbeth y me dijo que no lo s-sabía. Y cuando la p-presioné se puso n-nerviosa y me dijo que me o-ocupara de mis propios a-asuntos.

>Después fui a la po-policía esta m-mañana e hicieron todo lo p-posible para hacerme s-sentir como si fuera una t-tonta y me dieron unas pa-p-almaditas en la c-cabeza.

Los músculos de Nick se tensaron y sintió verdadero pánico mientras se echaba hacia adelante para observarla mejor.

—No quiero que regrese a la residencia.

Pamela se quedó con la boca abierta.

—¿Que no v-vuelva? Todo lo que t-tengo está ahí.

Nick se pasó los dedos por el pelo.

—Me temo que se ha expuesto ante quienquiera que esté haciendo algo ilegal. —Sacudió la cabeza—. No quiero que regrese a ese lugar.

Pamela se incorporó. Varios mechones de su cabello colgaban por debajo de su sombrero torcido, tenía el pañuelo hecho jirones, el abrigo desabrochado y los ojos hinchados. Pero Nick en lo único en lo que podía pensar, como si fuera un niño indignado, era en lo guapa que era. Tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír.

—Usted no p-puede d-darme órdenes, señor S-s-smith. Soy una m-mujer a-adulta y puedo cu-cuidar de mí misma.

Estaba siendo muy insensata. Necesitaba protección. Nick entonces le cubrió la mano con la suya. No tenía sentido oponerse a ella, ya que podría animarla a hacer algo arriesgado.

—Creo que podría estar cerca de algo mucho más profundo. No tiene idea de en qué se está involucrando. He pasado años en la calle. Puedo oler a los delincuentes a kilómetros de distancia. Y todo esto que me ha contado apesta.

—¿Por qué la po-policía no pensó que f-fuera importante?

Nick suspiró y volvió a pasarse los dedos por el pelo. Pronto iba a estar tan desaliñado como ella.

—Tienen que seguir las reglas. Aunque hablaran con su casera, cosa que ruego que no hicieran, el hecho de que una muchacha se haya marchado de su habitación de forma repentina no es algo que les interese.

Pamela permaneció impasible durante un minuto mordiéndose su hermoso labio inferior, y después se enderezó.

—Aunque la po-policía me crea o no, tengo que hacer t-todo lo p-posible para encontrar a L-Lizbeth.

El corazón de Nick dio un latido extra.

—Un momento. No puede ir en busca de una mujer que ha desaparecido por culpa de unos delincuentes.

—De n-nuevo está d-diciéndome lo que t-tengo que hacer.

—Lady Pamela, no permitiré que se ponga en peligro. —Levantó una mano justo cuando ella iba a abrir la boca—. Si insiste en volver a su habitación, prométame que cuando se retire por la noche pondrá algo frente a la puerta que la despierte si alguien intenta entrar. Una silla colocada justo debajo del pomo de la puerta sería una buena idea.

Ella asintió.

—Y también, por favor, no haga ningún tipo de preguntas. Tengo contactos a los que jamás llegaría a tener acceso. Por favor, permítame que la ayude con esto.

Si se salía con la suya, la llevaría lo más lejos posible de Bath. Una casera molesta con las preguntas de Pamela podía no significar nada o, tal vez, mucho.

—Me s-siento m-mejor.

Pamela le dedicó una cálida sonrisa que le llegó al corazón. ¿Qué tenía esta mujer que le aterrorizaba tanto que le pudiera suceder algo malo? Continuó sonriendo mientras sujetaba un sándwich para darle un mordisco.

—Sabe que estoy interesado en cortejarla. Eso significa que me usted me importa. Entiendo que, por la razón que sea, ha rechazado

mis peticiones, pero al menos, por favor, siga mi consejo sobre cosas de las que tengo mucha experiencia.

—Lo haré.

Pamela continuó devorando casi toda la bandeja de sándwiches. Le dijo que no había podido comer nada desde que su amiga desapareció.

No volvieron a mencionar a su amiga cuando salieron del restaurante para ir al carruaje. Allí Nick tomó la mano de Pamela y la ayudó a subir al vehículo. Una vez que se acomodaron, la miró fijamente mientras cabalgaban sobre los adoquines llenos de baches.

—¿Pamela?

Le ofreció una mano conteniendo la respiración para ver si ella aceptaba su gesto.

Ella le sonrió y le tomó la mano, y él aprovechó para tirar de ella para que se sentara a su lado. Enseguida se giró para mirarla y le acarició las mejillas.

—Esto es algo que he querido hacer desde que la vi por primera vez.

Movió lentamente la cabeza hacia ella hasta que sus bocas estuvieron a tan solo un suspiro de distancia. Como Pamela no se apartó, ni le dio una bofetada en la cara, aprovechó para darle un gran beso en los labios.

A lo largo de su vida había tenido muchos mujeres, pero nada le había afectado tanto como la sensación que le provocaba su suave y cálida boca. Sus labios sabían a miel y a té, y estaban húmedos y blandos. Sus manos se deslizaron hasta su cuello y metió los dedos entre sus rizos. Su cabello olía a un aroma floral.

Cuando le tocó los labios con la lengua, y ella abrió la boca lo suficiente como para dejarlo acceder a ella y saborearla. Todo su mundo se transformó en el carruaje, el asiento de cuero, y esa mujer cálida y suave en sus brazos. Exactamente como quería que pasaran el resto de sus vidas. Cuídala. Protégela. Tienes que ser el hombre que le enseñe las alegrías que se disfrutan en el lecho matrimonial.

Para su asombro, ella tocó tentativamente su lengua con la suya, y él gimió y la atrajo más hacia él hasta que prácticamente quedó sentada en sus piernas. Entonces giró la cabeza para besarla más profundamente, y sonrió cuando un leve gemido escapó de sus labios.

Nick tardó un rato en darse cuenta de que el carruaje se había detenido. Se apartó de ella a regañadientes, y la miró a los ojos.

Estaban vidriosos.

—Creo que estamos en tu residencia.

—¿Qué?

Sonrió. La pobre muchacha estaba completamente aturdida.

—Estamos en tu casa.

—Vaya. —Se apartó un poco y se acicaló el pelo—. Ya veo.

Nick tomó sus dos manos entre las suyas.

—Voy a hacer algunas averiguaciones sobre tu amiga. Por favor, prométeme que no harás nada que haga que nadie piense que la desaparición de la señorita Davenport te parece extraña.

—P-pero...

Le puso un dedo en los labios.

—Sin peros, Pamela. Vendré en unos días. Mientras tanto, no digas nada a nadie y actúa como si nada estuviera mal. —La agarró por los hombros—. Prométemelo.

—Sí, sí.

Pamela se estremeció, y Nick volvió a tener que reprimir el impulso de hacer que su conductor los llevara a los dos a su casa, donde podría protegerla mejor. En cambio, se bajó del carruaje y le tomó la mano.

La acompañó hasta la puerta y se quedó con ella mientras el portero la identificaba y la dejaba entrar. Nick suspiró al ver que la puerta se cerraba y volvió a su carruaje. Ya era hora de estar en el club. No se sentía bien dejándola allí, pero estaba decidido a conquistarla y tenía que asegurarse de que estuviera a salvo.

Al menos ese día, gracias a la forma en que había respondido a su beso, sintió que ella reconocía que él le atraía. Había sido un pequeño paso, pero en la dirección correcta.

Pamela se mantuvo casi todo el tiempo aislada los días posteriores a su encuentro con el señor Smith. Continuó dando clases de piano y canto en el salón de atrás, pero descubrió que la señora O'Leary siempre estaba al acecho cuando hablaba con alguien.

Aunque el señor Smith le había dicho que iba a hacer averiguaciones y la iba a ver en unos días, todavía no había tenido noticias suyas. Con la esperanza de que fuera una buena noticia, y que no hubiera sabido nada malo sobre Lizbeth, empezó a sentirse más relajada cuando estaba en la residencia.

Sin embargo, no olvidaba que su amiga había desaparecido y podría estar en peligro. Pero aunque quisiera llevar a cabo algún tipo de búsqueda por sí misma, no tenía ni idea de cómo hacerlo, y el señor Smith, con sus antecedentes, era sin duda la mejor persona que podía ayudarla.

Cada vez que su nombre pasaba por su mente, lo que, para su disgusto, sucedía con regularidad, recordaba el beso que se habían dado en el carruaje y su reacción al respecto. Aunque había recibido besos desordenados y descuidados de otros hombres lo suficientemente desesperados como para hacerlo por su dote, no había comparación entre esos desastres y los sentimientos que Smith le había arrebatado.

Sus pensamientos volvieron a su alumna que acababa de terminar una pieza muy difícil.

—Lo e-está haciendo muy b-bien, señorita Chambers.

Estaba muy contenta con el progreso que estaba haciendo su nueva alumna. Había llegado a ella con cierta habilidad con el pianoforte, pero en las últimas semanas su forma de tocar había mejorado notablemente.

—Gracias, mi lady. He estado practicando mucho.

La muchacha se levantó del banco y recogió la retícula y los guantes.

Pamela la acompañó hasta la puerta principal.

—Eso es muy bueno. La única manera de mejorar en algo es practicando.

Sonrió mientras la muchacha se encogía de hombros y salía de la casa.

Miró su reloj y se dio cuenta de que tenía un poco de tiempo antes de ir a encontrarse con Lottie y Addie en la librería. Addie había vendido el local, pero todavía tenía algunas cosas allí que quería recuperar. Como último adiós a la librería y a todos los maravillosos recuerdos que compartían, Addie la había invitado a ella y a Lottie a tomar el té por última vez. Durante más de un año habían tenido la costumbre de reunirse todos los días a las tres de la tarde para tomar el té en la librería.

Pamela echaba de menos esa época. Las tres, todas solteras, disfrutando de la libertad que se le concede a mujeres que se sienten felices por estar "fuera de las convenciones". Se habían prometido mutuamente que no se casarían nunca, ya que las tres habían dejado de buscar un marido. Pero entonces Addie conoció a Grayson, y Lottie a Carter, y ahora Pamela era la única soltera del grupo que quedaba.

Y no es que le importara demasiado.

No había nadie que le desagradara tanto como para obligarlo a que aceptara sus trastabilleos y torpezas. Al igual que su cuñada, cualquiera que tuviera que estar cerca de ella todo el tiempo, pronto se iba a cansar de ella y terminaría avergonzándose de su falta de gracia y pulcritud cara a la sociedad.

No es el caso del señor Smith.

Resopló.

Así se lo había dicho. Pero no tenía idea de lo difícil que era para ella hablar de manera normal cuando se tenía que enfrentar a una situación que le generara ansiedad, y la mayoría de las cosas que ocurrían fuera de su hogar le provocaban mucho nerviosismo.

En ese momento le habría venido bien una taza de té, pero como ya era casi la hora de salir a juntarse con Addie y Lottie, subió a su habitación. Al llegar a lo alto de las escaleras, se dio cuenta de que la puerta de la habitación de Lizbeth estaba ligeramente entreabierta.

Avanzó lentamente por el pasillo, se detuvo en la puerta y se asomó. No había nadie. Se dio la vuelta y miró hacia atrás, pero todo estaba en silencio. Abrió la puerta y entró.

Al otro lado de la habitación, había una caja de cartón bajo la ventana. Pamela se acercó rápidamente y abrió la tapa. Reconoció algunas de las cosas de Lizbeth. Sacó su cepillo para el pelo y una pequeña caja redonda de horquillas.

Se sentó sobre los talones y frunció el ceño. Si Lizbeth se hubiera mudado, súbitamente o no, no se habría dejado su cepillo y sus horquillas. Metió la mano y comenzó a hurgar en otros objetos cuando el sonido de la puerta chocando contra la pared la hizo ponerse en pie de un salto.

La señora O'Leary estaba allí mirándola fijamente.

—¿Qué hace aquí?

El corazón de Pamela latía tan fuerte que estaba segura de que la señora O'Leary podía oírla desde el otro lado de la habitación. Tragó saliva varias veces y después dijo: —Yo e-e-e-estaba solo b-b-buscando… —No tenía ni idea de qué decir, y aunque se le ocurriera alguna razón, no tendría ningún sentido—. Lo s-siento —murmuró mientras cruzaba la habitación y pasaba junto a la señora O'Leary, que no le dijo nada, pero continuaba mirándola con los brazos cruzados.

Completamente sin aliento, Pamela corrió a su habitación y se apoyó en la puerta cerrada.

—Oh, ay.

Su corazón seguía latiendo tan fuerte que sintió como si fuera a vomitar. ¿En qué estaba pensando para meterse en la habitación de Lizbeth? Con los dedos temblorosos, se puso un traje de paseo e intentó arreglarse el pelo lo mejor que pudo.

La señora O'Leary ya no estaba a la vista cuando salió de la habitación y bajó las escaleras. Su corazón al menos se había calmado un poco, pero cuando salió de la casa para encontrarse con Addie y Lottie, todavía estaba completamente confundida.

Una vez que su mente se calmó, decidió que no quería preocupar a sus amigas con sus problemas, ya que ambas estaban embarazadas. Tal vez el señor Smith fuera a pasar por la residencia al día siguiente, tal como le había prometido, y podría contárselo todo a él.

—¿No estáis las dos maravillosas? —Pamela besó a Lottie y a Addie en la mejilla y se apartó un poco para admirarlas—. Sois la imagen misma del m-m-matrimonio y la m-m-maternidad inminente.

Se sentó en la silla vacía junto a la mesa donde había una variedad de sándwiches, tartas y galletas. Su tetera favorita de un maravilloso tono rosa pintada con flores blancas reposaba junto a la bandeja.

—¿Cómo progresan tus alumnas? —Preguntó Addie mientras servía el té para las tres.

Puso la leche y el azúcar, tal como a cada cual le gustaba.

—Lo e-están haciendo b-bien. De hecho, la s-señorita Chambers ha m-mejorado tanto que me c-cuesta creerlo.

—Tal vez solo necesitaba alejarse de su madre. Por lo que nos dijiste, parece un poco arpía.

—Sí, sí. Eso es lo que d-dice la s-señorita C-hambers.

Pamela tomó un gran trago de su taza de té y cerró los ojos mientras el líquido se deslizaba por su garganta. No sabía qué tenía el té que la calmaba tanto.

—¿Está todo bien, Pamela?

Lottie la miró con preocupación.

—Sí, s-sí. ¿P-por qué lo p-preguntas?

—Bueno parece que tartamudeas más siendo que estás con nosotras.

Addie también la observó con preocupación.

Se sentía mal por estar ocultando información a sus mejores amigas, pero no había nada que pudieran hacer, excepto estar preocupadas por ella. Lo mejor era que se lo guardara todo para sí misma hasta que el señor Smith se enterara de lo que estaba pasando.

—Probablemente e-estoy un poco c-cansada.

—¿Cómo está tu amiga Lizbeth? ¿Creía que la habías invitado a tomar el té con nosotras?

—Uh. Sí, sí. Lo hice. P-p-pero, eh...

Lottie se cubrió la mano con la suya.

—Somos tus mejores amigas, Pamela. Si algo anda mal, por favor permítenos ayudarte.

—Os aseguro que todo está p-perfectamente b-bien. Lizbeth está d-desempleada, como sabéis, y me dijo que una vez que v-volviera a tener un s-sueldo vendría con n-nosotras a *Pump Room* a tomar el té.

—Hoy no le habría costado nada —dijo Addie en voz baja.

¡Ay, Señor!

—Hoy no la he visto. Creo que estaba de compras cuando me fui.

Pamela tomó otro trago de té, se limpió la boca con la servilleta y enseguida se palmeó el labio superior cubierto de gotas de sudor. No era buena mintiendo.

Afortunadamente, la conversación derivó hacia otras cosas hasta que finalmente los tres terminaron su taza de té. Pamela y Lottie ayudaron a Addie a llevar las cosas que había dejado en el local a su carruaje, que estaba justo en frente.

Se abrazaron y se besaron para despedirse con la promesa de volverse a ver la semana siguiente en casa de Addie.

Pamela no quiso volver a la residencia en el carruaje con Addie o Lottie. Pensó que un paseo le vendría bien para despejar la mente antes de regresar a su casa.

Capítulo 6

Todo estaba tranquilo cuando entró en la residencia. Después de que la señora O'Leary la sorprendiera en la habitación de Lizbeth hurgando en su caja de pertenencias, ya nunca iba a estar tranquila en esa casa. Ahora lo único que sentía era nerviosismo.

—Ah, aquí está. —El saludo de la señora O'Leary hizo saltar a Pamela—. Estaba esperando a que regresara para ver si podía hacerme un favor.

¿Un favor? Esperaba que le soltara un sermón, pero la señora O'Leary parecía perfectamente normal e incluso sonreía.

Pamela asintió, con la boca seca por el sobresalto.

—Por su-supuesto.

—Gracias. Si viene conmigo a la cocina, necesito que me traiga algunas cosas del verdulero.

Pamela la siguió por el pasillo hasta la cocina. La señora O'Leary cogió una hoja de papel de su mesa de trabajo y se la entregó.

—Necesito todo esto para la cena de esta noche, así que si pudiera ir de inmediato, te lo agradecería.

—C-c-claro que sí.

Cogió la nota de la mano de la señora O'Leary y salió por la puerta principal. Sin duda, había sido un encuentro surrealista. Se esperaba una diatriba de la casera, y posiblemente un desalojo, y en lugar de eso, se había comportado muy educada como siempre y le había pedido un favor. Sacudió la cabeza al ver lo complicada que se había vuelto su vida, que antes era tan feliz y tranquila.

Al salir se encontró con un hombre que nunca había visto que estaba de pie en la acera, tres casas más abajo. Cuando se volvió para dirigirse hacia a la verdulería, la comenzó a siguir. El pánico se apoderó de ella. Su corazón comenzó a latir con fuerza y se le secó la boca. Cuando cruzó la calle, y el hombre también lo hizo. Ni siquiera le ocultaba sus acciones.

Aceleró, y casi se puso a correr. El señor Smith tenía razón. Era hora de marcharse de la residencia. No era un lugar seguro para

ella. De hecho, probablemente no era una buena idea que regresara después de lo que le estaba ocurriendo. En lugar de ir a la verdulería, iría a la casa de Lottie, que estaba a solo diez minutos a pie.

Mientras se dirigía hacia allí, vigilando al hombre que continuaba siguiéndola, se dio cuenta de que no podía meter a Lottie en eso. Estaba esperando un bebé, y a su esposo no le gustaría que la preocupara.

Nick.

Por fin sintió un poco de alivio. Iría a verlo. Él iba a saber qué hacer y le había dicho que podía mantenerla a salvo. Pero primero tenía que al menos ira ver a Lottie para que supiera que no se iba a juntar con ellas durante un tiempo, y que no se tenían que preocupar.

Sin aliento, se apresuró a subir las escaleras de acceso a la puerta de la casa de los Westbrooke, y golpeó la aldaba. Debía de tener un aspecto horrible porque los ojos del mayordomo se abrieron de par en par cuando la dejó entrar, e inmediatamente se fue a buscar a Lottie.

Al cabo de unos minutos, Lottie bajó las escaleras hasta el vestíbulo.

—Pamela, ¿qué pasa? Acabamos de dejarte hace no más de una hora.

Abrió los brazos y la abrazó.

—No puedo d-decirte qué me está p-pasando. Pero p-podría se muy p-peligroso para ti.

—¡Qué!

Lottie la llevó al salón y las dos se sentaron en el sofá.

Pamela se secó el sudor del labio superior.

—Debo m-marcharme por un ti-tiempo. No puedo d-decirte por qué ni a-adónde, pero me pondré en c-contacto con v-vosotras tan pronto como p-pueda. Hay alguien que puede a-ayudarme, y necesito ir a b-buscarlo rápidamente. Espero estar de v-vuelta a tiempo para c-c-cuando n-nazca tu bebé.

Sonrió observando cálidamente al creciente vientre de Lottie.

Lottie la miraba fijamente con la boca abierta.

—¿De qué estás hablando? ¿Quién puede ayudarte? ¿A dónde vas?

Pamela se levantó de un salto y se dirigió a la puerta.

—No p-puedo d-decir nada más. Tenéis que s-saber que a Addie y a ti os quiero un m-montón, y que me pondré en contacto tan p-pronto como pueda.

Se inclinó hacia ella, le dio un beso en la mejilla y se fue.

Con el corazón retumbando en el pecho, salió por la puerta principal y miró atentamente a su alrededor. El hombre que la seguía no estaba a la vista. Eso la asustaba aún más. Tenía que encontrar la manera de llegar al club del señor Smith. Con el poco dinero que llevaba encima, intentaría conseguir un carruaje. Y si no tenía lo suficiente, estaba segura de que el señor Smith pagaría la diferencia al conductor.

Cuando llegó al centro de la ciudad se sintió un poco más segura por estar rodeada de gente que entraba y salía de las tiendas. El mejor lugar para encontrar un carruaje era frente a la estación de tren, de modo que se dirigió hacia allí.

Absorta en sus pensamientos, miró de un lado a otro antes de cruzar la calle a una manzana de la estación. De pronto el sonido de uno cascos de caballo llamó su atención y miró a su izquierda.

Era de un carruaje muy grande que se acercaba muy rápido y se dirigía directamente hacia ella. Se dio la vuelta para volver a la acera, pero el carruaje fue tras ella. Alguien que estaba cerca le gritó y la apartó de la trayectoria del vehículo. Pero la alcanzó a golpearla con la parte de atrás y la tiró al suelo. Su cabeza chocó contra algo duro y todo se volvió negro.

Nick miró su reloj mientras subía rápidamente los escalones de *The Lion's Den*. Acababa de dejar a uno de sus contactos de los bajo fondos y se acercaba la hora en que el club tenía que abrir por la noche. Lidiar con el problema de Pamela le había quitado tiempo y había dejado de atender algunos asuntos. Aunque tenía muchos empleados competentes y fiables, todavía no era una buena idea descuidar el negocio que le costó tan duro levantar.

El encuentro con Wesley, un delincuente habitual que conocía todos los asuntos turbios del hampa en Bath y en Londres, había dado buenos resultados. Había tardado cuatro días en atravesar las diversas capas de protección de rodeaban a Wesley para poder hablar con él. Y lo hizo abiertamente. Como sabía que Nick era un hombre que mantendría la boca cerrada sobre la procedencia de su información, Wesley encantado le contó todo lo que necesitaba saber para fastidiar a un competidor.

Después de reunirse con Wesley, Nick tenía buenas razones para creer que la amiga de Pamela, la señorita Davenport, había sido secuestrada en su habitación de la residencia en mitad de la noche para ser vendida a un burdel en Londres. Le daba mucho apuro tener que contárselo a Pamela.

Cada vez que pensaba en que Pamela seguía viviendo en aquella residencia, tan cerca del peligro, se le cerraba el estómago. Aunque fuera lo último que hiciera por ella, tenía que sacarla de allí y llevarla a un lugar seguro.

Le había contado que llevaba viviendo en la residencia desde hacía tres años, y la única razón que se le ocurría por la que no abría sido secuestrada era porque pertenecía a la *alta sociedad*. Con todas las mujeres jóvenes sin dinero ni familia que llegaban a Bath y a Londres desde sus pequeños pueblos en busca de trabajo, los proxenetas tenían suficientes presas sin tener que arriesgarse a molestar a nadie que perteneciera a la aristocracia.

Se paseó por la sala principal y observó cómo sus empleados se preparaban para la noche, colocaban las mesas de juego, almacenaban las bebidas alcohólicas detrás de la barra y colocaban las bandejas de comida en el comedor. Satisfecho con que todo parecía ir bien, subió los escalones de la escalera de dos en dos para ir al piso de arriba, donde se encontraba su oficina. Aunque odiaba esta parte de su trabajo, sacó los libros de contabilidad para repasar las ventas y la recaudación de la noche anterior.

Sacudió la cabeza al ver que el joven lord Withers había vuelto a perder una buena suma de dinero. Acababa de regresar de la universidad cuando falleció su padre, y le dejó su título y todo su patrimonio. Al parecer, Withers pretendía acabar con su herencia

antes de cumplir los veintidós años. Pondría un mensaje en la puerta principal para que el joven lord fuera a su oficina tan pronto como entrara en el local. Era el momento de darle una charla para que entendiera en qué consistía el comportamiento responsable. El joven tenía una madre y dos hermanas a las que cuidar.

Una hora después de empezar a revisar las cuentas, cerró el libro de golpe y se estiró. Era hora de pasearse por la zona de juego, y asegurarse de que todo iba bien. Primero lo revisaría todo con el guardia de seguridad, y después se pasaría por el comedor y el bar.

Se bajó las mangas y se puso la chaqueta. También tuvo que cepillarse el pelo, ya que se había estado pasando los dedos por él. Cuando salió de la oficina, cerró la puerta con llave y bajó las escaleras.

Estuvo más de tres horas recorriendo los salones, charlando, compartiendo bebidas y atento a cualquier indicio de una redada, que siempre era una posibilidad. Y por eso lo tenía todo bien preparado.

—Nick.

Su camarero, Toby, le hizo señas para que se acercara desde detrás de la barra.

Nick se acercó a la barra.

—Sírveme un whisky.

—Claro. Pero tengo algo para usted. —Toby le entregó un papel doblado—. Un hombre se lo entregó a Mick en la puerta y le dijo que se asegurara de que se lo entregaran.

—Gracias.

Tomó un trago del whisky y abrió la nota.

Señor Smith, por favor, venga al Royal United Hospital lo antes posible. Hay una joven preguntando por usted.

Nick sintió una gran sensación de calor en la cara. Tenía que ser Pamela. Se tragó el resto de la bebida y golpeó la barra con el vaso.

—Toby, debo irme. Ten a Ernest siempre cerca.

Salió corriendo del local sin saber si debía ir a buscar su caballo, que era lo más rápido, o el carruaje, en el caso de que tuviera que traer a Pamela de vuelta con él.

Pero optó por la velocidad y se dirigió a las caballerizas que había detrás del club para recoger su caballo. Hizo una señal con la mano al mozo de cuadras para que se apartara y el mismo le puso la montura y los arreos al mismísimo Diablo, porque no tenía tiempo para esperar a que lo hiciera otra persona.

Con el corazón en la garganta durante todo el trayecto, tuvo visiones de Pamela herida y sangrando. O tal vez le habían disparado. O cualquiera de todas las cosas que podrían hacer que terminara en un hospital.

Lanzó las riendas al mozo de las caballerizas que había detrás del hospital y corrió a la puerta de entrada. Vio que había una mujer sentada en un escritorio del vestíbulo principal.

—He recibido una nota que decía que una mujer que está aquí preguntaba por mí.

—¿Quién?

Se encogió de hombros, pero tenía que decir su nombre de todos modos, ya que aunque rezaba para que no fuera ella, estaba seguro de que lo era.

—Creo que es lady Pamela Manning.

—Sí. Lo llevaré a verla.

Aliviado de saber que no había fallecido antes de que él llegara, pero muerto de miedo porque efectivamente era ella, siguió a la mujer hasta las escaleras que conducían al primer piso. Doblaron una esquina y entraron en una gran habitación con cortinas que separaban numerosas camas.

La mujer revisó los números escritos en el suelo y se detuvo en el que decía dieciocho. Allí descorrió la cortina que rodeaba una cama.

—Está aquí. Por favor, no se quede demasiado tiempo.

Resopló. ¿Quedarse demasiado tiempo? No se iba a ir de este hospital sin ella, no le importaba lo que tuviera que quedarse. Terminó de descorrer la cortina y respiró hondo.

Su hermosa Pamela tenía algunos rasguños en el lado derecho de su cara y una especie de aparato ortopédico en la muñeca derecha. Además llevaba un vendaje en la frente, que probablemente cubría una herida.

Tenía los ojos cerrados, pero su respiración constante lo tranquilizó. Se acercó a ella y apoyó un nudillo en su suave mejilla.

—Pamela.

Lentamente sus párpados se levantaron.

—Señor S-smith.

Nick le sonrió. Agradecido de que estuviera despierta y de que lo reconociera.

—Nick, por favor.

—Gracias por v-venir. No s-sabía qué hacer, ni a quién m-más llamar.

Nick acercó una silla, tomó su mano ilesa entre las suyas y se sentó junto a su cama.

—¿Qué te pasó?

Ahora que estaba cerca de ella y podía ver mejor sus heridas, lo único que quería era ponerse a dar puñetazos contra la pared.

Una enfermera de aspecto muy firme apartó la cortina por completo y se quedó a los pies de la cama, con los brazos cruzados, mirando a Pamela.

—Espero que tenga más éxito que nosotros en descubrir lo que le pasó. Ha estado balbuceando todo el tiempo y nadie he entendido una palabra de lo que ha dicho.

Esa respuesta de arpía le dio la excusa que necesitaba para arremeter contra alguien. Se puso de pie y la miró completamente indignado.

—Sí, a veces es cuesta un poco entenderla, pero, a diferencia de usted, que habla muy claro, no tiene una lengua de víbora. Exijo ver al médico que la ha tratado, y le pido que se mantenga lo más lejos posible de lady Pamela mientras cumple con su trabajo.

La enfermera no se dejaba intimidar.

—¿Y qué relación tiene usted con esta mujer?

—Soy su prometido.

Antes de poder evitarlo le dijo lo que en realidad quería ser. Apretó la mano de Pamela al ver que respiraba hondo, pero lo más probable es que el médico no le fuera a dar información a menos que tuviera una relación importante con ella.

—Ahora, señora, haga su trabajo y vaya a buscar al médico.

La enfermera se alejó furiosa y él volvió a sentarse.

—No hables si te molesta. Me alegro de verte. —Le levantó la mano y le besó los nudillos—. He tenido que decir que soy tu prometido o nadie me dará ninguna información.

Le alisó un mechón de pelo que sobresalía por debajo de la venda de su cabeza.

—Por su-supuesto que me m-molesta. Me a-atropelló un c-carruaje en la calle M-Milsom. —Se relamió los labios y continuó—. Fue a p-propósito. El conductor se lanzó d-directamente contra m-mí. Si no me hubieran a-apartado de su t-trayectoria, ahora estaría mu-muerta.

Eso era lo él se temía.

—Cuando el médico dé el alta, te voy a trasladar a mi casa. Contrataré a alguien para que se quede contigo y te cure las heridas.

—No p-puedo quedarme en tu c-casa. Sería m-mi r-ruina social.

—Querida, me temo que si no lo haces te podrían matar, y no estarías simplemente arruinada socialmente. Después de lo que he descubierto hoy, y viendo cómo estás después de que te hayan intentado atropellar con un carruaje, necesitas a alguien que te proteja. Tengo una ama de llaves muy moral y honrada que guardará tu virtud como un dragón.

—¿Qué... qué has a-averiguado?

Empezó a contárselo pero unos pasos le impidieron que hablara. No tenía sentido arriesgarse a que alguien los escuchara.

Un hombre vestido con un traje gris de tres piezas con un estetoscopio colgando del cuello apareció detrás de la cortina. Sostenía un informe en la mano y no parecía nada intimidante, lo que relajó a Nick, feliz de no tener que luchar para poder salir juntos del hospital. La enfermera no se veía por ningún lado.

—La enfermera MacLean me ha dicho que usted es su prometido.

El médico bajó la vista hacia el informe que llevaba.

—Eso es correcto. ¿Y usted quién es?

El hombre le tendió la mano.

—El doctor Bradford.

Se dieron la mano y el doctor se acercó a Pamela y se inclinó para levantarle los párpados y examinarlos. Hablando por encima del hombro, dijo:

—Al parecer, fue atropellada por un carruaje y chocó contra el suelo. Sufrió algunos rasguños y moretones, lo más grave es un esguince de muñeca y una lesión en la cabeza que la dejó inconsciente. Estará adolorida durante unos días.

Se puso recto y miró a Nick.

—Los conductores son bastante imprudentes en estos días. Hay que hacer algo al respecto.

—Estoy de acuerdo —dijo Nick, ansioso por terminar la conversación—. Lo que necesito saber doctor, es cuándo dejará salir del hospital a lady Pamela.

—Depende de lo lejos que piense llevarla.

—A mi casa de la calle Abbeygate. ¿Hay algún vehículo aquí para que pueda llevarla? Si no, puedo volver a mi casa a buscar mi carruaje.

Pero prefería no dejarla en el hospital sin que estuviera vigilada.

—Sí, hay un vehículo que usamos para trasladar a los pacientes. Así es como trajimos al hospital a la joven desde la calle donde fue atropellada. Creo que se la puede trasladar a esa distancia sin peligro.

Nick se volvió hacia la enfermera que se había unido al médico.

—Prepare a lady Pamela para que me la lleve. Nos iremos de inmediato.

Capítulo 7

Pamela se alarmó bastante por el alivio que se sintió al ver a Nick. De hecho, llevaba aterrorizada desde que despertó en el hospital con mucho dolor. Tardó un rato en recordar lo que le había sucedido, y cuando intentó explicárselo a la enfermera y al médico, había hablado de una manera muy confusa.

Nunca en toda su vida se había sentido tan sola. Cuando llegó a Bath sin conocer a nadie había tenido a las otras mujeres de la residencia para conversar, y después, cuando conoció *Once Upon a Book*, la librería de Addie, sintió un vínculo instantáneo con ella. Sumar a Lottie a su amistad fue toda una bendición.

Pero tenía que eliminarlas de su vida mientras estuviera luchando contra el serio problema al que se enfrentaba, y Nick era la única persona a la que podía recurrir. Incluso, lo más posible es que su hermano no le fuera a ser de mucha ayuda, ya que su esposa era completamente inflexible en relación a ella. No la consideraba parte de su familia.

Pero por mucho que había intentado mantener a Nick alejado de ella, por su propio bien, él se había negado a frustrarse y ella nunca se había sentido tan feliz de haber estado equivocada. Lo necesitaba y estaba agradecida de que le prestara ayuda.

Nick dio órdenes a la enfermera y al médico, y después a los hombres que la iban a llevar en camilla al vehículo del hospital. Pero Pamela no dejó que viera la sonrisa que puso al comprobar cómo todos seguían sus instrucciones. Incluso el médico.

Había algo en Nick, un hombre criado en las calles de Londres, que imponía respeto.

Mientras la acomodaban en el carruaje del hospital, le tomó la mano.

—Iré en mi caballo justo detrás del carruaje. Y una vez que te hayas instalado en mi casa, me encargaré de que tener una protección especial.

—Gracias.

Se inclinó hacia ella y la besó en los labios, aparentemente sin importarle que hubiera gente a su alrededor.

A pesar de que el médico le había recetado analgésicos, era bastante difícil avanzar por los adoquines y había varios baches en el trayecto que iba desde el hospital a la casa de Nick. Cada sacudida le provocaba un dolor nuevo.

Debió de quedarse dormida porque lo siguiente que supo fue que el carruaje se había detenido, y Nick volvía a dar unas cuantas órdenes con la voz muy alta. Unos brazos fuertes levantaron la camilla y la llevaron a la casa de Nick. Tanto movimiento le había revuelto el estómago, aunque esperaba no tener que caer en la deshonra de devolver la poca comida que había ingerido. Descubrió que mantener los ojos enfocados en algo fijo la ayudaba bastante.

Una mujer mayor corrió hacia ellos mientras maniobraban la camilla por las escaleras.

—Llévela a la segunda habitación del ala derecha. Es la única que está hecha.

La mujer, obviamente el ama de llaves, habló con Nick mientras la llevaban al piso de arriba. Realmente podría haber subido caminado, pero con tantas náuseas y mareos, probablemente lo mejor era dejar que la llevaran en camilla.

Le dieron empujones y algunos golpes, pero finalmente pudo meterse en una cama grande y cómoda. Nick se inclinó sobre ella.

—La señora Fletcher cuidará muy bien de ti. Estaré fuera un rato. Si necesitas algo, simplemente toca esta campana.

Colocó una pequeña campanilla de plata sobre la mesilla de noche.

Aunque Pamela se había criado con sirvientes, la idea de tener que tocar una campanilla desde su cama le parecía un poco dramática, pero no dijo nada. Nick nuevamente se agachó para besarla. ¿Qué estaba pasando? ¿Seguía fingiendo ser su prometido? Ya no estaba ni el médico ni la enfermera a la vista, y no era necesario hacerlo.

Rápidamente Nick y los dos hombres que la habían llevado hasta allí salieron de la habitación y cerraron la puerta. La señora Fletcher se acercó a la cama. Era una mujer de aspecto agradable,

aunque Pamela se acordó de que la señora O'Leary también lo parecía, y le dedicó una cálida sonrisa.

—Buenas noches, lady Pamela. Soy la señora Fletcher, el ama de llaves del señor Smith. Me ha contado muy poco de su situación, pues parecía tener prisa en marcharse.

—Gracias, p-p-por dejar que me q-quede a-aquí.

La señora Fletcher no reaccionó al tartamudeo de Pamela, lo que le indicó que Nick debía de habérselo advertido. En cambio le sonrió delicadamente.

—Cariño, ésta es la casa del señor Smith. Encantada voy a hacer por usted todo lo que necesite. —Cogió la campanilla—. Si la toca la escucharé. Ya he terminado con mis obligaciones y mi habitación está justo encima de esta, así que puedo escucharla perfectamente.

—Voy a necesitar ayuda para ir al baño.

Se sonrojó intensamente, pues a pesar de que era una petición de mujer a mujer, la señora Fletcher seguía siendo una desconocida para ella.

—Oh, cariño. Claro que sí. ¿Puede ponerse de pie? No estoy segura de cuáles son sus lesiones.

—Parece que tengo la muñeca dislocada, y tengo una un montón de golpes y moretones. Pero creo que puedo ponerme de pie.

—Bien, tenemos un baño justo al final del pasillo. Si me permite ayudarla, puedo levantarla y después la ayudo a llegar hasta allí.

Pamela se quejó mientras se incorporaba con la ayuda de la señora Fletcher. Dejó las piernas balanceando al borde de la cama y se detuvo para recuperar aliento.

—También puedo traerle un orinal si le resulta demasiado difícil caminar —dijo la señora Fletcher.

Por mucho que Pamela prefiriera la privacidad y no tener que pasar vergüenza al estar en un baño, le volvieron las náuseas al intentar moverse y pensó que tal vez lo mejor era que le trajeran un orinal.

—Sí, creo que un o-o-orinal será lo m-mejor.

—No se preocupe, cariño. En todos los años que llevo trabajando aquí he vaciado cientos de orinales. Deme un minuto.

Ayudó a Pamela a sentarse apoyada contra la cabecera de la cama y salió de la habitación.

Pamela cerró los ojos y de inmediato apareció la visión del carruaje acercándose a ella. Era muy poco probable que hubiera sido un accidente. Y por la forma en que Nick se había comportado, tampoco creía fuera así.

Se estremeció al darse cuenta de que alguien quería matarla. O al menos hacerle mucho daño. Pero no era eso. Se inclinaba más por el asesinato. Por mucho que no le gustara pensarlo, la señora O'Leary tenía que ser cómplice de lo que le había sucedido a Lizbeth y a las otras muchachas desaparecidas.

Nick dijo que había conseguido información, pero como habían tenido que trasladarla desde el hospital, y después se había marchado rápidamente, podría pasar algún tiempo antes de enterarse de qué era lo que sabía.

La puerta se abrió y la señora Fletcher regresó con el orinal.

—Aquí tiene, cariño. Se lo pondré por debajo y dentro de un rato volveré para recogerlo.

Pamela se mordió el labio con fuerza cuando se movió para sentarse sobre el orinal, los dolores y las molestias de su cuerpo parecían empeorar.

—G-gracias.

Una vez que terminó, y sintiéndose mucho mejor, usó la campanita para llamar a la señora Fletcher aunque se sentía incómoda por tener que usarla.

—Está bien, cariño, ¿le traigo una taza de té? ¿O tal vez algo de comer?

La señora Fletcher era una mujer muy alegre que hacía sonreír a Pamela a pesar de su dolor y sus preocupaciones.

—Una t-taza de té me v-vendría muy bien. Me temo que mi e-estómago no aguantaría n-nada de comida en este mo-momento.

—Lo entiendo. Entonces le traigo una taza de té. Además, el médico le dejó un poco de láudano, pero el señor Smith me dijo que no se lo diera hasta que él regresara.

—¿Sabe d-dónde fue?

La señora Fletcher cruzó los brazos a la altura de la cintura y negó con la cabeza.

—Lo único que me dijo fue que esperara la llegada de dos hombres que se iban a quedar aquí durante un tiempo. Seguridad, me dijo.

Seguridad. Cerró los ojos y suspiró. Esa palabra sonaba maravillosa.

—Seguridad. —Dijo Nick sentado en su escritorio del club. Dio un golpe con un lápiz mientras observaba a los dos hombres que tenía frente a él—. Quiero seguridad en mi casa las veinticuatro horas del día.

Jax y Monkey habían sido amigos de Nick desde que jugaban a pelearse en el barro. Nick los contrataba regularmente para mantenerse apegado a sus raíces, y para ocasiones como esta en que necesitaba de sus habilidades y que no les importaran demasiado las reglas.

—En mi casa se está quedando una dama muy especial cuya vida creo que corre peligro. Ya ha sido atacada una vez y no voy a dejar que algo así vuelva a suceder. Debéis tenerla vigilada en todo momento. Tengo fe absoluta en mis empleados, pero aún así quiero que revisen su comida antes de que se la coma. Cualquier carta o paquete dirigido a ella hay que entregármelo a mí primero.

—Pero jefe, si esta dama es como las demás no le va a gustar que su correo y sus cosas le lleguen a usted primero.

Nick hizo un gesto de desdén con la mano.

—En primer lugar, nadie sabe dónde se encuentra, por lo que cualquier cosa que le llegue sería sospechosa. En segundo lugar, aunque se oponga, no hay que hacerle caso.

Los dos hombres compartieron una mirada divertida. A Nick no le importaba que pensaran que estaba enamorado de Pamela. Y de todos modos, lo más probable es que lo estuviera.

Le había encantado decirle al médico y a la enfermera que era su prometido. Le parecía que era lo correcto, como si todo encajara perfectamente. Lo más probable es que una vez que Pamela se

recuperara, le iba a lanzar algo contundente a la cabeza por ser tan presuntuoso. Pero estando bajo el mismo techo, esperaba que esa declaración falsa se convirtiera en verdadera antes de que ella se marchara.

—¿Cuándo quiere que empecemos?

—En media hora.

Ambos hombres se pusieron de pie y, con un rápido saludo, salieron de la oficina. Ahora que Pamela estaba segura, e iba un equipo de seguridad de camino a su casa, se permitió considerar lo que le había sucedido.

Mientras lo consumían sus pensamientos, no dejaba de jugar con el lápiz. Cuando estaban preparando a Pamela en el hospital para ser trasladada, había consultado con el médico sobre sus lesiones. Se le hizo un nudo en el estómago cuando le dijo que el carruaje que la atropelló podría haberla matado fácilmente.

Y aunque el médico no se lo dijo explícitamente, Nick tuvo la impresión de que pensaba que no había sido un simple accidente. Por los pocos testigos que se quedaron cuidando de Pamela hasta que llegó la ayuda, el médico había sabido que el carruaje se había subido de manera deliberada a la acera, y se había lanzado directamente hacia ella. De no haber sido por uno de los testigos que le dio un empujón en el último momento, el carruaje le habría dado de frente.

Nick se frotó los ojos con el pulgar y el índice. Pamela estaba metida en un lío y pensaba llamar a todos sus contactos para poder cuidarla.

Se levantó, se volvió a poner la chaqueta y apagó las lámparas. El club seguía a todo gas, pero no le interesaba cuánto dinero estaba recaudando. Todos sus pensamientos y preocupaciones se centraban en una sola mujer.

La mujer a la que pensaba hacer suya.

La casa estaba bien iluminada cuando llegó en carruaje a la puerta de su casa. Jax le hizo un gesto desde el vestíbulo cuando Nick abrió la puerta. Se quitó el sombrero, la bufanda y el abrigo y se los entregó al mayordomo. Después se sacó los guantes y se los

dio también. Mientras la señora Fletcher llegó bulliciosamente por el pasillo que daba a la cocina.

—La cena está lista, señor Smith. ¿Subo una bandeja para lady Pamela?

—No. Le llevaré yo la bandeja. Prepárela y vendré a buscarla en un minuto.

Después se acercó al salón y se sirvió un brandy. Miró por la habitación mientras se tomaba unos tragos de ese elegante licor francés.

Nunca se había sentido más orgulloso de lo que había hecho por sí mismo que ahora que tenía a Pamela en el piso de arriba bajo su protección.

Cuando consiguió suficiente dinero para abrir el club, tuvo varios profesores que le enseñaron todo lo que tenía que saber para ser un caballero. Tal vez nunca lo fuera a ser por nacimiento, pero estaba decidido a serlo por la forma en que vivía.

Contrató profesores para mejorar su inglés, aprender modales, elegir su vestuario, así como decorar su casa, comprar cuadros, muebles, cortinas y otras cosas de valor. Quería hacer que su hogar fuera un refugio apartado del mundo en el que se había criado y había tenido que soportar durante años.

Estaba a pocos años de conseguir su objetivo final, que era vender el club y comprar un buen hotel y un restaurante, o tal vez incluso dedicarse al mercado de los valores o a los ferrocarriles. Quería ser un hombre de negocios importante.

A su esposa nunca le faltaría nada, y sus hijos conocerían todos los placeres de la infancia que a él le fueron negados.

Ansioso por ver a Pamela, apuró su copa y se dirigió a la cocina para recoger la bandeja.

Llamó suavemente a la puerta de la habitación que le habían proporcionado. Realmente deseaba que estuviera en su propia habitación, y en su cama, pero no la pensaba avergonzar de esa manera. Una vez que se casaran la iba a tener cerca todo el tiempo. No quería que tuvieran habitaciones separadas.

Aunque esa era la costumbre de los caballeros.

La puerta fue abierta por una sirvienta llamada Dorothy a la que ya había visto varias veces, sobre todo limpiando.

—Buenas noches, señor Smith.

La saludó con un rápido gesto con la cabeza, pero su atención se centró de inmediato en la mujer que estaba en la cama. Pamela parecía estar durmiendo, pero en cuanto se acercó, abrió los ojos y le sonrió.

Estuvo a punto de que se le cayera la bandeja.

Sí. Estaba embelesado.

—¿Cómo te sientes? —Le dijo en voz baja mientras se acercaba a ella.

Ella intentó moverse en la cama y soltó un gemido.

—Me t-temo que un poco a-adolorida.

Rápidamente dejó la bandeja sobre la mesa.

—No. No te muevas. Yo te ayudaré.

Le pasó un brazo alrededor de su delgada cintura y la ayudó a incorporarse. Lo único que llevaba puesto era un fino camisón. El calor de su suave piel le calentó las manos hasta el punto de que sintió que le iban a arder.

Una vez que Pamela se acomodó, respiró hondo.

—Te traje algo de cenar. ¿Te apetece comer algo?

—Si me lo hubieras p-preguntado hace unas horas, te habría d-d-dicho que no. Tenía el e-estómago r-revuelto por el viaje, pero ahora me a-acabo de dar cuenta de que tengo b-bastante hambre.

Sacudió la servilleta que la señora Fletcher había colocado en la bandeja y se la remetió debajo de la barbilla. Ella se sonrojó y él se rió de su timidez. Después le colocó la bandeja en su regazo.

—¿Has c-comido?

Sus ojos vagaron por la bandeja donde había una sopa de carne con verduras, pan, mantequilla y una pequeña tarta.

—No. Comeré más tarde.

Acercó una silla junto a la cama y se sentó apoyando un pie en la rodilla doblada para observarla.

Ella recogió el pan y lo miró.

—No puedo c-comer si te estás m-mirándome todo el rato.

Sonrió y tomó un bocado de pan para contrarrestar su afirmación.

—Muy bien. Yo también tengo hambre. —Se volvió hacia la sirvienta que estaba junto a la puerta—. Dorothy, por favor, tráigame de la cocina una bandeja de las que prepara la señora Fletcher.

La muchacha se inclinó ante él.

—Por supuesto, señor.

Cuando se volvió observó que Pamela se estaba pasando la lengua por los labios. Sus partes masculinas respondieron de inmediato y se removió en la silla.

—Tenemos bastante de qué hablar, pero creo que eso puede esperar hasta después de haber comido.

Pamela asintió, tragó un bocado y se limpió la boca.

—Supongo que lo que tengo que saber es ¿qué voy a hacer ahora? No tengo dónde vivir y todavía no te he contado qué más me pasó.

—No te preocupes por dónde vayas a vivir. Quiero que te concentres en mejorarte y tan pronto como puedas, iremos a Londres.

Capítulo 8

—¿A L-Londres?

Pamela detuvo la cuchara a mitad de camino entre el delicioso plato de sopa y su boca.

—Sí. Pero antes de contarte de lo que me he enterado hoy, quiero saber qué hiciste para terminar siendo atropellado por un carruaje.

Pamela resopló.

—Haces que s-suene como si hubiera p-planeado mi día en torno al a-accidente. Aunque, no fue un a-accidente.

—Creo que eso lo tenemos claro. —Nick la observaba atentamente.— Cuéntame qué pasó.

Pamela respiró hondo y comenzó su relato.

—A p-primera hora de la t-tarde vi que la p-puerta de la habitación de Lizbeth e-estaba abierta, y c-como no había n-nadie por ahí, d-decidí entrar...

Nick soltó un gruñido.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—Había una caja de c-cartón en el s-suelo, al otro lado de la habitación frente a la v-ventana. La abrí y encontré muchas de las c-cosas de Lizbeth allí. —Se movió un poco y casi derrama la sopa—. Había c-cosas como su cepillo para el c-cabello, el cepillo de d-dientes, o las horquillas, que ninguna m-mujer olvidaría si se va a c-cambiar de casa.

Se detuvo para tomar un trago de té.

—Pero desgraciadamente, la señora O'Leary me encontró.

—Claro que te descubrió. —Nick hizo un gesto con la cabeza a Dorothy mientras colocaba la bandeja de comida en la mesa estaba junto a la cama— ¿Qué te dijo ella?

—Estaba bastante e-enfadada y me r-reprochó que no tenía d-derecho a estar en esa habitación.

—Lo cual era cierto. No tenías derecho y, con las sospechas que tenías sobre esa habitación y quienes la ocupaban, era bastante

insensato meterse allí. —Sacudió la cabeza y respiró hondo—. Continúa.

—Justo después fui a t-tomar el té por última vez con Addie y Lottie, en la l-librería de Addie, ya que la ha v-vendido y quería ir a buscar algunas c-cosas que se había dejado allí.

Dejó la cuchara junto al plato vacío y tomó otro trago de té.

—Cuando r-regresé a la residencia me e-esperaba otro sermón de la señora O'Leary, pero en l-lugar de eso, fue bastante a-amable y me pidió que fuera a ver al v-verdulero para recoger las verduras que n-necesitaba para la cena.

Frunció el ceño.

—¿Solía hacerlo antes?

Pamela se encogió de hombros.

—No m-muchas veces, pero le he hecho algún que otro f-favor de ese tipo desde que vivo allí.

—Muy bien. ¿Qué pasó entonces?

—Tan pronto como salí de la r-residencia, me di cuenta de que un hombre que n-nunca había visto antes estaba m-mirando en la acera unas c-casas más abajo.

Los músculos de Nick se tensaron, y aunque ya sabía el resultado de su viaje a la frutería, su brazo se preparó para dar un golpe contra la pared. Ya tenía otro nombre que poner en su lista de personas que iban pagar por haber atacado a Pamela.

—Desde el m-momento en que salí de la r-residencia me di cuenta de que me estaba si-siguiendo. Me puse muy n-n-nerviosa.

Se detuvo y respiró hondo. Nick se movió para sentarse en el borde de la cama y le tomó una mano.

—Sigue.

Ella lo miró de reojo un poco ruborizada.

—Entonces d-decidí que t-tenía que...

—¿Qué?

Respiró hondo.

—Ir a tu c-club. Sabía que si a-alguien podía p-ponerme a salvo, e-ese eras tú.

Su rostro se puso de color rojo brillante tras su confesión.

El corazón de Nick se aceleró y, a pesar de la triste historia que le estaba contando, y la rabia que sentía por el ataque, sintió una agradable sensación de satisfacción masculina.

—Me alegro de que supieras lo que tenías que hacer, al menos en ese momento.

Ella lo miró y levantó su dulce barbilla.

—En ese m-momento decidí ir a la c-casa de mi amiga Lottie, que estaba c-cerca, para d-decirle que no iba a p-poder verla a ella ni a Addie d-durante un tiempo. Sabía que t-tenía que irme de la r-residencia, y posiblemente i-incluso de Bath, o hacer algo para que no me e-encontraran, y mis a-amigas se preocuparían si d-desaparecía sin decir una p-palabra.

Tomó su último trago de té y Nick retiró la bandeja de su regazo para llevarla al otro al pequeño escritorio que tenía junto al armario al otro extremo de la habitación. Cuando volvió con ella, se sentó de nuevo en la cama y agarró sus dos manos, que estaban heladas.

—¿Qué pasó después?

—Salí de la c-casa de Lottie y decidí b-buscar un ca-carruaje para ir a tu club. Pero antes de llegar a la e-estación donde pensaba encontrar un c-coche, fui atropellada por ese ca-ca-carruaje.

Nick le apretó las manos con tanta fuerza que temió haberle hecho daño. Pensar en lo que podría haberle sucedido le produjo una mezcla de rabia y angustia. A pesar del poco tiempo que llevaba conociendo a Pamela, su corazón le decía que estaban destinados a estar juntos.

—¿Recuerdas algo después de eso?

—Cuando d-desperté en el hospital. Intenté c-contarle a la enfermera y al m-médico lo que me había su-sucedido, pero estaba muy co-confundida y, como i-imaginas, no podía hablar claro p-porque estaba muy n-nerviosa. —Sonrió— Como a-ahora.

Nick levantó una mano y le colocó unos rizos sueltos detrás de la oreja.

—Y ahí fue cuando pediste que me buscaran.

—Sí.

Pamela agachó la cabeza y Nick sonrió.

– Me alegro de que lo hicieras.

—Yo, t-también.

Mientras sonreían Dorothy regresó a la habitación para recoger las bandejas de comida. Justo detrás de ella apareció la señora Fletcher, que lo miró con el ceño fruncido por estar sentado en la cama.

—Señor Smith, ¿supongo que hay sillas en la habitación?

Se levantó de un salto como un muchacho malo al que han descubierto metiendo las manos por debajo de las faldas de una sirvienta.

—Sí, señora. —Le guiñó un ojo a Pamela—. Tenemos que hablar más, pero creo que por ahora voy a darte el analgésico que dejó el médico que te ayudará a dormir un poco.

—¿Y qué hay de L-Londres?

—Hablaremos de eso también por la mañana. —Sacó un pequeño frasco de láudano y la cuchara que se había metido en el bolsillo antes de subir las escaleras—. No deberías tomarlo durante demasiado tiempo, pero te va a ayudar a dormir.

Pamela echó un vistazo a la botella:

—¿Qué es?

—Láudano.

Nick desenroscó la tapa de la botella y vertió un poco en la cuchara.

—Estoy de a-acuerdo. No quiero t-tomarlo durante mucho ti-tiempo. Creo que provoca d-dependencia.

Nick le acercó la cuchara a la boca, y ella se tomó la medicación.

—Señor Smith. Creo que es hora de que se despida para permitir que esta joven descanse un poco.

La señora Fletcher estaba a menos de un metro de él, con los brazos metidos bajo su impresionante pecho, con una expresión que casi le hizo reír. Al parecer, no pensaba salir de la habitación hasta que él lo hiciera.

Cuando le dijo a Pamela que la señora Fletcher iba a proteger su virtud, no estaba bromeando. Era un mujer moralmente comprometida con el buen comportamiento.

—Sí, es verdad, señora Fletcher.

Se inclinó un poco y besó a Pamela en la frente.

—Buenas noches.

Pamela vio a Nick salir de la habitación y le dio risa ver que se había inclinado ante su propia ama de llaves. Cuando se enteró por primera vez de su pasado se asustó un poco e imaginó cómo debía de ser un hombre así. Alguien criado en las calles de Londres tenía que ser tosco y vulgar, indiferente y agresivo.

Pero ahora se estaba dando cuenta de que era de otra manera. Tal vez la estaba engañando, ya que no lo conocía desde hacía demasiado tiempo, pero su ama de llaves no tenía reparos en regañarlo, y lo debía de conocer bastante bien. Además, se sabía el nombre de la sirvienta que le había traído la cena. Pamela podía apostar a que su cuñada no conocía los nombres de su personal de servicio.

Había sido muy paciente con ella cuando le contó lo que había sucedido. Por su expresión se dio cuenta de que le había molestado que hubiera entrado en la habitación de Lizbeth, pero ni una sola vez le pareció que fuera a dirigir esa rabia contra ella.

¿Podría ser que la quisiera tanto como para pasar por alto su gran defecto?

La señora Fletcher se quedó con ella una vez que Nick se marchó, y decidió deambular por la habitación ordenando cosas que no necesitaban ser ordenadas. Era evidente que quería decirle algo.

—El señor Smith es un buen hombre. —Dejó lo que estaba haciendo y la miró—. Sé todo lo que le pasó en sus años oscuros, pero es una persona amable y generosa. Me despidieron de mi último trabajo porque me negué a ser cómplice de mi jefe para ocultarle a su esposa las idas y venidas de su amante. Quería que mintiera y yo no lo hubiera hecho nunca porque su esposa era una mujer maravillosa que sin duda merecía algo mejor que él.

Levantó la nariz haciendo un gesto que indicaba lo que pensaba del hombre.

—Y, a pesar de que no tener referencias, el señor Smith me creyó y me proporcionó este trabajo. Llevo con él desde hace seis

años y no me voy a quedar de brazos cruzados si alguien le hace daño.

Pamela no tenía que ser muy inteligente para entender lo que la señora Fletcher le estaba diciendo entrelíneas.

—Estoy de acuerdo, señora Fl-fletcher. Creo que el señor Smith es el más n-noble de los hombres. No tengo ni i-idea de si yo p-podría hacerle daño, pero n-nunca lo haría e-expresamente.

Esperaba que sus palabras suavizaran la expresión del ama de llaves.

Finalmente la señora Fletcher sonrió.

—Oh, sí, cariño. Definitivamente podrías hacerle daño. —Se acercó a la cama y le alisó las sábanas—. Ahora tiene que descansar. Y voy a hablar con el señor Smith para hacerle saber que no puede colarse en esta habitación.

Pamela negó con la cabeza.

—N-no se preocupes por eso. No soy ese t-tipo de m-mujer.

La señora Fletcher asintió con la cabeza.

—Muy bien. Eso pensaba.

Con esas palabras se dio la vuelta, y tras salir de la habitación cerró la puerta silenciosamente.

Qué conversación tan extraña. Pero había sido agradable hablar con alguien que tuviera tan buena opinión de Nick. Sobre todo porque ahora contaba con él para que la protegiera y la ayudara a encontrar a Lizbeth. Pero no estaba segura de que fuera a poder mantener su *corazón* a salvo de él.

El láudano había funcionado bastante bien porque lo siguiente que supo después de cerrar los ojos la noche anterior fue el sonido que hizo la sirvienta, Dorothy, al abrir las cortinas deseándole buenos días.

—Mi lady, al señor Smith le gustaría saber si se siente lo suficientemente bien como para bajar a desayunar con él en la planta baja. —Dorothy sonrió e hizo un gesto negando con la cabeza —. La señora Fletcher le ha ordenado que no vuelva a entrar en esta habitación mientras usted esté aquí.

Pamela no pudo evitarlo y se echó a reír al pensar que la señora Fletcher volvía a darle órdenes a su jefe. Al menos no tenía que preocuparse de que su reputación se fuera mancillar.

—Estoy un poco a-adolorida y necesitaré a-ayuda para vestirme, pero creo que puedo a-arreglármelas para bajar las e-escaleras.

Al menos esperaba poder hacerlo. Realmente necesitaba hablar con Nick y si se le había prohibido entrar en su habitación, tendría que ir ella a verlo.

Desafortunadamente, no tenía ropa para ponerse ya que el vestido que llevaba puesto cuando fue atropellada con el carruaje se había quedado en el hospital.

—Aunque me t-temo que no t-tengo nada que p-ponerme.

—La señora Fletcher tiene ropa de su hija que le podría servir. Son cosas que dejó después de casarse y mudarse a Dorchester con su esposo —dijo Dorothy.

—Eso sería estupendo. —Nunca antes había usado la ropa de otra persona, pero en ese momento no podía permitirse ser demasiado quisquillosa. El camisón que llevaba se lo habían dado en el hospital—. ¿Sabe si me trajeron los zapatos cuando vine del hospital?

La sirvienta pensó por un minuto.

—No estoy segura, pero si no se los trajeron, estoy segura de que la señora Fletcher tiene algo para usted.

A Pamela le parecía que la señora Fletcher no solo era una guardiana de la virtud de las señoritas, sino una verdadera hacedora de milagros.

—Gracias.

Pamela usó su mano buena para apartar las sábanas a un lado y se deslizó hasta el borde de la cama. Pero se tuvo que detener por culpa de un ataque de mareo.

—Mi lady, ¿por qué no espera a que yo la ayude?

Volveré dentro de un momento con la ropa de la señora Fletcher.

Mientras la sirvienta se ausentaba, Pamela examinó su cuerpo para ver dónde le dolía más. Le dolía todo. Debió de sufrir varios golpes y magulladuras cuando cayó al suelo. El día anterior, el

esguince de muñeca y la lesión en la cabeza habían bloqueado todos los dolores y molestias que tenía en el resto de su cuerpo, y que ahora sentía intensamente.

Se apoyó en la cabecera y la usó para ponerse de pie. Más mareos, incluso puntos negros, la hicieron volver a sentarse. ¿Cómo iba a bajar las escaleras si ni siquiera podía ponerse de pie sin desmayarse?

Dorothy regresó a la habitación con ropa sobre el brazo.

—Aquí tengo todo lo que necesita. ¿Quiere intentar ir al baño? ¿O puede lavarse con la jarra y la palangana?

—En realidad, t-tengo que ir al b-baño.

Le aterraba la idea de tener que volver a usar el orinal.

—Puedo ayudarla a ir hasta allí. Está al final del pasillo, no muy lejos.

Como realmente quería ver a Nick abajo, lo mejor era que al menos intentara llegar al final del pasillo sin desmayarse.

—Sí, si puede a-ayudarme se lo a-agradezco.

Dorothy rodeó con un brazo la cintura de Pamela y la ayudó a levantarse a pesar de que soltó un quejido.

—¿Está bien?

Dorothy la miró con preocupación.

—Sí. Tengo q-que hacer esto, o me q-quedaré atrapada en esta c-cama varios días.

Cuando llegaron al baño aprovechó para lavarse la cara y los dientes con un trozo de tela de lino ya que no tenía su cepillo.

Ese pequeño esfuerzo la cansó bastante, pero al mismo tiempo le levantó el ánimo. Dorothy la ayudó a vestirse, y cuando estuvo lista, se sentó en la cama para esperar a que Nick la llevara escaleras abajo.

Tal como había supuesto, Nick llegó acompañado de la señora Fletcher. Entró en la habitación y la forma en que sus ojos se iluminaron al verla la calentó por dentro.

—Buenos días, Pamela. Debo decir que, a pesar de todo lo que te pasó ayer, estás muy guapa.

Le ofreció una gran sonrisa mientras se inclinaba para tomarla en sus brazos.

Sabiendo el aspecto que tenía después de verse en el espejo del cuarto de baño, le dio la impresión de que el señor Nicholas Smith debía de ser irlandés por lo lisonjero que era.

Capítulo 9

Todos los músculos del cuerpo de Nick se tensaron cuando vio a Pamela a la luz del día. Aunque no mintió cuando le dijo que estaba guapa, porque a sus ojos siempre era una mujer hermosa, cuando pudo ver bien los rasguños que tenía en la cara, la muñeca con un aparato ortopédico y el vendaje de su cabeza, se despertó la bestia que vivía en él.

Mía. Alguien se ha atrevido a hacer daño a quien me pertenece.

Pamela iba a ser suya y alguien había tenido el descaro de hacerle daño. Una vez aclarado este asunto, estaba decidido a encontrar a las personas responsables del carruaje fuera de control, e iba a hacer que pagaran un alto precio por su atrevimiento. En momentos como ese se alegraba de seguir en contacto con sus amigos de los bajos fondos.

Era probable que Pamela no lo quisiera tanto como él a ella, pero lo había buscado cuando se vio en peligro y no se apartó cuando la besó, por lo que solo era cuestión de tiempo. Tenerla en su casa le gustaba mucho, pero el hecho de que le prohibieran entrar a su habitación era bastante injusto hacia él.

Pero estaba de acuerdo con la señora Fletcher. Es posible que nunca se supiera que Pamela había pasado la noche en su casa, pero si llegaba a ocurrir, su ama de llaves se ocuparía de sofocar cualquier indicio de incorrección.

Y nadie pondría en duda la moral de la señora Fletcher.

Cuando levantó a Pamela en sus brazos y la llevó escaleras abajo pensó que tenía que comer más pues la sentía ligera como un pájaro. La llevó al comedor, donde habían colocado una silla con almohadas sobre el asiento y en el respaldo, así como una cálida manta de lana para que estuviera tapada.

—¡Esto es p-precioso!

Estiró el cuello poder ver bien la gran habitación. Nick estaba muy orgulloso de su casa, pero especialmente de ese salón. A pesar

de haber contratado a un decorador, él mismo había elegido los colores y los pesados muebles de madera.

—Gracias.

Ella hizo un gesto de dolor cuando la sentó en su asiento y le ajustó las almohadas detrás de la espalda, teniendo cuidado de no moverla demasiado, ya que era evidente de que todavía le dolía bastante.

Desafortunadamente, la silla estaba colocada justo al lado de una ventana y la luz solar directa resaltaba sus heridas. La mandíbula de Nick se tensó tanto que creyó que se le iban a romper los dientes. Si no dominaba su ira, podría salir corriendo de la casa y destrozar Bath hasta encontrar al conductor del carruaje, al que sonsacaría a golpes el nombre de la persona que había ordenado que atentaran contra ella.

En lugar de eso, respiró hondo y recogió el plato de Pamela.

—Ya que probablemente no deberías usar la muñeca, voy a llenarte el plato. ¿Qué prefieres?

—En realidad, estoy b-bastante hambrienta de n-nuevo. Supongo que después de que te a-atropellen se te abre abre el a-apetito. —Observó lo que les habían traído—. Un huevo, una to-tostada, tocino, a-alubias y un poco de a-avena.

Demasiado para su teoría de que tenía que comer más. Al parecer, Pamela era de esas personas que podía comer mucho y que no se le notara. Y, por lo que había sentido hasta ahora, sus curvas eran magníficas.

Una vez que ambos platos estuvieron llenos, Nick dijo:

—Ayer me reuní con uno de mis contactos de los bajos fondos de Bath.

Pamela dejó inmediatamente el tenedor, puso la mano en el regazo y lo observó. —¿Por qué s-será que creo que n-no me vas dar una buena n-noticia?

Nick suspiró.

—Porque no son buenas noticias. Creo que tu amiga, la señorita Davenport, fue secuestrada y llevada a Londres.

Sus ojos se abrieron de par en par y se mordió el labio inferior.

—¡Oh, n-n-no! ¿Y p-p-para qué?

Nick vaciló deseando no tener que decírselo, pero era importante que lo supiera. —Para ser obligada a prostituirse.

Pamela se tambaleó como si le hubieran dado una bofetada.

—¿P-p-prostituirse?

Nick asintió lentamente.

—Me temo que sí. Tengo razones para pensar que les pasó lo mismo a todas esas mujeres jóvenes y solteras que ocuparon la habitación que considerabas 'maldita', y que después desaparecieron.

—Eso es t-terrible. —Sus ojos se llenaron de lágrimas y empalideció—. Tenemos que s-s-salvarla.

Nick le tomó una mano.

—Haremos todo lo posible, pero existe la posibilidad de que ya ni siquiera esté en el país.

Hubiera deseado no darle esa información, pero si iban a trabajar juntos en eso, tenía que ser consciente de a qué se estaban enfrentando.

Pamela bajó la cabeza mientras por sus mejillas corrían un montón de lágrimas .

—No d-descansaré hasta que la e-e-encuentre. —Miró a Nick mientras se secaba las lágrimas—. Es una chica muy d-dulce. Muy amable y c-cariñosa, una a-artista. Procedía de un e-entorno muy bueno, pero se quedó s-sola en el mundo c-cuando la gripe se llevó a sus pa-padres y a sus d-dos hermanos.

Le estaba destrozando verla tan alterada. Le acarició el interior de la muñeca, lo que pareció calmarla. Lo que más deseaba era sentarla en su regazo y abrazarla, pero sería bastante incómodo para ella por culpa de su muñeca torcida. Y la señora Fletcher de alguna manera lo percibiría desde cualquier habitación en la que se encontrara, y llegaría al comedor justamente indignada.

Pamela tomó el pañuelo que Nick le pasó.

—¿Está la s-señora O'Leary i-involucrada en e-esto?

—Sí. Sin embargo, por lo que he averiguado, su casera es solo una de las fuentes que esta organización ha utilizado para tener un

suministro de mujeres jóvenes y limpias para trabajar en los burdeles de Londres y, en algunos casos, fuera del país.

—¿A qué te r-refieres con l-limpias?

Nick vaciló un instante al darse cuenta de que Pamela era una joven inocente, y que eso le causaría aún más inquietud.

—A que son vírgenes. Mujeres que no transmiten enfermedades.

Bajó la barbilla y lo miró completamente ruborizada.

—¿Qué vamos a hacer?

—Yo *haré* lo que haya que hacer. Tú te mantendrás al margen. Sin embargo —añadió cuando ella abrió la boca probablemente para objetar algo—, quiero que vengas conmigo a Londres. No confío aquí en nadie para que te cuide. Como ya has dicho, ni la señora Westbrooke ni lady Berkshire están en condiciones de ayudarte porque están embarazadas. A sus esposos no les iba a gustar que sus esposas se expusieran a algo así.

Si hubiera sido totalmente sincero, le hubiera dicho lo importante que era para él tenerla cerca. La sola idea de que atentaran contra ella, o la posibilidad de que la quisieran matar, fue suficiente para que sintiera un sudor frío.

Agradecido de que no insistiera en involucrarse en el asunto, respiró aliviado. Nunca podría llevar a cabo la investigación correctamente si existía la posibilidad de que Pamela estuviera en peligro. Sin embargo, si era totalmente honesto consigo mismo, simplemente quería que estuviera con él.

—¿Quizás d-debería quedarme con m-mi hermano?

Nick no sabía nada de su familia y se sorprendió bastante al saber que tenía un hermano.

—¿Tu hermano?

Ella asintió.

—Sí. Mi hermano es el c-conde de M-m-mulgrave.

Sabía que para que fuera una lady, tenía que proceder de la nobleza. ¿Pero su hermano era conde? ¿Cómo diablos había terminado viviendo a kilómetros de su familia en una residencia? En todo caso, esto lo convenció de que su hermano no debía de ser la mejor persona para protegerla.

Decidió que no era el mejor momento para plantear ese tema, y dijo:

—No. Creo que lo mejor es que te quedes conmigo y con la señora Fletcher —se apresuró a añadir—, en la casa del señor Montrose en Londres. Es un amigo mío que me permite usar su casa cuando estoy en Londres. Montrose vive en Escocia y rara vez viene a Inglaterra. Y aunque estuviera allí ahora mismo, el lugar es lo suficientemente grande como para que los tres podamos instalarnos cómodamente.

Pamela cogió el tenedor y siguió comiendo.

—¿Cuándo... nos vamos?

—Tan pronto como sea posible. Sin embargo, como llegaste al hospital sin ninguna de tus pertenencias, puedo darte un par de días para que compres lo que necesites para las próximas semanas.

Pamela volvió a quedarse con la boca abierta. Al parecer, seguía sorprendiéndola.

—N-n-no tienes que c-comprarme r-ropa.

—Pamela, no tenemos otra opción. No creo que quieras ir a Londres solo con la ropa que llevas puesta. Y considerando la talla del vestido que llevas puesto ahora, es evidente que te lo ha prestado alguien de la casa.

—Sí, la señora Fletcher fue muy amable y me ha prestado ropa que su hija dejó aquí cuando se casó y se fue a vivir con su marido. —Le sonrió—. La señora Fletcher es una mujer maravillosa. Eres tremendamente afortunado de tenerla.

Nick hizo una mueca extraña.

—Sí. Sin embargo, ahora mismo me gustaría prescindir de ella.

No pudo evitar pensar que, aunque había pensado que la señora Fletcher actuaría como acompañante de Pamela, no le entusiasmaba demasiado. Un beso rápido aquí y allá no dañaría la reputación de Pamela. Pero finalmente llegaría el momento, sin duda, en que un beso no fuera a ser suficiente.

Pamela no respondió a su comentario, pero sus cejas levantadas y un ligero rubor en sus mejillas le indicaron que sospechaba lo que significaba lo que le había dicho.

La cabeza de Pamela daba vueltas pensando en los grandes cambios que habían tenido lugar en su vida en apenas veinticuatro horas. Había dejado de ser una joven que vivía en una residencia tranquila dando clases de piano y canto a muchachas, y tenía dos amigas íntimas a las que quería un montón.

Ahora se encontraba sin casa, sin amigos, excepto Nick, sin ninguna pertenencia, ni siquiera ropa, y estaba dispuesta a escaparse a Londres para investigar una red de prostitución. Se acababa de enterar de que su casera era una malvada, que la joven con la que se había encariñado había sido secuestrada y que su propia vida corría peligro, y había sido atropellada en la calle.

La única presencia estable en su nueva vida era el señor Nicholas Smith, a quien prácticamente acababa de conocer. Además de todo estos hechos inquietantes se sumaba que el señor Smith estaba encaprichado con ella, y temía que poco a poco fuera a sentir lo mismo que él.

Era un hombre muy agradable, cariñoso, protector y bien considerado por su personal servicio, lo que siempre era un buen indicador del carácter de una persona. Sin duda era muy atractivo, tenía una complexión musculosa, profundos ojos marrones y cabello ondulado que muchas veces le caía sobre la frente, pero *ella* seguía siendo tartamuda e iba a avergonzarse en cuanto se cansara de que siempre le trastabillaran las palabras.

Nick se limpió la boca y dejó la servilleta junto al plato.

—Tengo cuentas en varias tiendas en Bath donde puedes comprarte lo que quieras.

—¡No p-puedo hacer eso! ¿Cómo voy e-e-entrar a comprar ropa en una t-tienda de la ciudad donde he v-vivido desde hace tres años y pedir que la p-pongan a tu c-cuenta? Sería como si me c-cosieran una letra r-r-roja en el v-vestido.

—Es verdad. ¿En qué estaba pensando? —La observó un instante—. Además, de todos modos, no estás en condiciones de salir de compras. Tienes que descansar al menos unos días. Haré que la señora Fletcher vaya a algunas tiendas para que te traiga unas cuantas prendas de ropa entre las que puedas elegir lo que más te guste.

Pero ese no era un procedimiento desconocido para ella. Dada la posición de su hermano, su cuñada a menudo pedía a los encargados de las tiendas que vinieran a su casa cuando se sentía demasiado cansada, enferma, o estaba harta de salir de compras.

Muchas veces que Pamela sentía lástima por su hermano. Su matrimonio, aunque no había sido exactamente de conveniencia, fue alentado por los padres de ambos. Alguien debió de haber ganado algo con su unión, pero Pamela nunca supo lo que era. Su hermano, aunque la quería, siempre había sido un hombre muy reservado y nunca había se había abierto con ella.

—Eso e-estaría bien. En r-realidad me siento b-bastante c-cansada.

Nick se puso de pie y apartó la silla.

—Está bien, incorpórate un momento. —La levantó en sus brazos y se dirigió a la puerta—. Te llevaré a tu cama. Mientras te recuperas, haré que la señora Fletcher vaya a varias tiendas para que te traiga ropa y todos los enseres que necesites.

Pamela apoyó la cabeza en su pecho llena de cálidos y tiernos sentimientos. Tenía la sensación de estar en el lugar correcto en el momento adecuado, por absurdo que pareciera dada la manera cómo había llegado a esa casa.

Nick subió las escaleras y giró a la derecha para dirigirse al dormitorio de Pamela. Una vez allí, la depositó suavemente sobre la cama.

—Creo que un poco de láudano te va a venir bien. Tu cara me dice que todavía te sientes mal.

Mientras él cogía la medicina en la mesa al otro lado de la habitación, Pamela pensó en la ropa y demás cosas que Nick tenía la intención de comprar para ella. No pudo evitar preguntarse a cuántas otras mujeres les había comprado ropa antes. O joyas. O tal vez incluso una casa, o un carruaje. ¿No era eso lo que hacían los hombres por sus amantes?

Pero ella no era su amante, ni lo iba a ser nunca, se dijo rápidamente a sí misma. Sentía que se le alborotaba la sangre de solo pensarlo. Pero lo cierto es que un hombre tan viril, rico y

atractivo como Nick debía haber estado con muchas mujeres hermosas.

De pronto se sintió triste. La idea de que Nick abrazara, besara, se desnudara e hiciera de todo con otra mujer le molestaba. Además, el hecho de sentirse así la confundía profundamente.

Pero se puso manos a la obra y recordó a su tonto corazón que nunca pasaría nada serio entre ellos. ¿No le había dicho suficientes veces su cuñada que nadie querría estar con ella en los eventos sociales? ¿Y que siempre iba a ser un incordio para cualquiera? Ningún hombre iba a querer una esposa con la que no pudiera mantener una conversación sencilla.

Abrió la boca como una buena niña cuando él le ofreció la cuchara con la medicina. Se la tomó de un trago e hizo un gesto de asco por culpa del sabor.

—Voy a pagarte lo que me compre la señora Fletcher cuando todo esto acabe.

Evidentemente no iba a tener forma de devolverle el dinero, ya que su inexplicable salida de Bath pondría fin a las cuotas que le pagaban sus alumnas.

La mandíbula de Nick se tensó e hizo un gesto de desdén con la mano.

—Ni siquiera lo digas. No me tienes que devolver el dinero, ni se te ocurra hacerlo.

Nick la miró de una manera extraña y parecía a punto de decir algo más cuando de pronto lo interrumpieron.

—¿Qué hace usted aquí, señor Smith?

La guardiana de la virtud de las señoritas estaba en la puerta del dormitorio.

—Ah, señora Fletcher. Justo la quería ver.

Ella levantó las cejas.

—¿De verdad?

—Sí. Así es. Quiero que esta mañana vaya a algunas tiendas y les pida que le dejen traer ropa y otros artículos femeninos para que lady Pamela elija lo que le haga falta. Lo único que tiene no es más que la bata del hospital. Iremos a Londres en cuanto lady Pamela se

sienta bien, y le hará falta ropa y todas las cosas que usan las mujeres.

Enseguida la señora Fletcher exclamó:

—Pobrecita, cariño. Por supuesto que la ayudaré. —Se volvió hacia Nick, con los ojos entrecerrados—. ¿Y quién irá a Londres con usted para hacer de dama de compañía de mi lady?

Nick sonrió.

—Usted.

La señora Fletcher suavizó su expresión.

—¡Ah! Bueno, sí. Supongo que si no va a estar por aquí, podré ir de viaje con usted.

Nick observó a Pamela, que ya tenía sueño.

—Creo que en unos tres días estará lista para viajar.

—No d-debería c-costarme demasiado v-viajar en t-tren.

—Descansa. Ya hablaremos de esto más tarde. O mañana.

—P-p-pero quiero ir a buscar a Lizbeth. Estoy muy p-preocupada por ella. No se m-merece lo que le ha p-pasado.

Nick se inclinó hacia ella y le dio un beso en la frente.

—Haré todo lo que pueda. Por favor, créeme y confía en mí.

Capítulo 10

Nick bajó a toda prisa los escaleras y se dirigió a las caballerizas para que le prepararan el carruaje. Tenía algunas ideas sobre dónde comenzar su búsqueda. Mientras tanto, Pamela reposaría y la señora Fletcher iría de compras a varias tiendas. Necesitaba reunir toda la información posible antes de partir a Londres.

Gracias a su pasado, siempre había sabido de la práctica de secuestrar muchachas y mujeres jóvenes, incluso a niños, para venderlos en burdeles. Quienes lo hacían podían ganar mucho dinero. Una vez había tenido que rescatar a una joven de su pandilla que había pasado por una situación de ese tipo.

Muchas niñas de las calles de Londres eran secuestradas con ese propósito, pero no sabía que también se hacía en Bath. Aunque, dada la manera cómo había crecido la ciudad en los últimos años, no debía haberse sorprendido. En el tren llegaban muchas jóvenes procedentes del campo en busca de trabajo, o de marido.

Esperó con impaciencia a que el cochero le preparara el carruaje para ir a la estación. Un buen lugar para comenzar era el puerto de Bristol, pues allí atracaban muchos barcos. Tomaría el tren a Bristol e iría algunos lugares donde pudieran proporcionarle información, o al menos algo para comenzar a investigar.

Dos horas más tarde estaba en un pub de la zona más sórdida de Bristol. Al *Pig's Place*, en los muelles del río Avon, iba la gente que uno se esperaría encontrar, dado su nombre. Nick había estado ahí varias veces cuando había necesitado información que solo podía conseguir en los bajos fondos, que conocía tan bien.

—Oye Smith, ¿qué te trae por este vertedero? —Le gritó Maggie, Nick no conocía su apellido, desde detrás de la barra al otro lado del local.

—Verte a ti, por supuesto. —Se acercó a la barra y colocó una moneda sobre el mostrador—. Una cerveza.

No confiaba ni en la bebida, ni en la limpieza de los vasos, pero tenía que tomar algo para fingir que estaba allí con otros fines que

no eran conseguir la información que intentaba encontrar.

La mujer le sirvió la cerveza y se metió la moneda en el bolsillo de su delantal. Apoyó los brazos en la barra y se acercó a él lo suficiente como para que sus ojos se llenaran de lágrimas por el olor que salía de su boca.

—Tengo un par de chicas limpias en el piso de arriba.

Hizo un gesto con la cabeza hacia la escalera.

¿De verdad iba a ser tan fácil? Nick fingió tomarse un trago de la cerveza.

—¿Cómo sabes que están limpias?

Ella se enderezó y comenzó a limpiar la barra con un trapo sucio.

—No son tus chicas de siempre —respondió y le guiñó un ojo de manera cómplice.

Maggie llevaba detrás de la barra del *Pig's Place* desde que Nick tenía uso de razón. Era sucia, maloliente y malhablada. Pero si quería enterarse de cosas que era difícil saber en el mundo que había creado para sí mismo, Maggie y el *Pig's Place* era el lugar indicado.

—¿Cómo?

Intentaba parecer escéptico, pero los latidos de su corazón se intensificaron con lo que le había dicho.

Maggie se inclinó de nuevo hacia delante, obligándolo a hacer lo mismo. Contuvo la respiración, anticipándose a lo que le iba a decir para evitar el hedor.

—Tengo un contacto que suministra a chicas que nunca han sido tocadas. Sabes a lo que me refiero.

Continuó limpiando la barra y le sonrió con su boca llena de dientes podridos.

Se negaba a creer que jóvenes como las que Pamela le había descrito terminaran en lugares como este. Por ese tipo de mujeres se pedía un precio más alto, especialmente si eran vírgenes. Por eso pensaba que las chicas que Maggie tenía en el piso de arriba podían proceder del mismo origen, pero seguro que no eran como las muchachas que estaba vendiendo la casera de Pamela.

Se bebió la cerveza, olvidando que no pensaba hacerlo. Con suerte, no lo mataría antes de que regresara a Bath.

—Podría echarles un vistazo.

Detestaba tener que decir algo así, pero necesitaba asegurarse de que las mujeres de Maggie no fueran las que estaba buscando.

Ella le guiñó un ojo y se acercó a la escalera. Gritó hacia arriba y se volvió a la barra. A los pocos minutos, dos niñas bajaron las escaleras. Ambas estaban muy maquilladas y solo iban vestidas con una bata. Ninguna de los dos tenía más de catorce años. Se le revolvió el estómago y la cerveza que acababa de beberse se le indigestó.

Ya había visto muchos abusos contra niñas y niños pequeños cuando estaba en las calles intentando sobrevivir, pero esto era aún peor. Sabía de la clase de hombres que buscaban ese tipo de entretenimiento, y solo de pensarlo le daban ganas de dar un puñetazo contra la pared.

—¿Cuánto?

Se volvió hacia Maggie.

Ella sonrió, su estómago se apretó aún más.

—¿Por una o por las dos?

—Las dos.

—Un chelín por la noche.

Él asintió y se metió la mano en el bolsillo.

—Por cada una.

Maggie sacó una mano y se relamió los labios. Él negó con la cabeza y dejó caer las monedas en su mano. Se dio la vuelta, agarró a las dos chicas por el brazo y las llevó escaleras arriba.

Enseguida entraron en una habitación miserable con una cortina rota y una cama en la que a saber cuántos cuerpos habrían descansado y realizado otras actividades.

Ninguna de las dos chicas parecía ser consciente de lo que le rodeaba. Estaba seguro de que habían sido drogadas. La que parecía que debía estar en el colegio estudiando sus lecciones y jugando con sus muñecas comenzó a quitarse la bata, pero él enseguida la detuvo.

—No. —Hizo un gesto hacia la cama— Sentaos las dos.

Se miraron entre ellas y se encogieron de hombros.

Nick se puso delante de ellas.

—Nos vamos de aquí.

La que parecía un poco más en sintonía con el lugar donde estaban lo miró fijamente.

—¿Nos vas a llevar a otro burdel?

Se estremecía ante la sola idea de tener que llevar a esas niñas a cualquier otro lugar que no fuera un hogar cálido y amoroso donde fueran alimentadas, amadas y educadas. Y no abusadas.

—No. Se acabaron los burdeles. Quiero que esperéis aquí un rato. Voy a salir por esa ventana —señaló el vidrio sucio detrás de él —. Os conseguiré unos abrigos y alquilaré un carruaje para que nos lleve a la estación de tren. Después iremos a mi casa en Bath.

Una lágrima solitaria corrió por la mejilla de una joven.

—¿Vamos a trabajar para usted, entonces?

Nick se arrodilló frente a ella y le tomó la mano.

—No. No volverás a trabajar de esta manera. Me encargaré de que seáis vestidas y alimentadas, y tal vez haga que mi ama de llaves os contrate como sirvientas. Si no hay lugar en mi casa, nos aseguraremos de que quedéis bien instaladas.

La niña se secó sus mejillas regordetas.

—¿Por qué?

Nick se sentó sobre los talones.

—Porque os lo merecéis.

Dicho esto, le dio la mano y se puso en pie para acercarse a la ventana. Se encaramó en ella y miró hacia el sucio callejón de abajo. Al menos estaba a solo un piso de altura.

Cuando estaba sentado en el borde del alféizar de la ventana les dijo:

—Escuchadme. Estaré de vuelta en una hora. Tiraré unas piedrecitas a la ventana. Cuando lo haga, saltaréis y os recogeré en mis brazos.

Las niñas estaban tomadas de la mano acurrucadas en la cama. La mayor lo observó con los ojos muy abiertos y asintió.

Entonces se lanzó al suelo y gruñó al aterrizar. Se estaba haciendo un poco viejo para estas cosas.

Bueno, no había conseguido que Maggie le diera la información que buscaba, pero lo más probable es que una vez que esas niñas se dieran cuenta de que podían confiar en él, tal vez le contaran cosas que fueran de ayuda. Por ahora, necesitaba alejarlas lo más posible de esa terrible situación.

¿Quién le iba a decir que acabaría siendo un salvador de jovencitas? Pero, considerando su propia infancia, no era de extrañar.

Cuando Pamela entró en la cocina de la casa de Nick, la cocinera, la señora Davis, estaba ocupada preparando la cena. Se detuvo y se secó las manos con el delantal que llevaba atado en la cintura.

—¿Puedo ayudarla en algo, mi lady?

—No quiero m-molestarla, ya que sé que está o-ocupada. Quería p-prepararme una taza de té. Estoy un poco m-mareada por culpa de la m-medicina que he estado t-tomando.

La señora Davis se acercó a ella.

—Cariño, no me molesta para nada. Siéntese y lee traeré el té.

Por mucho que Pamela quisiera argumentar, ya que, después de todo, se las había arreglado sola los tres años que llevaba viviendo en Bath, era mejor dejar que la señora Davis le preparara el té, ya que se sentía un poco extraña y probablemente terminaría por quemar la cocina. No era una buena manera de agradecerle a Nick que la acogiera.

—Gracias. Si es n-no demasiado pr-problema.

—No pasa nada, mi lady. Puede volver al salón y haré que se lo lleven allí.

—N-no, por favor. No quiero m-molestar, y de hecho p-preferiría quedarme aquí si no le i-importa. Pasé b-buena parte de mi infancia en n-nuestra cocina en Londres y en la de la finca del c-campo. La c-cocinera incluso me enseñó a hornear, para d-disgusto de mi m-madre.

Ay, nunca antes había hablado tanto con una extraña. A pesar de que hablaba raro, a la señora Davis no parecía importarle. O molestarle.

—¿Le gustó lo que le trajo la señora Fletcher?

La señora Davis calentó la tetera, y colocó frente a ella una taza, un platillo y una cuchara, junto con una jarra pequeña de leche y un cuenco con azúcar. Se movía tan rápida y eficientemente que hizo que la cabeza de Pamela diera vueltas. Aunque, bien podría haber sido efecto de la medicina. Tenía que dejar de tomar láudano.

—Sí. Me tr-trajo cosas muy b-bonitas. Estoy muy a-agradecida al señor Smith por a-ayudarme.

La señora Davis vertió el agua en la tetera y la dejó delante de Pamela, en el pequeño banco de trabajo donde estaba sentada.

—Creo que el señor Smith es un hombre maravilloso, pero estoy segura de que su interés por ayudarla es más que pasajero.

Ofreció a Pamela una sonrisa cómplice y volvió a su trabajo.

Pamela sintió un golpe de calor en la cara. Realmente no sabía qué era más vergonzoso, si su tartamudez o la forma en que se sonrojaba todo el tiempo. O el hecho de que pareciera que el personal de servicio pareciera haberse dado cuenta de lo que Nick sentía por ella.

Había estado la mayor parte del tiempo durmiendo en la cómoda cama que Nick le había proporcionado. Y cuando no estaba durmiendo, contemplaba lo que le había traído la señora Fletcher. Estaba muy contenta con lo que le había elegido. Ahora tenía artículos de aseo y ropa para unos días.

Por mucho que no le gustara reconocerlo, echaba de menos a Nick. Trató de leer un libro que sacó de su biblioteca, sorprendentemente bien surtida, pero con la muñeca todavía un poco sensible, le costaba mucho sostenerlo. Tal vez cuando Nick regresara, querría leer en voz alta para ella.

Enseguida respiró hondo. ¿Sabría leer? Lo poco que sabía de su pasado era suficiente como para hacer que dudara. Había pasado la mayor parte de su infancia en las calles de Londres, pero según le contaron, ganó el suficiente dinero como para salir adelante.

Dado lo bien que vestía, y lo locuaz que era, alguien tendría que haberle enseñado a comportarse así. Pero dudaba de que hubiera podido formarse y que supiera leer.

Todos esos pensamientos pasaban por su mente mientras se bebía su té y observaba cómo la señora Davis preparaba la cena. El

asado de ternera con romero, patatas nuevas y zanahorias olía de maravilla, y su estómago gruñía vergonzantemente.

Se volvió al oír que la puerta principal se abría y llegaban unas voces desde el vestíbulo. Su corazón se aceleró al darse cuenta de que Nick había regresado. No le sorprendió en lo más mínimo estar tan emocionada.

Se giró en el banco donde estaba sentada mientras Nick y dos chicas jóvenes, ambas con el rostro muy maquillado y vestidas con unos abrigos demasiado grandes para ellas, llegaban a la cocina. La señora Davis arqueó las cejas y Pamela se quedó mirándolas fijamente.

—¿A quién tenemos por aquí?

La señora Fletcher debió de oír el alboroto y se unió a ellos en la cocina.

Nick apoyaba las manos en sus hombros.

—Ellas son Ruth y Susan. —Hizo un gesto con la cabeza a cada una de las chicas, que se limitaban a mirar el suelo que tenían delante—. Estaban trabajando en un local muy sórdido de Bristol. Eso es todo lo que voy decir por ahora. Necesitan darse un baño, ropa adecuada y una comida caliente.

La maternal señora Fletcher corrió hacia las chicas.

—Oh, mis niñas, venid conmigo. Me encargaré de que se ocupen de vosotras. Volvió a mirar a Nick completamente perpleja mientras hacía salir a las muchachas.

—Que una de las sirvientas se ocupe de las niñas y vuelva a bajar aquí. Se lo explicaré todo.

Después dirigió su atención a Pamela y su rostro se iluminó, y se le volvieron a encender las mejillas.

—¿Cómo te encuentras? —Se acercó a ella y tomó su mano entre las suyas—. ¿Has descansado lo suficiente?

—Sí. Estaba tomándome una taza de té porque estoy un poco mareada por la medicina que he estado tomando.

—Creo que deberías intentar prescindir de ella y ver cómo te va.

Le acarició la barbilla y le movió la cabeza de un lado a otro. Sus labios se tensaron, lo que indicó a Pamela que debía de tener un aspecto bastante desaliñado.

—La cena del señor Smith estará lista dentro de unos quince minutos. ¿Esperamos a las señoritas?

La señora Davis lo miraba desde la cocina de leña donde revolvía una olla grande.

—No. Yo creo que no. Están asustadas y confundidas. Llévenles unas bandejas con comida. ¿Podría pedirle a la señora Fletcher que les prepare una habitación? No sé cuánto tiempo se quedarán, pero creo que lo mejor es mantenerlas juntas.

—Por supuesto.

La señora Davis volvió a su cocina y Nick volvió a tomar la mano de Pamela.

—Vamos al salón mientras esperamos la cena. Ahora mismo me vendría bien un buen brandy.

Pamela percibió cómo se sentía a través de su mano. Lo miró de reojo. Parecía muy cansado y ojeroso. Estaba deseando que le contara la historia de las dos niñas que había traído. Además, si se había enterado de algo que sirviera para encontrar a Lizbeth.

Pamela se sentó en el sofá mientras él se servía un brandy.

—¿Una copita de jerez?

Pamela negó con la cabeza.

—Creo que esta m-m-medicina me tiene demasiado m-mareada como para t-tomarme una copa je-jerez.

Nick sonrió y se unió a ella en el sofá. Tomó un trago de brandy, colocó el vaso sobre la mesa frente a él y le acarició las mejillas.

—Llevo todo el día esperado hacer esto.

Nick inclinó la cabeza y ella cerró los ojos. Una vez que sus labios se tocaron, Pamela se volvió a encender de deseo.

¿Qué locura era esa?

Capítulo 11

Cuando Nick se acercó a Pamela, le encantó el calor que emanaba de su cuerpo y su delicado aroma floral. Deseaba terminar con la investigación que tenían entre manos para intentar convencerla de que se casara con él.

Esa era su meta. La deseaba como nunca antes le había ocurrido con ninguna mujer. Y no solo con fines carnales. Imaginaba que podría pasar el resto de su vida con ella.

Casi desde el momento en que la vio en la Asamblea aferrada al brazo de Westbrooke, supo que era una persona especial. A pesar de sus frustrados intentos por cortejarla, nunca se había rendido, y estaba muy feliz de que hubiera recurrido a él cuando le hizo falta que alguien la ayudara.

Le gustaba todo de Pamela, incluso su tartamudez. No es que no quisiera que algún día, cuando se sintiera segura y amada, dejara de tartamudear. Pero incluso aunque no lo hiciera, no le iba a molestar. Simple y llanamente, la amaba.

Nick entonces se echó hacia atrás, le rodeó el cuello con una mano y le acarició su suave mejilla con un pulgar.

—Tenemos que tener cuidado porque nunca se sabe cuándo puede aparecer la señora Fletcher y termine arrastrándome de una oreja.

Pamela se echó a reír, y su delicada carcajada hizo que su cuerpo reaccionara. Cómo le encantaba verla reír después de haberla visto siempre tan triste y retraída. Hablaba muy poco cuando estaba rodeada de gente, y le rompía el corazón pensar que le hubieran hecho sentir que era inferior a los demás por su forma de expresarse.

Bajó la mano por si la señora Fletcher entraba en la habitación. Se echó hacia atrás y apoyó un pie sobre la rodilla opuesta.

—He estado leyendo sobre el señor Alexander Bell y su hijo, que se llama también Alexander Bell. Son escoceses, pero se trasladaron a Canadá hace años. Parece que el padre diseñó un sistema llamado

Discurso Visible que consiste en una especie de código visual para las posiciones de la garganta, los labios y la lengua. Ha ayudado mucho a personas con tartamudez.

—¿En s-serio? Siempre m-me habían dicho que no se p-podía hacer nada al r-respecto.

Parecía esperanzada y cautelosa.

Nick no pudo evitarlo y le remetió un rizo suelto detrás de la oreja.

—Una vez que acabe esta situación tan complicada y peligrosa, hay varias cosas que debemos conversar. Te prometo esa que será una de ellos.

—¿Qué o-otras c-cosas?

Pero antes de que pudiera responder, lo cual era bueno ya que no quería asustarla diciéndole que estaba decidido a casarse con ella, la señora Fletcher entró en la habitación.

—Las muchachas están listas para pasar la noche. Las puse en la misma habitación, y la señora Davis hizo que les subieran una bandeja de comida.

Nick asintió con la cabeza y señaló la silla que estaba frente al sofá donde él y Pamela estaban sentados.

—Siéntese, señora Fletcher. Quiero explicarles a los dos lo que ha me ha ocurrido hoy.

Ambas mujeres se dispusieron a prestarle toda su atención. Nick se puso de pie y apoyó el brazo en la repisa de la chimenea.

—Las niñas que he traído a casa trabajaban en un club como prostitutas.

Tanto la señora Fletcher como Pamela respiraron hondo.

—Seguramente es un e-e-error. —Pamela estaba blanca como un papel, y su hermoso rostro había perdido todo su color—. Son d-demasiado j-jóvenes.

Nick asintió.

—Lo sé. La dueña del club me las ofreció. Acepté, pensando que podría sonsacarles información. Sin embargo, me sorprendí bastante cuando vi que todavía eran niñas. No es que no supiera que hay familias que venden a niñas tan jóvenes para ejercer la prostitución, o que las sacan de las calles porque saben que a nadie

les importaban los bastante como para ir a buscarlas. —Se pasó los dedos por el pelo—. Era algo bastante común en Londres cuando vivía en la calle. Supongo que ha pasado tanto tiempo desde la última vez que vi a una chica tan joven prostituyéndose que había olvidado lo horrible que era esa práctica.

—¿P-porqué las has tr-traído? ¿El d-dueño te d-dejó llevártelas?

Pamela estaba muy nerviosa y se retorcía las manos sobre su regazo.

Nick sonrió.

—No. Me temo que no. Pagué la tarifa que me pidieron y me llevé a las chicas al piso de arriba y les dije que me esperaran. Después salí por la ventana, les compré los abrigos y regresé con un carruaje. Ellas siguieron mis indicaciones y salieron por la ventana. Las cogí en el aire y enseguida nos fuimos a la estación de tren.

—¿Y no las estará buscando el dueño del club? —Preguntó la señora Fletcher.

—Finalmente, sí. Pero como pagué sus servicios para toda la noche, el dueño no las echará en falta hasta mañana por la mañana.

Pamela se puso de pie todavía retorciéndose las manos.

—Esto es terrible. Tenemos que encontrar a Lizbeth. Estoy muy preocupada por ella —dijo Pamela y, para horror de Nick, rompió a llorar.

La señora Fletcher la miró de manera muy compasiva, y fue lo bastante considerada como para levantarse y salir de la habitación.

—Revisaré la cena —dijo mientras cerraba la puerta.

Después, al parecer, lo pensó mejor, y la dejó un poco abierta. Nunca olvidaba que había aceptado ser la dama de compañía de lady Pamela.

Nick entonces tomó a Pamela en sus brazos y le frotó la espalda. Todavía estaba preocupada por sus lesiones y probablemente bastante adolorida. No le gustaba verla de esa manera y deseaba que todo saliera bien. Solo entonces podría seguir adelante y casarse con ella, así se aseguraría de que nadie mas volviera a hacerle daño.

Después le acarició la cabeza haciéndole un pequeño masaje.

—Estas niñas estaban demasiado confundidas, y sospecho que también drogadas, como para sonsacarles información. Cuando volvimos en el tren estuvieron casi todo el tiempo adormiladas. —Se echó hacia atrás y le puso las manos en los hombros—. Hablaré con ellas mañana ver qué información puedo conseguir. También tengo a varios hombres recorriendo las calles de Londres, preguntando por aquí y por allá.

—Tenemos que i-ir a Londres. Aquí me s-siento completamente i-i-impotente.

Pamela lo miró con los ojos enrojecidos.

—En cuanto te sientas mejor...

Ella se apartó.

—¡N-n-no! No p-podemos esperar. Me siento s-suficientemente b-bien como para v-viajar. Tenemos que i-irnos m-mañana.

Nick dudaba de que ella se sintiera lo bastante bien como para viajar, pero en esos momentos le más preocupaba más su estado emocional. Cuando era niño había vivido durante años con la sensación de no tener el control de su vida, e incluso cuando ya era adulto, por lo que conocía bien esa sensación. Y no era algo que quisiera para Pamela.

—Muy bien. Saldremos mañana. Pero debes prometerme que me avisarás si te cansas. —La observó atentamente—. Todavía no te has recuperado del todo y, por favor no te molestes con lo te que voy a decir, pero parece que has estado en un combate de boxeo. Y que te han ganado.

Pamela sonrió a pesar de su tensión.

—Supongo que s-sí. Lo único que n-necesito es un s-sombrero con un velo que me cu-cubra la cara y una capa con m-mangas largas para que me tape la muñeca, y así me veré b-bien.

Nick le besó la punta de la nariz.

—Siempre te ves bien.

A la mañana siguiente, Pamela, Nick y la señora Fletcher se dirigieron a la estación de tren para irse a Londres. Pamela había permitido que la señora Fletcher le diera una pequeña dosis de

láudano para aliviar el dolor que seguramente sentiría con los vaivenes del vagón y del tren.

Sonrió al ver lo solícito que había sido Nick, asegurándose de que estuviera bien cubierta por el velo y la capa, e insistió en traer una pequeña almohada del salón en caso de que quisiera dormirse.

—¿Cómo fue tu c-conversación con las ch-chicas esta m-mañana?

Pamela se ajustó la capa e hizo un gesto de dolor cuando el carruaje se puso en marcha, y su cuerpo le recordó todos los moretones y las lesiones que tenía. Afortunadamente, el velo le ocultaba su rostro lo bastante como para que Nick no se diera cuenta. No quería que cambiara de opinión y la mandase de vuelta a la cama.

—No conseguí tanta información como me hubiera gustado. Ambas niñas fueron vendidas al club por un familiar, por lo que no me pudieron dar ningún nombre.

A Pamela se le apretó el estómago al escuchar lo que decía Nick. Su familia había sido lo bastante mala como para obligarla a marcharse de su casa, pero al menos no la habían vendido a un burdel.

—¿Cómo d-diablos pueden hacer a-algo así?

Nick negó con la cabeza y se recostó en el asiento de cuero del carruaje.

—Por muchas razones. En general por dinero. A pesar de que las niñas no me pudieron dar ningún nombre, estoy bastante seguro de que alguien sin escrúpulos tuvo que estar involucrado en su venta. Alguien que se acercó a la familia y les puso suficiente dinero delante de las narices como para que aceptaran el trato.

—¿Qué e-esperas encontrar en L-Londres?

Nick miró por la ventana mientras el vagón se acercaba a la estación de tren.

—Como te dije, tengo contactos que están haciendo una búsqueda, pero lo más importante es que he sabido que en la Cámara de los Comunes hay un parlamentario que lleva años trabajando en un proyecto de ley para proteger a mujeres y niños de ser secuestrados y vendidos. Le envié una carta explicándole la

situación y le pedí ayuda. Espero que si nos unimos y compartimos la información que ambos tenemos, podamos encontrar a la señorita Davenport.

—Suena es-esperanzador.

Pamela se sintió esperanzada por primera vez desde que supo que Lizbeth había sido secuestrada.

El carruaje se detuvo y el conductor bajó de un salto y abrió la puerta. Nick salió enseguida y se dio la vuelta para ocuparse de Pamela mientras el conductor ayudaba a la señora Fletcher a salir del vehículo.

—Busque a un porteador para que lleve nuestro equipaje desde el carruaje hasta el tren. Tomaremos el próximo tren a Londres. —Ordenó Nick al conductor mientras otros vehículos se detenían y sus ocupantes se bajaban.

—Te ves un poco pálida —dijo Nick mientras la observaba—. Me alegro de que hayamos traído la almohada para que puedas descansar.

Pamela resopló.

—Estoy b-bien.

Pero se tuvo que agarrar de su brazo porque estaba bastante mareada.

—Sí. Estás bien.

Nick le rodeó los hombros e hizo que avanzara.

—No hace f-falta que me lleves a-así.

Intentó apartarle el brazo. Lo cierto es no era apropiado que la tocara con tanta confianza en un lugar público.

Nick sonrió y se inclinó cerca de su oreja.

—Si no tienes cuidado, podría levantarte en brazos y llevarte así al tren.

Pamela gruño.

—¡N-no lo harías!

Se acercó a ella y la miró a los ojos con una ceja levantada.

—¿Me estás retando, mi lady?

Ella negó con la cabeza furiosamente, y la señora Fletcher soltó una risita detrás de ella.

Finalmente Pamela agradeció que le trajera la almohada porque estaba muy débil por culpa del láudano el movimiento del tren la arrullaba por lo que se quedó dormida en no más de cinco minutos después de que el tren saliera de la estación de Bath.

Cuando llegaron, enseguida se dirigieron a la casa del señor Montrose que no vivía demasiado lejos de la estación de Londres. La breve siesta de Pamela la había ayudado bastante y tenía que reconocer que estaba emocionada de estar de vuelta en Londres.

El mayordomo abrió la puerta y sonrió.

—Buenas tardes, señor Smith. Es un placer volver a verlo.

El hombre dio un paso atrás y les dejó entrar.

Nick se volvió hacia ella.

—Buenas tardes, Grossman. Permítame presentarle a mi invitada, lady Pamela Manning, y a su dama de compañía, la señora Fletcher.

El mayordomo les hizo una reverencia, y tan pronto como se cerró la puerta, apareció bulliciosamente una mujer por el pasillo. Era una señora mayor con mechones grises en su cabellera rubia. En cuanto se acercó a ellos les ofreció una cálida sonrisa.

—Bienvenido, señor Smith. —Hizo un gesto con la cabeza a Pamela y a la señora Fletcher— Y a ustedes también.

—Son mis invitadas, lady Pamela Manning y su dama de compañía, la señora Fletcher.

Pamela se puso nerviosa de inmediato y, en lugar de hablar, se limitó a asentir. Siempre le pasaba eso cuando conocía gente nueva. Pero nadie pareció darse cuenta, y la mujer continuó:

—Bienvenidas, señoras. Soy el ama de llaves, la señora Blossom. El señor Montrose me dijo que los esperara. Lo he organizado todo para que cada uno tenga su propia habitación. —Miró a Pamela—. ¿Ha venido con alguna doncella, mi lady?

—N-n-no.

Enseguida sintió que se le calentaba la cara. ¿Por qué no podía decir ni una sola palabra sin trastabillar? ¿Siempre tenía que hacer el ridículo?

Nick le agarró la mano y se la apretó.

—Si tiene a alguien que pueda ayudar a lady Pamela cuando lo necesite, se lo agradeceríamos.

—Por supuesto. —Se dio la vuelta y se dirigió hacia las escaleras —. Si me siguen, los llevaré a sus habitaciones. Haré que alguno de los sirvientes les traiga el equipaje.

—Señor Smith.

El mayordomo se detuvo de golpe.

—¿Sí?

Nick se volvió hacia él.

El hombre le entregó un sobre.

—Esto llegó para usted esta mañana.

—Gracias. —Nick abrió la carta y la leyó con los ojos iluminados —. Excelente noticia. —Miró a la señora Blossom—. Esta noche vamos a ser cuatro para la cena.

La señora Blossom asintió.

—Muy bien. Cenaremos a las ocho, si les va bien esa hora.

—Sí. Está bien. —Nick hizo un gesto con la mano—. Por favor, sigan adelante sin mí. Supongo que usaré la misma habitación de siempre.

—Sí, ya está preparada.

La señora Blossom acompañó Pamela y a la señora Fletcher por las escaleras, y Nick se volvió para hablar con el mayordomo.

A Pamela le proporcionaron una hermosa habitación que daba a la fachada de la casa, y tenía una bonita vista a un pequeño parque situado entre dos filas de casas adosadas. Vio una niñera sentada en un banco que empujaba a un cochecito de un lado a otro mientras observaba cómo dos niños pequeños corrían alrededor de un árbol intentando atraparse.

Se volvió para observar la habitación, que estaba decorada de color verde pálido y rosa, lo que le levantaba el ánimo en cierto modo, aunque le entristecía recordar que Lizbeth debía encontrarse en algún lugar de esa ciudad, con suerte, pero en una habitación que no se parecía en nada a esa, y de la que no tendría escapatoria.

Pero por suerte había venido con Nick, que había asumido su causa hasta un punto de que jamás hubiera esperado que nadie hiciera. Estaba muy agradecida a él.

Cuando se sentó en la mullida cama no dejaba de pensar en Nick. Desde luego, no se parecía en nada a lo que habría esperado que fuera un hombre que tuvo que crecer en las peores calles de Londres. Sin embargo, era amable, cariñoso y estaba dispuesto a emplear tiempo y dinero para ayudarla a rescatar a su amiga.

Si fuera completamente honesta consigo misma tenía que reconocer que sus intenciones, aunque ciertamente nobles, probablemente eran más fuertes debido a su interés en ella. Tenía que estar ciega para no ver la expresión de sus ojos cuando la observaba con ojos amorosos. O la rabia que sintió al ver sus lesiones. Y la manera en que la besaba, y la abrazaba, y...

Pero lo mejor era apartar todo eso de su mente hasta que encontraran a Lizbeth. Lo que le recordó que Nick le dijo que una vez que hubieran terminado con todo eso, había varias cosas que tenían que hablar. Su corazón dio un vuelco al pensar en qué podría querer que hablaran.

Después de una breve siesta y de cambiarse la ropa, Pamela bajó las escaleras y se dirigió al salón. La señora Blossom le había enviado a una sirvienta para que la ayudara a cambiarse de ropa, ya que su esguince de muñeca le dificultaba vestirse sin ayuda. También le arregló el cabello.

Pamela se miró al espejo con la esperanza de que la luz tenue le suavizara las magulladuras, ya que al parecer iba a haber un invitado para cenar.

Nick estaba en el salón, bebiendo un brandy y hablando con un caballero que estaba de espaldas a ella.

—Ah, ahí está.

Colocó su vaso sobre la mesa y se dirigió a ella. El hombre también se dio la vuelta, Pamela lo observó atentamente, y enseguida esbozó una sonrisa.

El hombre le hizo una reverencia y le dijo:

—Lady Pamela, qué gusto volver a verla.

Nick los miró a los dos y frunció el ceño.

Capítulo 12

—¿Os conocéis?

El comentario de Nick fue cortés, pero a Pamela le pareció que carecía de su calidez habitual.

Pamela lo miró.

—Sí. Es M-M-Marcus es el hermano de A-Addie.

No le importó la manera informal en que Pamela se refirió a Mallory, pero pensó que era necesaria un poco más de formalidad.

—¿Lady Berkshire? ¿Es hermana del señor Mallory?

—Sí. —Mallory se volvió hacia Nick—. Tuve el privilegio de conocer a lady Pamela en la boda de mi hermana el año pasado.

Nick se acercó a Pamela y le rodeó la cintura con el brazo.

—La verdad es que el mundo es muy pequeño.

Se sentía como un idiota siendo tan posesivo, pero no le gustaba la forma en que Mallory miraba a Pamela. Sin embargo, por lo que le explicaron quienes se lo recomendaron por ser la persona más indicada para buscar a Lizbeth Davenport, era un conocido libertino, que no estaba dispuesto a complacer a sus padres y sentar cabeza con una esposa y una familia.

—Me enteré de su accidente. O más bien, que no fue realmente un accidente, sino que la atropellaron a propósito —dijo Marcus sonriéndole cálidamente.

Los labios de Nick se tensaron y se volvió hacia Pamela.

—¿Pamela, quieres tomar algo?

No tenía sentido ser formal con ella, y servía para que Marcus supiera cómo estaban las cosas. Pamela le sonrió cuando la rodeó con un brazo, pero se apartó de la manera más natural.

—Sí. Una c-copa de j-jerez, por f-favor.

Entonces llegó la señora Fletcher, e hizo un gesto a Nick para indicarle que no quería tomar alcohol.

—Aunque sigue estando muy guapa, parece que recibió un montón de golpes cuando la atropellaron —dijo Mallory sacudiendo la cabeza en señal de simpatía hacia Pamela.

Pamela tomó el vaso que le dio Nick y se volvió hacia Marcus asintiendo.

—Estoy muy a-agradecida de haber s-sufrido nada más que unos cuantos golpes y m-moretones. —Tomó un trago de jerez y lo miró por encima de su copa—. Si está aquí, s-supongo que es porque nos va a a-ayudar a encontrar a la s-señorita Davenport.

—Sí. El señor Smith se puso en contacto conmigo porque trabajo en un proyecto de ley que se aprobó en la Cámara de los Lores, pero no en la Cámara de los Comunes. Me molesta mucho que mis colegas parlamentarios no comprendan lo beneficioso que es aumentar la edad de consentimiento, y así detener el incremento de la prostitución infantil.

—¿Pero hay gente que se opone? —Preguntó Nick removiendo su copa de brandy.

Marcus asintió.

—Sí. El proyecto de ley fue aprobado por los Lores en 1883, pero fracasó en la Cámara de los Comunes. Se volvió a votar en 1884, pero por segunda vez no se aprobó. Este mismo año, el proyecto de ley se volvió a presentar y fue aprobado por los Lores, pero ahora languidece de nuevo en los Comunes. —Tomó un trago de brandy y negó con la cabeza—. El Parlamento suspenderá las sesiones en breve, aunque espero conseguir suficientes votos para que esta vez sea aprobada, pero no parece fácil.

—La cena está servida —anunció Grossman desde la puerta.

Los cuatro se dirigieron al comedor. El salón estaba muy bien amueblado, igual que el resto de la casa. Nick siempre se quedaba con Montrose cuando estaba en Londres, y apreciaba la generosidad que tenía con él al ofrecerle su casa cuando le hacía falta. Montrose fue una de las personas que lo ayudó cuando quería dejar de vivir en la calle, y le ofreció trabajo en uno de sus negocios, donde aprendió mucha cosas. Y años después de que haberse independizado continuaba siendo su mentor.

Nick retiró la silla de Pamela y Marcus ayudó a la señora Fletcher a sentarse en la suya. Le complació ver que Marcus parecía haberse dado cuenta del hecho de que tenía una relación especial con Pamela. No estaba seguro de si tendría algún interés por ella,

pero antes de que se hiciera ilusiones, era prudente advertirle cuál era la situación.

Un sirviente les sirvió vino y otro ofreció a cada comensal un filete de pescado blanco en salsa de crema. Pamela sacudió la servilleta y la colocó en su regazo.

—Cuénteme m-más cosas sobre este pr-proyecto de ley.

Marcus cogió el tenedor y se dirigió a Pamela.

—La Ley de Reforma del Código Penal tiene por objeto proteger a las mujeres y a las niñas y suprimir los burdeles. También aumentará la edad de consentimiento y establecerá penas para los delitos sexuales contra mujeres y niños.

—¿Por qué alguien se podría oponer a eso? —Preguntó la señora Fletcher.

—Dinero. Siempre todo se reduce a dinero. —Marcus tomó un trago de vino y movió la cabeza hacia Nick—. Estoy seguro de que sabe exactamente a qué me refiero, señor Smith.

—Nick, por favor. Como vamos a trabajar juntos, creo que no es necesario mantener las formalidades.

Especialmente, pensó Nick, ya le que parecía que Marcus estaba prestando demasiada atención a Pamela.

Después de retirar los platos de pescado, trajeron la mesa pollo estofado con arroz y verduras, y panecillos calientes con mantequilla. Pamela hizo todo lo posible por maniobrar con su muñeca todavía dolorida, pero la señora Fletcher fue lo suficientemente rápida como para ayudarla a servirse su comida.

Nick entonces se dirigió a la señora Fletcher.

—En respuesta a su pregunta, se puede ganar mucho dinero con la venta de mujeres y niños. Y cuanto "más limpia" sea la mujer, más alto es el precio que su proxeneta puede pedir.

—¿Por eso d-desaparecieron todas esas m-muchachas que se alojaban esa habitación de mi re-residencia?

Pamela se puso roja, tanto por la vergüenza como por la ira.

Marcus se dirigió directamente a Pamela.

—Nick me ha hablado de su residencia, y es uno de los lugares que hemos estado investigando. A pesar de que mi trabajo es hacer

que el proyecto de ley sea aprobado por el parlamento, me interesó el asunto y he investigado un poco.

Pamela se echó hacia atrás con los ojos muy abiertos.

—¿Entonces no era m-m-mi imaginación? ¿La señora O'Leary a-atraía a mujeres jóvenes a la re-residencia con el fin de v-venderlas?

Marcus asintió.

—Sí. Y creo, igual que Nick, que quienes la atropellaron estaban involucrados en el asunto e intentaban acallarla.

El resto de la comida transcurrió en una agradable conversación fomentada por la señora Fletcher que pidió a Marcus que le diera su opinión sobre sobre varios eventos y lugares de interés de Londres. Nick agradeció el giro en la conversación porque Pamela pareció relajarse tras mostrarse muy incómoda con la charla sobre los secuestros.

Después se retiraron al salón, donde Marcus solo estuvo media hora.

—Me pondré en contacto contigo, Nick. Hay varios lugares que podemos visitar juntos y ver qué podemos averiguar. —Se quedó en silencio durante casi un minuto—. Trae una pistola, si tienes.

Nick lo acompañó hasta la puerta y le ofreció la mano.

—Gracias por venir esta noche y por tu ayuda. Lady Pamela está muy preocupada por su amiga.

—Sí. Ya me di cuenta. —Sonrió—. Parece que tienes un interés especial en ayudar a la joven. Le deseo lo mejor. Lady Pamela es una mujer encantadora. Haré todo lo que pueda para ayudarla. Me siento tan impotente cuando pido que voten a favor de mi proyecto de ley, y que después me bloqueen quienes no quieren que las cosas cambien. Aunque, si al menos puedo ayudar a una muchacha, y entregar toda la información a la policía, podré dormir mejor por la noche.

Si Marcus Mallory era realmente un libertino, tal como lo habían etiquetado, lo cierto es que tenía un lado tranquilo que rara vez se encuentra en hombres de ese tipo.

Una vez que Marcus se fue, Nick regresó al salón y se sentó frente a Pamela. La señora Fletcher se puso de pie y reprimió un bostezo.

—Creo que me voy a la cama. Ha sido un día largo con el viaje y la cena con un invitado. —Miró a Pamela—. También debería retirarse, mi lady. Todavía se tiene que recuperar bien.

Después dirigió a Nick una mirada cortante.

—Pamela subirá enseguida. Tengo algunas cosas que hablar con ella.

La señora Fletcher vaciló, pero finalmente inclinó la cabeza.

—Muy bien. Buenas noches, entonces.

Pamela observó a Nick atentamente. No le importaba que la mirara. Pero a su cuerpo sí parecía importarle, ya que comenzó a sentir un cosquilleo en el vientre que enseguida hizo que se ruborizara.

Nick bajó la voz y le hizo un gesto con la mano.

—Ven aquí.

Su corazón se aceleró de inmediato. Su voz y su mirada ya le estaban provocando hormigueos en varias partes del cuerpo. Tenía que decirle que no. Tenía que irse del salón. Tenía que llamar a gritos a la señora Fletcher. Pero en lugar de eso, como en un sueño, se dirigió hacia donde estaba sentado. Nick la agarró de la mano buena y tiró de ella hasta que terminó sentada sobre sus piernas.

—Esto no es correcto —dijo intentando estirarse las faldas a tientas.

—La señora Fletcher no está lejos de aquí, y si realmente estás preocupada, puedes llamarla en cualquier momento.

Su pequeña sonrisa se volvió grande al ver que no le respondía. Tampoco se levantaba. Y no llamaba a la señora Fletcher.

Entonces, volvió a acomodar su cuerpo para ponerla de cara a él. Lentamente, como para darle tiempo a que ella lo detuviera, le acarició la barbilla y bajó la cabeza. Un leve roce de sus labios con los de ella hizo que Pamela soltara un suave gemido desde lo más profundo de su pecho. Eso pareció envalentonarlo e inclinó la cabeza para besarla más intensamente.

Enseguida le dio un golpecito en los labios con la lengua y su boca se abrió para él, que sabía a brandy y un poco a menta. En cuanto se apartó la llenó de besos en la mejilla, la frente, la nariz y la mandíbula.

—Te quiero, Pamela.

– Señora F-F-Fletcher.

Nick continuó besándola.

—¿Quieres que me acuerde de ella o quieres pedir ayuda?

—N-n-no.

No estaba segura de por qué la había mencionado. Era incapaz de tener ningún pensamiento racional mientras Nick continuara besándola, mordisqueando el lóbulo de su oreja y exhalándole palabras de deseo en los oídos.

Pamela entonces inclinó la cabeza hacia un lado para dejar que siguiera besándole el cuello. Si hubiera estado centrada, habría sentido que Nick estaba tanteando la parte posterior de su vestido, pero no se dio cuenta hasta que se abrió la parte delantera, y con un pequeño movimiento todo el frente aterrizó en su regazo.

—Hermosa. —Nick la miró fijamente y la acarició por encima del corsé—. Demasiado hermosa.

Se inclinó hacia ella, y al besar la zona, el calor de su boca hizo que a Pamela se le erizaba la piel de todo el cuerpo. Entonces, le rodeó la cabeza con la mano y lo atrajo hacia ella.

—Oh, sí, mi amor.

Nick rápidamente desató la cinta de la camisola, liberó sus pechos del corsé y su lengua se arremolinó alrededor de sus pezones, que enseguida se endurecieron y tensaron.

Pamela comenzó a sentir un calor intenso y mucha humedad en su entrepierna. Tenía la necesidad de empujar esa parte de su cuerpo contra algo duro. Y casi como si Nick le hubiera leído la mente, deslizó una mano por su pantorrilla, y por debajo de su vestido. Y desde allí fue acariciándola hasta llegar a la zona que palpitaba deseando desfogarse.

Pamela respiró hondo y cerró los ojos mientras Nick le restregaba un pulgar por su punto más sensible.

—Sí, sí. Sí, sí.

Nick entonces la miró fijamente a los ojos.

—Relájate, amor, y déjame complacerte.

No estaba segura de lo que quería decir. Solo sabía que no quería que dejara de hacerle lo que le estaba haciendo en una parte

de su cuerpo de la que no había sido consciente hasta ahora.

La sensación que le provocaban sus dedos acariciando su sexo hizo que se humedeciera aún más. No tenía ni idea de lo que le estaba pasando, pero lo que sentía era maravilloso y no quería que terminara nunca. De hecho, quería sentir algo más intenso, aunque no era consciente de que algo así existiera.

—¿Te sientes bien? —Murmuró Nick pegado a sus labios mientras continuaba con sus atenciones.

Después, volvió a lamer sus pechos y a succionarlos con fuerza. Al mismo tiempo, le apretaba el pulgar contra su sexo, y a ella no le quedó más remedio que ponerse a chillar mientras su cuerpo se retorcía entregado a una sensación gloriosa que nunca había sentido antes. Nick rápidamente cubrió su boca con la suya para amortiguar los sonidos que Pamela no parecía poder controlar.

Las pequeñas sacudidas de placer continuaron hasta que Nick lentamente dejó de mover sus dedos. Pamela entonces se desplomó en sus brazos, sintiendo como si todos sus huesos se hubieran derretido.

—¿Qué fue eso? —Preguntó mirándolo a los ojos.

Nick sonrió como si estuviera mirando a una niña pequeña y le remetió unos rizos por detrás de la oreja.

—¡Ah, qué inocente! Eso fue lo que se llama tener un orgasmo, o alcanzar el clímax. Es lo que hace que las relaciones íntimas entre un hombre y una mujer sean tan agradables y satisfactorias.

De pronto Pamela se dio cuenta de que estaba desparramada sobre Nick, con el corpiño alrededor de su cintura y su mano por debajo de sus faldas. Si la señora Fletcher decidía entrar ese momento para ver cómo estaban, su reputación quedaría arruinada para siempre.

—Tengo a-arreglarme. —Le dijo y al intentar moverse lo más rápido posible, cayó al suelo enredada en medio de un remolino de faldas—. ¡A-ayuda!

Era obvio que Nick tuvo que hacer un esfuerzo para no reírse, pero imaginaba que debía de tener un aspecto bastante cómico con las faldas casi por encima de la cabeza y toda su ropa desarreglada.

Nick la tomó en sus brazos y se puso de pie. Después, la colocó firmemente en el suelo.

—Déjame ayudarte.

Sus piernas apenas la sostenían mientras Nick le ordenaba delicadamente la ropa. Ahora que se había despejado de su cerebro la nube que la había enceguecido, lo único en lo que podía pensar era en que la señora Fletcher podría encontrarlos de esa manera, o tal vez cualquier otra persona de la casa.

Nick terminó de ponerle vestido y le puso un dedo en los labios.

—Shh. No digas nada a nadie.

—¿A qué te refieres?

—Puedo escuchar a tu cerebro culpándote de lo horrible que debes de ser por haber permitido que te haga eso.

Pamela levantó la barbilla.

—Bueno. Es cierto. A pesar de lo maravillosamente bien que me he sentido, ha sido algo totalmente inapropiado.

Nick colocó las manos sobre sus hombros y la miró directamente a los ojos. Su delicadeza, y algo más que no se atrevía a identificar, la reconfortaba, aunque también la asustaba.

—Escucha esto, cariño. Siempre he tenido la intención de casarme contigo. Cuando estemos casados haremos cosas como esta, y mucho más, en nuestra propia cama tras una puerta firmemente cerrada que nos separará del resto del mundo.

Ella sacudió la cabeza con rabia.

—N-n-no. No puedo ca-casarme contigo. Ni con n-nadie. Enseguida te c-cansarás de tener que es-escucharme.

Nick le acarició la mejilla.

—No. Nunca me cansaría de escucharte. ¿No te das cuenta de que llevo toda la vida deseando encontrarte?

Pamela frunció el ceño, sin estar segura de lo que quería decir.

Nick entonces a rodeó con sus brazos y la atrajo contra su pecho.

—Eres la razón por la que soy el señor Nicolas Smith, y no una rata de alcantarilla que bucea en el Támesis en busca de baratijas para entregárselas a un hombre que golpea a los niños, los mata de

hambre y los obliga a trabajar a cambio de más miseria. Un poco de pan duro y un vaso de cerveza.

>Eres la razón por la que salí del fango de Londres y trabajé duro para mejorar mi vida. Por ti me esforcé en aprender a leer, en hablar correctamente, y en vestir de la manera adecuada. Aprendí qué tenedor se tenía que usar y cómo bailar en un salón. Sabía en lo más profundo de mi corazón que algún día te iba a conocer. A la otra mitad de mi corazón y de mi alma. Pasé muchos años preparándome para poder conocerte. Y ahora que te he encontrado, no voy a dejar que te vayas.

Nick respiró hondo y se rió entre dientes.

—Nunca había pronunciado un discurso así en mi vida. —Le dio un golpecito en la nariz—. ¿Ves lo que haces conmigo? Si los empleados de mi club me escucharan, se reirían de mí a carcajadas.

—Creo que has s-sido muy c-cariñoso.

Nick hizo un gesto de disgusto.

—Y tampoco le digas a nadie que soy cariñoso, si no quieres me maten a golpes.

Pero Pamela tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener las lágrimas, aunque no lo consiguió. Nunca nadie la había apreciado de la forma en que lo hacía Nick. Casi empezaba a pensar que realmente no le importaba que fuera tartamuda.

—Lady Pamela. Creo que ya es hora de descansar y de que se recupere de sus lesiones.

La señora Fletcher estaba en el umbral de la puerta, con su bata y su gorro de dormir, los brazos cruzados sobre el pecho y un pie golpeando el suelo siguiendo una cadencia.

Capítulo 13

Tres días después Nick se reunió con Marcus en *White,* un club de caballeros. Nick había estado recorriendo St. Giles, Whitechapel y cualquier lugar donde creyera que podría conseguir información, y Marcus se había dedicado a averiguar en su mundo si alguien sabía dónde conseguir una chica "limpia" garantizada.

Dado que la mayoría de las veces las muchachas vírgenes estaban drogadas o atadas, a Nick no le servían los hombres que frecuentaban esos lugares. Pero por suerte, Marcus Mallory era un firme defensor de las menores.

Una vez que se acomodaron en una pequeña mesa del comedor del club, con sendas copas de brandy, Marcus dijo:

—Creo que me tocó el premio gordo, como dicen en el póquer. —Tomó un trago de brandy—. Tres hombres diferentes, a los que no puedo calificar como caballeros, me hablaron de un lugar al que acuden los hombres de clase alta cuando están interesados en conseguir mujeres como la señorita Davenport.

—En mujeres inocentes.

Marcus asintió.

—Dicen que es por el miedo a contraer enfermedades venéreas que después puedan transmitir a sus esposas.

Nick resopló. ¿Dónde quedaba la fidelidad conyugal?

—Los hombres más ricos pueden permitirse el lujo de desflorar vírgenes. En mis investigaciones de los últimos meses, he descubierto que hay "catálogos" donde se puede ver la edad y la descripción física de las diversas niñas y mujeres disponibles. Comprar a una virgen puede costar entre dos y cinco libras.

Nick se removió en su asiento cada vez más enfadado. Tantas mujeres y niños obligados a llevar vidas sórdidas en contra de su voluntad.

—¿Y la policía qué hace?

Marcus se encogió de hombros.

—No ha sido de gran ayuda. Me puse en contacto con un agente de la Policía Metropolitana, que me dijo que estaban al tanto de este lugar y que aparecía en la lista de burdeles que tenían vigilados, pero que en Londres simplemente había demasiados establecimientos de este tipo como para hacer algo más que mantenerlos en una lista.

—¿Aunque estos burdeles tengan a mujeres secuestradas?

—Lamentablemente, sí.

Ambos permanecieron en silencio durante unos momentos. Si la señorita Davenport hubiera sido vendida a este burdel en particular, ya llevaría allí más de una semana. Lo que significaba que habría muy pocas posibilidades de que no hubieran abusado de ella.

Nick respiró hondo.

—Podría estar en ese, pero si hay tantos lugares que aparecen en la lista de la policía, podríamos tardar varias semanas en encontrarla.

—Sugiero que empecemos por el local que conocían los tres hombres a los que pregunté. No puedo decirte lo sucio que me sentí preguntándoles sobre eso. Tuve que controlarme para evitar liarme a golpes contra ellos.

Mallory miró por encima del hombro de Nick y se tensó.

—¿Qué pasa?

Marcus parecía estar listo para darle una paliza a alguien.

—No te diré quién, pero uno de los hombres con los que hablé acaba de entrar en el club. Está dando palmadas en la espalda a los socios, sonriendo y actuando como un conde jovial. Es un cliente habitual del burdel que te he mencionado, y tiene esposa y siete hijos.

Nick soltó un silbido y negó con la cabeza.

—Me pregunto cómo se sentiría si alguno de sus hijos fuera secuestrado y lo violaran.

—Efectivamente. —Marcus apuró su copa brandy—. Entonces, ¿qué hacemos ahora?

—¿Nosotros?

¿No parecía que este caballero de la alta sociedad, miembro de la Cámara de los Comunes, le estaba sugiriendo unirse para volver a

secuestrar a la joven de un burdel famoso?

—Sí. Me comprometo a rescatar a esta joven amiga de lady Pamela. Yo también tengo una hermana, y la idea de que alguien le ponga las manos encima para abusar de ella hace que me hierva la sangre.

Nick lo pensó durante unos minutos. Cuando se había visto envuelto en situaciones peligrosas, siempre había actuado solo. Desde su infancia había aprendido a no confiar en nadie para que le cubriera las espaldas. Después de un minuto de agitar el brandy en su copa, sin levantar la vista hacia Marcus, dijo:

—Preferiría hacer esto yo solo, ya que tengo experiencia en tratar con todo tipo de matones.

Marcus se enderezó en su silla.

—¡No!

Nick entrecerró los ojos al ver que Marcus estaba tan indignado como si la secuestrada hubiera sido su propia hermana.

Mallory continuó.

—Iré contigo. Soy un hábil tirador y me desenvuelvo bastante bien en el ring de boxeo. —Se inclinó hacia delante—. Si somos dos funcionaremos mejor que uno solo. A pesar de que rescataste a esas niñas, debes comprender que si bien eso pudo funcionar en un pub oscuro Bristol, el burdel del que estamos hablando no es tan relajado. Si esa muchacha realmente está allí, jamás la podrías rescatar trepando por una ventana.

Nick se rió, pero se dio cuenta de que Mallory tenía razón. Al no ser él mismo cliente de burdeles, realmente no sabía cómo era el funcionamiento de esos decadentes lugares de placer de la clase alta.

Mallory continuó.

—No podemos entrar a la fuerza, porque tienen guardias.

Nick asintió.

—Como en mi club.

—Cierto. Pero mientras tu gente se ocupa del dinero que los jugadores pierden de buena gana, estos hombres estarán vigilando a mujeres que fueron llevadas allí en contra su voluntad.

Nick se reclinó en su silla, contento de haber metido a Mallory en esto. Nunca pensó que terminaría trabajando mano a mano con un aristócrata.

—Entonces, ¿qué sugieres?

—Preguntar a quienes frecuenten ese lugar si han visto a esa chica. Necesitaré una descripción completa de ella, incluyendo cualquier detalle que la diferencie de las demás. Una vez que esté seguro de que hay posibilidades de que esté allí, entraremos juntos al libertino mundo de los que se divierten con perversiones.

A Nick se le revolvió el estómago ante la idea de juntarse con tantos degenerados, pero tal como le había prometido a Pamela, eso es lo que iba a hacer.

Nick asintió.

—Hoy le pediré una descripción completa a lady Pamela. Te la enviaré con un mensajero y tan pronto como sepas si la señorita Davenport está allí, avísame e iremos de inmediato.

Marcus terminó su copa de brandy y se puso de pie.

—Espero tu carta.

Pamela deambulaba por la biblioteca de Montrose House esperando muy nerviosa a Nick para le contara toda la información que le había aportado Marcus. Maldijo que a las damas no se les permitieran acceder a los clubs de caballeros. Y maldijo aún más que Marcus hubiera elegido ese lugar para reunirse en vez de venir a la casa

¡Hombres! Siempre hacían las cosas a su manera, sin tener en cuenta lo inquietos que estuvieran los demás.

Grossman entró en el salón.

—Lady Pamela, tiene usted una visita.

Pamela se dio la vuelta y vio que su cuñada entraba en la habitación.

—¿Corinne? ¿Qué es lo que e-e-estás haciendo a-aquí?

—Qué alegría verte, cuñada.

Corinne avanzó hacia ella y besó el aire junto a la mejilla de Pamela.

—Lo s-siento. Es es que me he lle-llevado una s-sorpresa. ¿Cómo s-sabías que estaba a-aquí?

Corinne se quitó los guantes y agitó una mano en el aire.

—Es muy poco lo que se puede hacer sin que llegue a oídos de la gente importante.

Se refería, por supuesto, a sí misma como alguien importante. Corinne nunca iba a minimizar lo importante que era. Al menos ante sus propios ojos.

—Querida, por favor, puedes pedir que me traigan una taza té. Tengo un poco de migraña.

Su cuñada se acomodó en el sofá justo enfrente de la chimenea, con los hombros rígidos, la espalda recta y sus delicadas manos sobre el regazo.

—Sí. Por s-supuesto.

Pamela se acercó a la esquina y tiró del brocado para llamar a Grossman. Mientras esperaba su respuesta, reflexionó sobre la visita sorpresa de la esposa de su hermano.

El hombre hizo una reverencia al acercarse.

—¿Mi lady?

—Grossman, ¿puede hacer que n-nos traigan el té, por f-favor?

Pamela respiró hondo, se dirigió hacia el centro de la habitación y tomó asiento a la derecha de Corinne.

—Pamela, cariño, ¿cuántas veces tengo que recordarte que no hay que ser agradecida ni dar las "gracias" al servicio? Se le paga para que nos sirvan.

Se alisó las faldas y le ofreció una de sus frías sonrisas.

—¿Cómo e-está mi her-hermano?

Inició la conversación, porque sabía por experiencia que Corinne no le iba a decir el motivo de su visita hasta que estuviera completamente preparada.

—Está bien. Como de costumbre. Pasa demasiado tiempo en sus clubes, pero eso es de esperar cuando una está casada con un conde. —Se acarició el labio superior con un delicado pañuelo—. Pero sufro en silencio como debe hacer una buena esposa.

A Pamela le hubiera encantado poner los ojos en blanco, pero eso solo le traería otra reprimenda de su cuñada. Lo más probable es que su hermano pasara demasiado tiempo en su club para evitar estar con su buena esposa que "sufría en silencio".

Corinne siguió charlando sin parar sobre la temporada social que no estaba siendo muy entretenida, de sus muchos problemas de salud, de sus dificultades para encontrar personal de servicio decente y de su enfado con su hermano porque aún no había concebido a su heredero.

Como si no hicieran falta dos personas para hacer un bebé. Pero, estaba segura de que Corinne solo quería tener un heredero para poder decir que ya había cumplido con su deber y, después, desterrar a David de su cama.

Una vez que llegó el té, Pamela sirvió y preparó la taza de Corinne tal como a ella le gustaba, y le pasó un plato con galletas, la mujer por fin le explicó el propósito de su visita.

Tomó un delicado trago de té, colocó la taza firmemente en el platillo, cruzó las manos sobre su regazo y miró a Pamela a los ojos.

—He venido a decirte que tu hermano está muy molesto porque se ha enterado de que estás en Londres sin habérselo dicho y, además, acompañada de un conocido delincuente, dueño de una casa de juego que se crió con la peor chusma de Londres. —Para exagerarlo aún más, se dio unas palmaditas a lo lados de los ojos con el pañuelo—. Simplemente me rompe el corazón ver al conde sufrir así.

Pamela estaba cada vez más cerca de poner los ojos en blanco. En cambio, tomó un trago de té consciente de que Corinne aún no había terminado con su diatriba.

—Me preocupa que tu hermano, aunque está muy angustiado por esta situación, no se va a enfrentar contigo, y me he visto en la necesidad de hacer algo por él.

Traducción: David no sabía que Corinne había venido a verla, o le pidió que no lo hiciera.

—¿Puedo ha-hablar?

Corinne volvió a secarse los ojos e hizo un gesto con la mano.

—Puedes, aunque veo que todavía te cuesta.

Pamela apretó los dientes ante su velado insulto.

—Estoy en Londres para e-e-encontrar a una joven d-dama de la que soy amiga y que ha d-desaparecido. El hombre que me a-

acompaña es una p-persona muy a-amable, propietario de un n-negocio muy respetable en Bath, que se o-ofreció a a-ayudarme.

Era mejor no contarle lo de su accidente con el carruaje, o exactamente dónde había desaparecido Lizbeth. Lo más probable es que le pediría que le trajeran sales aromáticas si lo hacía.

—Debes desvincularte de él inmediatamente. —Las lágrimas fingidas desaparecieron, y Corinne se sentó erguida como una flecha —. Tengo todo listo para llevarte a casa hasta que puedas hacer lo necesario para regresar a tu casa en Bath.

Bien, entonces.

Parecía que este reencuentro fraternal no incluía el regreso a su hogar de forma permanente. Después de todo, aunque dejara de relacionarse con Nick, seguiría siendo una vergüenza social desde el punto de vista de Corinne.

—Aunque aprecio tu c-consideración —casi se atragantó al decirlo—, me temo que t-tendré que rechazar tu ge-generosa oferta. Estamos a punto de e-encontrar a mi amiga y no pienso irme de aquí hasta que haya a-aparecido y sepa que e-está a salvo.

Corinne entrecerró los ojos.

—¿En qué te ha metido exactamente ese hombre?

Pamela se estaba cansando de su discurso, de sus insinuaciones y de sus insultos.

—Como ya te he e-explicado, *cu-cuñada*, no me ha m-metido en nada. Me está a-ayudando a e-encontrar a una a-amiga.

—¿Y qué hay de tu reputación? Tú, que eres una joven soltera, estás viviendo en una casa con más hombres. Descaradamente. Así es como yo, quiero decir, nosotros, nos hemos enterado.

—Esta casa p-pertenece al señor Montrose, otro r-respetable hombre de negocios. Nos quedaremos aquí t-temporalmente mientras llevamos a cabo nuestra b-búsqueda. Si estás preocupada por mi re-reputación, encantada te p-presento a la señora Fletcher, que es e-empleada del señor Smith y está s-siendo mi dama de c-compañía.

Corinne resopló. Algo que Pamela nunca hubiera esperado.

—¿Trabaja para el señor Smith? Bueno, estoy seguro de que si desea conservar su trabajo, se fijará en lo que el señor Smith quiera

que se fije.

Pamela se levantó de un salto y casi se le derramó el té. La razón por la que sentía la necesidad de apaciguar a esa mujer estaba más allá de ella, pero no iba a permitir que Corinne se fuera con la idea de que algo malo estaba pasando.

—Si me disculpas, vuelvo enseguida.

Salió de la habitación, con las faldas ondeando, el rostro enrojecido y el corazón latiendo con fuerza. Esa mujer podía hacer que un santo se volviera asesino. Nunca entendió como su hermano la podía soportar. Corinne era desagradable y mezquina, y todo bajo un barniz de decoro.

—Señora Fl-fletcher.

Pamela llamó a la puerta del dormitorio de la mujer. Con suerte, no estaría durmiendo la siesta, lo que hacía a veces.

La puerta se abrió y la señora Fletcher parecía bastante sorprendida.

—¿Está todo bien, mi lady?

Pamela respiró hondo.

—Sí, sí. Muy b-bien. Sin embargo, mi c-cuñada ha v-venido de visita y está p-preocupada de que esté aquí sin d-dama de c-compañía. ¿Puedo p-pedirle que baje al s-salón a tomar el té con n-nosotras?

– Por supuesto, cariño —la señora Fletcher se miró en el espejo que había junto a la puerta y se alisó el pelo hacia atrás—. Vamos, mi lady.

Cuando regresaron a la habitación encontraron que Corinne estaba examinando los objetos de las mesas. Rápidamente se volvió, con una falsa sonrisa cálida en los labios.

—¿A quién tenemos por aquí?

Pamela volvió a apretar los dientes, segura de que se le desgastarían antes de que se terminara la visita.

—Como te e-expliqué, Corinne, ella es mi d-dama de compañía. —Colocó una mano sobre el brazo de la señora Fletcher—. Te p-presento a la señora Fletcher, ama de llaves del s-señor Smith en su casa de Bath y mi d-dama de c-compañía en este viaje. —Se volvió

hacia la señora Fletcher—. Le presento a la e-esposa de mi hermano David, l-lady Mulgrave.

Corinne alzó la barbilla.

—Es *conde de Mulgrave*, Pamela. Por favor, mantén los modales, cariño.

Sus labios se movieron formando algo que sin duda pensaba que era una sonrisa, pero más bien parecía una mueca que podría asustar a un niño pequeño.

La señora Fletcher sonrió.

—Es un placer conocerla.

Por supuesto, Corinne no correspondió al sentimiento, sino que simplemente bajó la cabeza.

—Señora F-Fletcher, ¿quiere t-tomar una taza de té?

Pamela se acercó a ella levantando la tetera.

—Cuñada, cariño, me temo que no tengo más tiempo que perder. Tengo una cita con mi modista.

Corinne pasó junto a Pamela y se dirigió al vestíbulo, donde se puso los guantes.

Pamela finalmente pudo poner los ojos en blanco, pero desafortunadamente solo la vio la señora Fletcher. Y sonrió.

Una vez en la puerta, Corinne aceptó que Grossman la ayudara a ponerse el abrigo.

—Prefiero no tomar el té con el servicio, cariño. Eso es algo en lo que tienes que trabajar.

Dio una palmadita en la mejilla a Pamela y la besó en el aire una vez más.

—Espero que nuestra pequeña charla te haya dado algo qué pensar. A pesar de que tengas a esa *acompañante*, lo importante es que no te quedes aquí. Puedes venirte con nosotros, como te dije, hasta que regreses a Bath. —Grossman entonces abrió la puerta—. Si no te importa tu propia reputación, piensa en el daño que le haces a tu hermano.

Con estas palabras bajó las escaleras y entró en el carruaje de los Mulgrave. Pamela negó con la cabeza y regresó al salón.

La señora Fletcher levantó la tetera.

—¿Más té, cariño?

—¿Y qué tal una copa de jerez, en cambio?

Rápidamente se dirigió a la barra donde el señor Montrose tenía una buena provisión de jerez y de brandy.

Capítulo 14

Unos días más tarde, Nick y Marcus se reunieron en la casa de Marcus en Mayfair. Nick le había enviado una descripción completa de Lizbeth Davenport la noche después de encontrarse en el club. Pamela había hecho algo más que describir a la joven, había dibujado un muy buen boceto de su aspecto. Un talento que Nick ignoraba que Pamela poseía.

Nick se sorprendió cuando recibió una respuesta tan rápida de Mallory que estaba bastante seguro de que la señorita Davenport se encontraba en el burdel del que sospechaban.

—¿Has traído pistola?

Marcus se puso los guantes mientras bajaban los escaleras para ir al moderno carruaje de Mallory.

—Siempre llevo una. Y también un puñal. O dos. —Se subió al carruaje—. Recuerda que me crié en la calle.

Nick miró su reloj mientras el carruaje avanzaba sobre los adoquines en dirección al burdel. Eran cerca de las diez, más o menos la hora en que la mayoría de los burdeles se llenaban. Necesitaban el anonimato que les proporcionaba estar rodeados de mucha gente.

—Como te dije en mi nota, estoy seguro de que la señorita Davenport está en este burdel. Sin embargo, aparentemente solo lleva allí unos días. No estoy seguro de qué le habrá podido ocurrir desde que se la llevaron.

Marcus sacó un papel doblado del bolsillo interior de la chaqueta.

—También pude conseguir un plano del edificio con todas las salidas marcadas.

Nick tomó el papel que le entregó. Se acercó a la lámpara que colgaba de la pared del carruaje para estudiar el plano.

—Esto es bastante útil. ¿Cómo lo conseguiste?

—El dinero puede comprar cualquier cosa. Créeme.

Nick echó un vistazo al dibujo. Era bastante detallado.

—Te lo reembolsaré.

—No hace falta. Ese dinero ha valido la pena si sirve para rescatar a una joven de las garras del infierno. —Recogió la hoja de papel que Nick le devolvió y se la guardó—. Mis fuentes me dicen que durante las primeras horas la señora anima a los "invitados" a conocer a las señoritas, a beber, a jugar y a gastar dinero. Después eligen a la señorita de su elección y se retiran a una de las habitaciones superiores.

—Eso hace que todo sea bastante fácil. —Nick se removió en su asiento y se inclinó hacia delante con los dedos entrelazados entre las rodillas—. Esto es lo que te propongo. Entraremos juntos aunque enseguida tomaremos caminos separados, pero intentaremos mantenernos a la vista el uno al otro. Después me acercaré a la señorita Davenport y le diré quién soy y por qué estamos allí.

Marcus asintió.

—La elegiré entre las demás y nos retiraremos arriba. Tan pronto como parezca que la mayoría de la gente ya está tranquila, la llevaré al final del pasillo donde están las escaleras. Allí te encontraremos y nos llevarás hasta una de las salidas de abajo.

El carruaje se detuvo frente al edificio. No había indicios de que no se tratara más que de una casa adosada en un elegante barrio de clase media.

Salieron del carruaje y Marcus dio instrucciones al conductor mientras Nick subía las escaleras. Una vez que volvieron a estar juntos, Nick dejó caer la aldaba de la puerta. Inmediatamente un hombre alto y corpulento vestido de librea abrió la puerta.

—¿Sí?

—El señor Dennis Chambers nos invitó a verlo esta noche. Yo soy lord Mulgrave, y él es el señor Nicholas Smith.

El hombre los miró a ambos de arriba abajo, luego procedió a cachearlos y les retiró las armas. Enseguida el portero entregó las armas a otro hombre igualmente corpulento.

—Podrán recuperarlas cuando se marchen.

Pero se saltó los puñales.

Satisfecho, el portero dio un paso atrás y entraron detrás de un tercer hombre que los llevó hasta una gran habitación, que

originalmente debió de haber sido un salón. Marcus se inclinó hacia Nick.

—Se acabó nuestra protección para esta noche.

—Todavía tengo dos dagas. —Hablaba por un lado de la boca—. Pero si todo sale según lo planeado, no las necesitaremos. Te daré una cuando nadie se dé cuenta.

Marcus asintió y comenzaron a deambular por el local por separado tal como habían planeado. Nick estaba empezando a pensar que les habían dado información equivocada cuando de pronto vio a la mujer que debía de ser la señorita Davenport. Era una belleza. Llevaba su cabello castaño oscuro peinado hacia atrás haciendo que resaltaran las finas líneas de su rostro. Tenía unos labios carnosos que volverían loco a cualquiera que pagara por sus servicios, y unos profundos ojos azules que le parecieron los más tristes que había visto en su vida.

Mientras las otras mujeres se paseaban por la habitación, obviamente en busca de la mejor pareja para la noche, la señorita Davenport permanecía sentada en una silla blanca acolchada rodeada de varios hombres, pero que casi no entablaban ninguna conversación con ella. Mientras observaba, vio que se acercaba a ella a una mujer mayor vestida con un vestido de satén rojo intenso que abrazaba todas las curvas, de las que debía haberse sentido orgullosa en su momento, pero que ya habían perdido su atractivo.

Se inclinó hacia la señorita Davenport y le dijo algo que hizo que se sonrojara y enseguida se puso de pie, lo que hizo que los hombres que la rodeaban retrocedieran. No iba a ser fácil llegar a su presa con toda la atención que estaba recibiendo, pero tenía que hacerlo, y rápido. Terminaría a puñetazos si viera que alguno de estos hombres la tomaba del brazo y se la llevaba escaleras arriba.

Rápidamente decidió cambiar de táctica. Se acercó a la mujer del vestido rojo y le hizo una leve reverencia.

—Buenas noches, señora. ¿Supongo que usted es la propietaria de este local?

Ella lo miró de arriba abajo con una mirada sensual y, al parecer, pensó que valía la pena y le inclinó la cabeza.

—Sí. Soy la señora Parker. ¿Y usted quién es? No lo he visto antes.

Le agitó un abanico de plumas rojas en la cara.

Nick le tomó la otra mano y se la besó.

—Es cierto. Soy el señor Nicholas Smith, propietario de *The Lion's Den*, en Bath.

Sus cejas se levantaron, aparentemente impresionada por lo que le dijo. Sin duda se animó, y en sus ojos se podía ver el signo del dinero.

—Bueno, es un placer darle la bienvenida a *The Naughty Nest*, señor Smith.

Nick casi se atragantó con el nombre.

En lugar de eso, le ofreció una sonrisa.

—He venido invitado por el señor Dennis Chambers.

—Ah, sí. Uno de nuestros mejores clientes. —Ella entonces entrelazó su brazo con el suyo e hizo que avanzaran—. ¿Desea algo de beber, señor Smith?

—Por supuesto.

Su estrategia comenzó una vez que se acomodaron en una pequeña mesa con un brandy aguado y caro para él, y un vaso de té, que hacían pasar por whisky, para ella.

—Estoy muy impresionado con la joven que estaba sentada en esa silla. Una belleza que llevaba un vestido azul pálido.

—Ah, sí. Diedre. Es una de las nuevas. Es muy popular.

Nick tuvo que controlar las ganas que sintió de darle una bofetada y correr a rescatar a la señorita Davenport. Pero su idea era sacarla de allí, no terminar en la cárcel.

—Me gustaría solicitar sus servicios esta noche.

Tomó un trago y observó los ojos de la mujer mientras calculaba cuánto podría obtener de él.

—Como le dije, es una muchacha muy popular. Y bastante cara.

Nick hizo un gesto de desdén con la mano.

—Sea cual sea el precio, lo pagaré.

—¿Se ha enamorado?

Nick se inclinó hacia ella.

—No vale la pena enamorarse de una puta, ¿verdad?

Estaba dispuesto a pagar, pero tampoco quería que le robaran.

La señora Parker sonrió reconociendo que no era un tonto.

—Muy bien. Es posible que la consiga. Estará disponible en unos diez minutos. Haré que venga mi hombre de confianza para finalizar el trato.

Nick asintió y ella se levantó y salió la pequeña zona del bar balanceando de manera muy estudiada sus caderas que resaltaban por lo ajustado que llevaba el vestido. Su corazón latía de emoción. Estaba a mitad de camino de conseguir su objetivo. Miró a su alrededor para ver si Marcus estaba a la vista, pero no lo vio. Tan pronto como terminara con el "hombre" de la señora Parker, lo tenía que ver para hacerle saber que seguían adelante con su plan.

Una vez que Nick pagó la escandalosa tarifa que le pidieron por la señorita Davenport, de la que sabía que la joven vería muy poco, dejó su bebida aguada y regresó a la sala principal.

Las mujeres ya habían comenzado a emparejarse con varios hombres. Como él ya había conseguido a la señorita Davenport para pasar la noche, deambuló por todas las salas hasta que encontró a Marcus, que estaba jugando al póquer. Levantó la vista cuando Nick se acercó a él y le dio la mano.

—Ya he terminado, caballeros.

Ambos se pasearon por la habitación, y Nick le entregó sigilosamente una de las dagas.

—La tengo.

Marcus asintió.

—Muy bien. Creo que esta gente tardará alrededor de media hora en ocupar todas las habitaciones de arriba. Una vez que la señora llame a todo el mundo para que haga su elección, saldré de la casa y entraré por la parte de atrás para que después nos encontremos en la parte superior de las escaleras.

—Buena suerte. Ten cuidado, estoy seguro de que tendrán a alguien en la puerta.

Poco después, la señora Parker hizo la llamada para que todos se retiraran a las habitaciones de arriba. Nick se acercó a la señorita Davenport, que parecía estar a punto de huir. Le tomó la mano y se

la besó. Ella se encogió pegada a la pared, pero él le sonrió y le habló en voz baja de manera que nadie pudiera escucharlo.

—Soy amigo de lady Pamela.

Los ojos de la señorita Davenport se abrieron de par en par y se lamió los labios.

—No se asustes. He pagado por usted, pero lo único que busco es sacarla de aquí.

A la mujer se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Pero esto es una broma o...

—En absoluto. La hemos estado buscando desde que desapareció de la residencia de la señora O'Leary.

Una lágrima solitaria rodó por su mejilla.

Nick entonces la agarró del brazo.

—Subamos las escaleras para poder seguir con mi plan.

Ella tiró ligeramente hacia atrás, aparentemente insegura de sus intenciones. Podría haber malinterpretado sus palabras.

—Sé que no tiene ninguna razón para confiar en mí, pero por favor quédese tranquila. He venido con otro hombre, lord Mulgrave. Es posible que haya oído hablar de él. Es el hermano de la mejor amiga de Pamela, lady Berkshire.

Ella asintió.

—Dentro de media hora nos estará esperando en lo alto de la escalera de atrás. Su carruaje está justo enfrente, y la llevaremos a una casa donde la espera lady Pamela.

Cerró los ojos y respiró hondo como pudo. Enseguida comenzaron a seguir a las otras parejas que subían las escaleras. Sentía que todo el cuerpo le temblaba a medida que iban avanzando.

Nick la siguió hasta una habitación decorada con el mismo satén rojo intenso del vestido de la señora Parker. Se estremeció a ver el espejo del techo y las plumas que decoraban la cabecera. No es que no hubiera estado antes en un lugar como ese. Al fin y al cabo, era un hombre. Pero saber que esa pobre joven indefensa había sido secuestrada y obligada a trabajar en ese lugar lo volvía loco.

Llevó a la señorita Davenport hasta la cama y le soltó el brazo.

—Nos sentaremos aquí un rato y después iremos hasta las escaleras.

– ¿Y la señora Parker?

Quedó impresionado por la sensualidad de su voz. No era de extrañar que fuera tan "popular".

—Lord Mulgrave consiguió un plano del edificio. Confiemos en su capacidad para no ser detectado.

—La señora Parker tiene un guardia en la puerta de atrás.

Nick asintió.

—Ya lo sabemos. —Le dio unas palmaditas en la mano—. No se preocupe, señorita Davenport, la sacaremos de aquí esta noche aunque tengamos que tirarnos por la ventana.

Por primera vez desde que la vio, la señorita Davenport consiguió sonreír.

Nick se quedó oyendo lo que ocurría pegado a la puerta hasta que estuvo seguro de que todo el mundo ya estaba ocupado disfrutando de su noche de placer y no deambulaba nadie por los pasillos. Hizo una señal a la señorita Davenport y se acercó a él. Entonces se volvió hacia ella, se llevó un dedo a los labios y abrió lentamente la puerta.

El pasillo estaba oscuro aunque levemente iluminado por varios apliques de las paredes. La luz era lo suficientemente tenue como para parecer un lugar privado y misterioso, pero iluminaba lo suficiente luz como para que pudieran llegar hasta la escalera trasera.

La señorita Davenport se acercó a su oído.

—¿Quizás debería ir yo adelante?

—¿Conoces bien este sitio? La señora Parker me ha dicho que eras nueva —le susurró al oído.

—No tan nueva como para que no saber encontrar la manera de salir de aquí.

De nuevo le sonrió, lo que a él le pareció muy alentador.

Avanzaron en silencio, ignorando los gemidos y gritos que provenían de detrás de las puertas de las habitaciones por las que pasaban. Una vez que llegaron a la escalera, Marcus estaba allí, con el plano en las manos.

—Hasta ahora, todo bien —dijo.

En lugar de presentarse, los tres bajaron las escaleras.

—Me vi en la necesidad de poner al portero a dormir. Le dolerá la cabeza durante un tiempo, pero no le hecho ninguna lesión grave.

Marcus sonrió cuando llegaron al último escalón y abrieron la puerta del estrecho callejón.

—Por aquí.

Marcus corrió hacia la parte trasera del edificio, donde Nick vio que estaba su carruaje. Cuando llegaron al vehículo iban los tres jadeando. Rápidamente entraron en el vehículo y se acomodaron en él.

La señorita Davenport echó un vistazo a los dos hombres que tenía sentados frente a ella y rompió a llorar.

Pamela parecía que iba a terminar desgastando la alfombra del salón del señor Montrose de tanto moverse de un lado a otro. La señora Fletcher permanecía sentada junto a la chimenea con su bordado.

Habían pasado casi tres horas desde que Marcus y Nick se habían ido a intentar rescatar a Lizbeth. Pamela imaginaba todo tipo de cosas, desde que Nick iba a terminar encarcelado hasta que lo iban a asesinar.

Cuando ese pensamiento apareció se llevó un susto de muerte, su corazón se aceleró y se le apretó el estómago. En las últimas horas se había dado cuenta de que estaba enamorada de Nick. Ya lo sabía desde hacía algún tiempo, pero estaba completamente segura de que no iba en serio con ella.

Era la primera persona a la que realmente no le importaba su tartamudez. Era amable, cariñoso, atento y estaba dispuesto a dedicar tiempo y dinero a rescatar a una amiga de ella con la que él no tenía ninguna relación. Si lograba escapar con Lizbeth sin que le pegaran un disparo en la cabeza, se lo tenía que decir.

Se detuvo bruscamente al sentir el sonido de las ruedas de un carruajes. Corrió hacia la ventana y observó que Nick salía del carruaje, completamente sano, gracias al Cielo, y después Marcus, que se giró y tendió una mano a una mujer.

Entonces vio a Lizbeth. Nunca se había sentido tan feliz de ver a alguien en su vida. Corrió hacia la puerta y la abrió de par en par antes de que el pobre Grossman pudiera hacerlo.

—¡Lizbeth!

Pamela bajó volando las escaleras y la abrazó con tanta fuerza que ambas tropezaron hacia atrás. Afortunadamente, Marcus se encontraba detrás de ellas y atrapó a Lizbeth en sus brazos mientras Nick sujetaba a Pamela para evitar que se cayera.

—¿Podemos continuar con este reencuentro en la casa? No hay que alarmar a los vecinos y que después empiecen a hacer preguntas.

Nick se apartó y llevó a Pamela escaleras arriba.

Después se instalaron en el salón y la señora Blossom rápidamente les trajo el té. La solución con la que las mujeres inglesas dan salida a cualquier asunto. Bueno. Malo. Feliz. Triste.

Los dos hombres se sirvieron sendas copas de brandy. Nick se volvió hacia Lizbeth y Pamela, que estaban sentadas en el sofá agarradas de las manos. Al verlas levantó su copa y dijo:

—Brindo el éxito de esta noche.

Un éxito rotundo.

Capítulo 15

Habían pasado dos días desde el rescate de la señorita Davenport de *The Naughty Nest*. Nick sonrió al pensar en las dos mujeres, que no se habían separado desde esa noche.

Estaba sentado en el escritorio de la biblioteca de Montrose pensando en su próximo movimiento. Mallory le había enviado una nota esa mañana en la que decía que, a petición suya, su hermana, lady Berkshire, había ofrecido a la señorita Davenport que se quedara en su casa de Bath. A la mañana siguiente se iría allí acompañada de Mallory.

Antes, Nick y Marcus llevaron a la señorita Davenport a la comisaría de la Policía Metropolitana para que denunciara lo que le había sucedido. Se habían quedado completamente atónitos y enfadados por la falta de interés de los agentes. Aunque le tomaron declaración, estaba seguro de que la archivarían en algún lugar donde nadie la viera. No era de extrañar que Mallory se sintiera tan frustrado con su proyecto de ley para proteger a las mujeres y a los niños.

No pudo evitar preguntarse si el hecho de que la señorita Davenport fuera una muchacha de campo y huérfana habría determinado su actitud. Estaba seguro de que si hubiera sido secuestrada lady Pamela, miembro de la *aristocracia*, se habría producido mucho más alboroto.

Finalmente, el oficial con el que hablaron les explicó que, dado que la señorita Davenport había sido secuestrada en Bath, se trataba de un asunto de la policía de Bath. Mallory pidió que una vez que la señorita Davenport estuviera instalada en la casa de su hermana, fuera a la policía de Bath, pero parecía reacia a hacerlo. Ambos hombres también señalaron que era muy importante alertar a la policía sobre la participación de la señora O'Leary en el secuestro.

La policía también sugirió a Nick que podría sufrir represalias por su participación en la liberación de la señorita Davenport, y que

debía ser cauteloso. Aunque lo entendía, sabía que gracias a sus relaciones de los bajos fondos estaba bastante a salvo.

Dio unas palmaditas en el bolsillo de su chaqueta, donde guardaba un anillo de diamantes listo para ponerlo en el dedo a Pamela cuando le propusiera matrimonio. Todavía no habían hablado de su futuro, pues Pamela estaba ofreciendo todo su apoyo y cariño a la señorita Davenport. Pero, como a la mañana siguiente se iba a ir a la casa de lady Berkshire en Bath, esperaría a que se marchara para hablar con Pamela sobre su futuro. Ansiaba poder hacerla suya oficialmente.

Grossman entró en la habitación e hizo una reverencia.

—Señor Smith, le ha llegado una cara. El portador ha dicho que esperaría una respuesta.

Rápidamente cogió la nota.

Señor Smith,

Le solicito que nos reunamos en White *a las tres de esta tarde, si le va bien. Creo que tenemos algo de que hablar ya que compartimos interés por mi hermana, lady Pamela Manning.*

David, conde de Mulgrave

Nick frunció el ceño. Sabía que Pamela tenía un hermano, y aunque tal vez no estuvieran distanciados, al menos no mantenían una relación cercana. Que él supiera, no había recibido ningún mensaje o visita de ese hombre desde que habían llegado a Londres.

—Dígale al mensajero que acepto lo que su señoría me solicita.

Grossman le volvió a hacer una reverencia y salió de la habitación. Nick dio un golpe con la esquina de la nota sobre el escritorio.

Tuvo que reconocerse que estaba un poco inquieto cuando entró en *White* a las tres de la tarde. Como no conocía al hombre que lo había convocado, pidió a un sirviente que lo llevara directamente hasta él.

Lord Mulgrave se puso de pie en cuanto Nick se acercó a él y le tendió una mano.

—Gracias por venir a verme, señor Smith. —Hizo un gesto hacia una silla frente a él—. Por favor, siéntese.

Nick se acomodó y se ajustó la chaqueta a la espera de que Mulgrave hablara, ya que era su momento.

—¿Le apetece una copa?

Deseando terminar con lo que fuera que ese hombre le tenía que decir, negó con la cabeza.

—No, gracias.

—Muy bien. —Mulgrave se enderezó en su asiento—. Quiero hablar con usted de hombre a hombre.

Dado que era evidente que ambos eran hombres, su jugada parecía un poco superflua, pero Nick permaneció en silencio analizándolo. Mulgrave se parecía a Pamela en algunos aspectos. Pelo del mismo color, no tan rizado, ojos del mismo color, pero sin la calidez que tenían los de Pamela, y ambos eran de complexión esbelta.

—Me ha llamado la atención que mi hermana está viviendo una especie de fantasía por usted.

Nick alzó las cejas, pero permaneció en silencio.

Mulgrave se aclaró la garganta.

—Se lo voy a decir directamente. Usted procede de un entorno de muy mala reputación. Mi hermana, en cambio, es miembro de la nobleza, y ha sido educada como una dama para ocupar su lugar en la sociedad como tal.

Nick no solo decidió en ese mismo momento que no le gustaba el hombre, sino también que quería darle un puñetazo en la cara. Sin embargo, un verdadero caballero no hacía algo así en un club de caballeros. Tal vez podría invitar ese idiota tan pomposo a que se encontraran en un club de boxeo.

—Continúe.

—Lo más probable es que esté fascinada con usted porque siempre ha sido un poco tímida, y... extraña.

—¿Extraña?

Si el hombre no percibió que su voz comenzaba a sonar amenazante, era más estúpido de lo que Nick había pensado al principio.

Al parecer, se dio cuenta porque negó con la cabeza y levantó una mano.

—No lo digo de manera negativa...

—¿De veras?

Mulgrave suspiró.

—Hablemos claramente.

—No parece que no lo haya hecho hasta ahora.

Mulgrave esperó un momento.

—Si me pide permiso para casarse con mi hermana, se lo negaré.

Después se recostó en su asiento aparentemente convencido de que eso era todo lo que había que decir sobre el asunto.

—Su hermana ha superado la edad de necesitar su consentimiento.

Extrañamente, el hombre pareció sorprendido. O era un hermano tan negligente que no se sabía la edad de su propia hermana, o pensaba fácilmente podría ahuyentar Nick. Pero no había funcionado.

Mulgrave se aclaró la garganta.

—Eso no importa. Mi hermana, l*ady* Pamela, procede de una familia respetable que la quiere y que no desea que se convierta en una desterrada de la sociedad.

¿Pensaba que Nick conocía tan poco de la mujer con la que planeaba casarse que no sabía que había sido "invitada" a irse la casa de su hermano, y de la alta sociedad, hacía tres años?

—¿Ah, sí?

Mulgrave hizo un gesto de desdén con la mano.

—Tuvo una pequeña discusión con mi esposa y decidió que mudarse a Bath le convendría más. —Se acercó un poco pero Nick permaneció donde estaba—. Lady Mulgrave se ha dado cuenta de que fue un error y quiere volver a presentar a Pamela en sociedad.

La conversación era absurda y tediosa, y ya era hora de que llegara a su fin.

—Me temo que no puedo cumplir con sus deseos. Amo a Pamela y pienso pedirle que se case conmigo.

En lugar del esperado arrebato de ira, Mulgrave lo miró con lástima.

—La ama, ¿verdad?

—Con todo mi corazón.

—Si es el hombre que dice ser, y la ama con todo tu corazón, debe alejarse de ella.—Mulgrave apoyó una mano en el brazo de la silla— Arruinará su vida. —Su voz se elevó, atrayendo la atención de los que estaban cerca—. No será bienvenida en los círculos en los que nació. Podría pensar que eso no le importa, pero una vez que tenga hijos y sean rechazados por su propia gente, se sentirá terriblemente mal.

Nick respiró hondo. El hombre estaba haciendo bien su papel. Había encontrado el único argumento que lo podría convencer. Que Pamela fuera infeliz porque sus hijos no fueran aceptados socialmente. Porque su marido, por mucho que se hubiera distanciado de sus orígenes, siempre iba a proyectar una sombra sobre sus propios hijos. Los hijos de ambos.

¿No había crecido Pamela con la sombra de no poder hablar sin tener que tartamudear? ¿De verdad quería que volviera a sufrir cuando sus propios hijos lloraban por sentirse excluidos y que se burlaran de ellos?

Supo al instante que la sensación de zozobra que se apoderó de él era su propia conciencia pidiéndole que hiciera lo correcto. Siempre había pensado que Pamela era demasiado buena para él, pero con su carácter decidido lo ignoró hasta que vino su hermano a darle una bofetada de realidad en la cara. ¿Podría ser el caballero que el hermano de Pamela pensaba que no era? ¿Dejaría que Pamela marchara?

Al parecer, al ver la mella que había hecho en Nick, el conde rápidamente siguió adelante.

—Nos encantaría que regresara a nuestra casa. Ahora mismo. Está a punto de que su reputación quede dañada por compartir casa con usted.

—Siempre nos acompaña una mujer moralmente recta —murmuró.

—Sí. Eso me ha dicho mi esposa. Pero ella es su empleada, y eso no cuenta.

Nick levantó la cabeza.

—¿Cómo sabe esto su esposa?

—Visitó a Pamela la semana pasada. Intentó hacer que entrara en razón, pero no lo consiguió. Espero que, como hombre que sabe cuál su lugar, haga lo correcto.

Mulgrave se puso en pie y se estiró la chaqueta.

—Como le he dicho. Si realmente la ama, deje que se vaya. Permítale poder tener la vida para la que nació.

Con esas palabras, que se quedaron resonando en sus oídos, el hermano de Pamela se dio la vuelta y salió del salón.

A la mañana siguiente, Pamela regresó a casa después de acompañar a Marcus y a Lizbeth a la estación para tomar el tren a Bath. La señora Fletcher había optado por regresar con ellos, con lo Lizbeth tendría una dama de compañía. Y como la señora Blossom estaba en la casa, Pamela no creyó que necesitara una especial para ella.

Nick le había dicho que quería hablar con ella en la biblioteca cuando regresara de la estación. Estaba bastante segura de era la conversación que llevaba esperando desde hacía un tiempo. No le cabía la menor duda de que iba a pedirle matrimonio.

Y no dudaba cuál iba a ser su respuesta.

Lo amaba y sabía que podrían tener una vida maravillosa juntos. Es posible que él nunca le hubiera dicho que la amaba, pero todas sus acciones le demostraban que podía contar con que iba a ser un esposo amoroso, y que tendrían unos hijos felices a los que adorar. Algo que nunca creyó que iba a poder conseguir.

Pero Lottie y Addie tampoco lo esperaban, y lo habían conseguido. ¿Por qué no le iba a ocurrir lo mismo a ella?

Con una sonrisa brillante en el rostro, llamó suavemente a la puerta de la biblioteca y la abrió. Nick estaba sentado detrás del escritorio, de espaldas a ella, mirando por la ventana

—¿Nick?

Nick se revolvió en su silla. Tenía un aspecto bastante sombrío, lo que la puso nerviosa.

—¿Te pasa algo?

—No. En absoluto. —Hizo un gesto hacia la silla que había frente al escritorio. —Siéntate. —Sonrió sin humor—. Me acabo de dar cuenta de que debería haberme puesto de pie cuando has entrado, pero como mis modales nunca han sido demasiado buenos, te pido disculpas.

Pamela frunció el ceño mientras se sentaba y se alisaba las faldas. ¿Qué le pasaba?

Nick se puso de pie y colocó sus manos por detrás de la espalda. Se aclaró la garganta y el corazón de Pamela sufrió un vuelco. Algo iba muy, muy mal.

—Quería hablar contigo sobre mi regreso a Bath.

¿Su regreso?

Se acercó a la ventana y miró hacia afuera.

—Estaba pensando que como ya no tienes la habitación de la residencia, tal vez lo mejor para ti sería quedarte aquí en Londres. —Se volvió hacia ella—. Con tu hermano.

Pamela se puso pálida y sintió que se iba a desmayar. Quería que se quedara en Londres con su hermano, y él volverse a Bath.

—No lo e-entiendo.

—Es muy simple —le dijo—, tengo que regresar a Bath. He dedicado demasiado tiempo a la búsqueda de la señorita Davenport. Mi negocio me necesita y tengo que volver.

Tan pronto como las lágrimas brotaron de sus ojos, Nick le volvió a dar la espalda, se dirigió a la chimenea y apoyó su brazo en la repisa. Golpeó el ladrillo con un dedo.

—He hecho que Dorothy empaque tus cosas y que mi chófer te lleve a la casa de Mulgrave.

Pamela se lamió los labios secos. Se sentía como si estuviera en un mal sueño. Era todo demasiado surrealista. Ese no era el hombre del que se había enamorado.

—¿Ha ve-venido mi hermano a v-verte?

—No,—dijo mirándola directamente a los ojos.

—¿Te lo has e-encontrado en a-algún otro lugar?

Nick dejó escapar un profundo suspiro.

—Pamela, no entiendo por qué me haces todas estas preguntas. Hice lo que me pediste, y te ayudé a encontrar a la señorita Davenport. La encontramos y ya está de camino a la casa de lord y lady Berkshire. —Volvió a la mesa y revolvió los papeles que había por encima—. Ahora necesito volver a mi vida normal. —La miró a la cara y el dolor que se veía en sus ojos se le clavó en el corazón—. Y tú debes volver a la tuya.

Cuando ella abrió la boca para hablar, Nick levantó una mano.

—Debes disculparme, ahora. Tengo mucho trabajo que hacer antes de irme por la mañana.

Confundida, herida y enfadada, Pamela salió de la biblioteca y se apresuró a subir las escaleras hasta el dormitorio en el que estaba alojada. Como Nick le había dicho, Dorothy ya estaba empacando sus pertenencias.

—Estoy a punto de terminar, mi lady. El señor Smith ya ha pedido que le traigan su carruaje.

Bueno, ya estaba.

—Gracias, D-D-Dorothy.

Se negó a desmoronarse frente a la joven. Quería contener sus lágrimas hasta que no llegara a su antiguo dormitorio.

Con esos pensamientos aún dando vueltas por la cabeza, ayudó a Dorothy a terminar y enseguida bajó las escaleras. Cuando pasó junto a la biblioteca, vio que la puerta estaba cerrada. Pero no tuvo el valor de abrirla para despedirse.

Manteniendo apenas la compostura, se alejó de la biblioteca como en un sueño y avanzó por el pasillo hasta llegar a la puerta principal. Grossman le abrió la puerta y le hizo una reverencia al pasar.

Como le había prometido, el carruaje la esperaba frente a la casa, y ya habían colocado su equipaje en el maletero. De modo que simplemente tomó la mano del conductor para subirse al vehículo.

Estaba adormecida. No sentía nada, pero sabía en su corazón que cuando diera rienda suelta a sus sentimientos lo iba a pasar muy mal.

El trayecto hasta Mulgrave House pasó rápidamente. Se le ocurrió que tal vez su hermano ni siquiera sabía que venía a la casa. Imaginó que la encantadora Corinne tal vez le podría negar la entrada. Si eso ocurría iba a tener que montar una tienda de campaña en el jardín. Al pensarlo soltó una risilla ligeramente histérica.

Subió las escaleras, y el mayordomo abrió la puerta antes de que ella dejara caer la aldaba. Enseguida le hizo una reverencia.

—Buenos días, lady Pamela.

Recordaba que cuando se fue de la casa tres años antes era un simple sirviente. Pamela lo saludó con un gesto pues todavía no estaba segura de poder hablar.

—¡Pamela, cariño! —Corinne llegó corriendo por el pasillo con los brazos abiertos—. Estamos tan felices de que hayas decidido venirte con nosotros.

Las cosas estaban siendo cada vez más extrañas. Era casi como si Corinne la estuviera esperando. Pero eso no era posible porque Nick recién le acaba de decir que creía que lo mejor era que se trasladara a la casa de su hermano.

Permitió que Corinne le diera un abrazo.

—Gracias.

Corinne frunció la nariz como si oliera mal. Luego le dio un golpecito en la nariz a Pamela.

—Debemos trabajar para que superes ese problema de la tartamudez. Probablemente tendremos que contratar a alguien para que te enseñe.

—¿E-enseñarme q-qué?

—A que te reintroduzcas en la sociedad. —Entrelazó su brazo con el de Pamela y obligó a avanzar—. Se te está pasando el tiempo para encontrar esposo, cuñada.

Capítulo 16

—¡Abre la maldita puerta!

Los golpes que alguien estaba dando en la puerta de su oficina apenas hacían mella en la conciencia de Nick.

—Vete al jodido infierno.

Al menos eso es lo que Nick creía haber dicho, pero le había salido bastante confuso.

El sonido de una llave insertándose en la puerta le hizo proferir más maldiciones.

—Fuera.

Ernest, su segundo al mando en el club, abrió la puerta de par en par.

—Aquí huele a pocilga.

—No recuerdo haberte preguntado nada. —Nick levantó la cabeza del escritorio intentando que su vista enfocara a Ernest. No funcionaba. Seguía viendo a tres personas—. Te dije que te marcharas.

Ernest se llevó las manos a las caderas.

—Mira cómo estás. Ni has comido, ni has dormido, ni te has bañado desde hace más de una semana.

—Ah, más consejos que no he pedido. —Nick cogió la botella de whisky y la agitó—. Vacía. Tráeme otra.

—Olvídalo, no te voy a traer nada. Te voy a llevar baño y te vas en meter a la bañera que acabo de preparar para ti. Después te vas a afeitar, a cortar el pelo y a comer algo caliente.

—Vete. No necesito que me cuides.

Nick hizo un gesto con la mano para indicarle que se fuera y apoyó la cabeza, muy adolorida, sobre el escritorio. La frescura de la madera alivió su cara ardiente.

—¿Sabes cuánto tiempo llevas escondido en esta oficina?

Nick suspiró. Volvía a oír esa voz molesta.

—Once días, seis horas y probablemente unos veinte minutos.

—Veo que llevas la cuenta —dijo Ernest.

—Una vez más. Vete.

—Muy bien. No me dejas otra opción.

Ernest se acercó a Nick, le levantó la cabeza por el pelo y le dio un puñetazo en la mandíbula. Luego levantó su cuerpo desplomado sobre su hombro y salió de la oficina con él.

—¿Estás intentando ahogarme?

Nick salió de la bañera soltando agua por la boca, decidido a matar a alguien.

Ernesto le arrojó una toalla y un pequeño frasco de jabón.

—Lávate. Le he pedido a alguien que venga a afeitarte y a cortarte el pelo. Después tomarás una comida decente, te vestirás como un caballero, bajarás las escaleras y te ocuparás de tus asuntos.

Nick se llevó una mano a la mandíbula y giró la cabeza. Maldita sea, Ernest podría haberle roto la mandíbula.

Cuarenta minutos después, Nick estaba seco, vestido, alimentado y algo sobrio. Se miró en el espejo mientras se arreglaba la corbata. Había perdido peso, tenía los ojos rojos y la piel pálida como la nieve.

El club, sin embargo, iba bien, a pesar de su comportamiento. Ernest le había estado informando de su marcha todas las noches después del cierre, pero tenía poco interés en ello. Le costaba mucho preocuparse por algo cuando ya no le importaba nada en la vida. Desde que había regresado de Londres estaba completamente deprimido .

Ver los ojos de Pamela llenarse de lágrimas por sus duras palabras, y después hacer que se subiera a su carruaje para irse a la casa de su hermano casi lo mata. Como era un cobarde, se escondió detrás de una cortina del salón para ver cómo se marchaba.

Le pareció que ser noble era un infierno.

Y desde entonces no había dejado de estar borracho.

Ernest se acercó a él cuando llegó al último escalón de la escalera que conducía al club.

—Sigues pareciendo como si estuvieras hecho una mierda.

—Es realmente sorprendente la cantidad de opiniones que puedes darme que me importan un bledo.

Se dirigió hacia la pared norte y observó una partida de póquer.

Su socio lo siguió enfurecido, se puso a su lado con los brazos cruzados, se apoyó contra la pared e inspeccionó el salón.

—Por si te interesa me parece que eres un imbécil por no volver corriendo a buscar a esa mujer.

—No te lo he preguntado.

Nick miró hacia atrás en el bar pensando en pedir una copa, pero como no era un gran bebedor antes de esa borrachera, lo más probable es que lo devolviera todo ahí mismo si tomaba alcohol después de haber comido.

—Por supuesto que no me lo has preguntado, porque sabes lo tonto que fuiste al escuchar a ese maldito hermano suyo al que la bruja de su esposa domina por completo.

Nick lo miró.

—¿Y cómo es que sabes tanto de esa gente?

Ernest sonrió.

—Porque cuando estabas llorando abrazado a tu interminable botella de whisky, me contaste toda la sórdida historia.

Nick no respondió, pero continuó ignorándolo. Odiaba cuando tenía razón. Pero su decisión ya estaba tomada, y eso era todo. Mulgrave tenía razón. No era lo suficientemente bueno para Pamela, y ella merecería vivir en el mundo en el que había nacido.

Ahora bien, aunque se repitiera eso a sí mismo todos los días durante el resto de su vida, nunca se lo iba a creer.

Se apartó de la pared para pasearse por el club. Ojalá hubiera podido sentirse contento con todo el dinero que estaba ganando. Sus finanzas estaban mucho más cerca de hacerle alcanzar su sueño de vender el club para invertir el dinero en un negocio respetable. Ferrocarriles, acciones y bonos, un hotel y un buen restaurante. Pero todo el entusiasmo que había sentido por tales proyectos murió cuando lady Pamela Manning se alejó de él.

No. Ella no se alejó de él. Él la obligó a marcharse. Maldita sea, y primero la avasalló. Si alguna vez se la encontrara en la calle en Londres, probablemente se apartaría de él para ni siquiera rozarlo con la ropa.

Se frotó la cara y se dirigió a la barra.

—Whisky.

—¿Está seguro, jefe? —Preguntó Toby.

—Sí. Estoy seguro.

Tomó el vaso y regresó a su oficina. Ernest debió haber hecho que alguien limpiara el lugar mientras se bañaba y cenaba.

Se sentó en el escritorio y colocó el vaso de whisky frente a él. Lo miró fijamente durante varios minutos, luego lo levantó y arrojó el vaso y su contenido contra la pared. El vaso explotó en mil pedazos y un líquido amarillento se deslizó por la pared hasta llegar el suelo.

—¡Maldita sea! ¿Maldita sea!

—Simplemente no intentes entablar ninguna una conversación. De todos modos, a los hombres no les gustan las esposas que hablan todo el tiempo.

Corinne se puso los guantes mientras se volvía para permitir que el mayordomo le pusiera la capa sobre los hombros.

Pamela miró a su hermano. Se había dado cuenta de que mientras ella había estado viviendo en la residencia, su hermano había desarrollado un problema de audición. Rara vez, si es que alguna vez lo hacía, reaccionaba, o comentaba, ante las críticas constantes y los consejos de Corinne. Y no solo se dirigían Pamela, sino también a su esposo, al personal de servicio y a sus amigos.

David había adquirido una expresión facial que no decía nada. Cuando estaba con su esposa, lo cual no era muy frecuente, parecía encerrarse en sí mismo disfrutando de la vida interior que se había creado. Sentía mucha lástima por él.

—Y por el amor a la bondad, Pamela, sonríe. Siempre pareces como si acabaras de chupar un limón.

Corinne se volvió, tomó a David del brazo y los tres comenzaron a bajar las escaleras.

Pamela, Corinne y David se dirigían a otro baile infernal. En los once días —no es que hubiera estado contando— desde que se separó a Nick, había estado alternando entre no dejar de llorar y tirar cosas, y tener que ser arrastrada de un evento social a otro.

Su cuñada la había tomado bajo su protección con la promesa de casarla en pocos meses. No importaba que Pamela le volviera a repetir que no tenía ningún deseo de casarse.

A menos que fuera con Nick.

Nick.

De nuevo le dolía el corazón. Por mucho que lo intentaba, no podía entender por qué había pasado de ser el hombre cariñoso y protector del que se había enamorado a convertirse en una persona dura y fría que la había rechazado sin inmutarse. Había algo en todo el asunto que no parecía cuadrarle. Tal vez se lo decía su corazón herido, o porque era una tonta que intentaba aferrarse a cualquier señal de esperanza por pequeña que fuera.

El baile de los Everson era idéntico a todos las demás. La misma gente, la misma música, los mismos refrigerios, y las mismas muchachas risueñas y tontas en busca de marido. Pamela intentó esconderse en un rincón, pero Corinne no se lo permitió.

El desfile de jóvenes comenzó tan pronto como se iniciaron los primeros compases de la música. Corinne los había arrastrado hacia ella.

—Lord Weatherby, no creo que haya tenido el placer de bailar con mi cuñada. Corinne sonrió alegremente al pobre hombre que se pasó un dedo por el cuello.

—No. No lo creo. —Hizo una reverencia y le ofreció su mano a Pamela—. ¿Me permite bailar esta cuadrilla con usted, lady Pamela?

Ella asintió y aceptó su mano mientras Corinne le murmuraba:

—No hables nada.

Pamela quería ponerse a gritar, estrangular a su cuñada y hacer entrar en razón a su hermano. A pesar de lo que sabía de la señora O'Leary, casi deseaba estar de vuelta en su cómoda habitación en su residencia.

Antes de que el señor Nicholas Smith llegara a su vida, tal vez no estaba tremendamente feliz, pero al menos se sentía contenta. Tenía a sus amigas, a sus alumnas y su libertad.

Ahora se sentía como una muñequita mimada que se le da a una niña para que la ponga en una estantería. No para jugar, sino solo para admirar.

Dado que el baile no requería estar juntos durante demasiado tiempo, pudo evitar hablar y simplemente asintió con la cabeza a los comentarios que hizo lord Weatherby.

Cuando el baile llegó a su fin, tomó una decisión. Iba a pedir que le trajeran el carruaje para volverse a casa. Estaba aburrida, cansada de la tensión constante de no poder hablar, y le empezaba a doler la cabeza.

Lo que más deseaba en ese momento era tomarse una taza de té, ponerse su suave y cómodo camisón y continuar con el libro que estaba leyendo en ese momento. Como no tenía sentido preguntárselo a Corinne, una vez terminado el baile, Weatherby le hizo una última reverencia, ella se la devolvió rápidamente y enseguida se puso a buscar a su hermano.

No era de buena educación separarse de lord Weatherby tan rápidamente, ya que hubiera debido tomarlo del brazo y permitir que le ofreciera un refrigerio antes de ir en busca de su próximo compañero de baile.

Pero eso podría implicar que tuviera que hablar y se le había prohibido hacerlo a menos que fuera absolutamente necesario. Una vez le había preguntado a Corinne que ocurriría si acababa casada con uno de los caballeros que ella le traía ¿no le sorprendería oírla tartamudear?

Corinne se había limitado a hacerle un gesto de desdén y a preguntarle si había estado trabajando con el tutor que habían contratado para que la ayudara a hablar.

Pamela encontró a David cerca de la mesa de refrigerios, donde sostenía un vaso con un líquido que no se parecía en nada a la limonada que daban. Estaba conversando con otro caballero con el que Pamela había bailado en el último baile. El señor Davidson.

David inmediatamente miró hacia ella, y Pamela miró brevemente al señor Davidson, que se excusó.

—¿Qué pasa, Pamela?

—Cada vez te-tengo más m-migraña. ¿Puedo p-pedir que me traigan el c-carruaje para volver a ca-casa?

—No puedes irte sola. Veré si Corinne está lista para irnos. —Miró alrededor de la habitación—. También me duele la cabeza.

Le guiñó un ojo y le dedicó una sonrisa que le calentó el corazón.

Ese era el David que recordaba de su infancia. No habían sido muy cercanos porque tenían una diferencia de edad de siete años. Cuando Pamela solo tenía cinco años, David fue enviado a su colegio y solo regresaba en verano y vacaciones.

Sin embargo, le encantaban esas visitas. La llevaba a pasear por el bosque cercano a su finca, e incluso jugaba a tomar el té con ella y sus muñecas.

Pamela lo tomó del brazo y se dirigieron hacia un grupo de damas que lanzaban miradas despectivas a algunas de las jóvenes que tenían el descaro divertirse. Por supuesto, Corinne formaba parte del grupo de censoras.

David hizo una reverencia.

—Buenas noches, señoras.

Todas las damas hicieron una reverencia.

—Querida, me temo que lady Pamela se siente mal. Voy a pedir que nos traigan el carruaje. ¿Deseas quedarte? Si es así, puedo hacer que el conductor regrese por ti.

Los ojos de Corinne se abrieron de par en par, luego los entrecerró y miró a Pamela.

—¿No te sientes bien?

—N-n-no.

Por el amor a la bondad, a veces esa mujer la dejaba temblando.

Corinne enderezó los hombros.

—Dado que solo he venido para animar a las posibles parejas de lady Pamela, no veo ninguna razón para quedarme.

Con un movimiento de sus faldas, tomó el otro brazo de David y los tres se dirigieron a la puerta principal.

El viaje a casa estuvo lleno de tensión. Obviamente, Corinne no estaba contenta con que se hubieran ido tan pronto. Pero casi nunca estaba contenta con la mayoría de las cosas que sucedían.

Una vez que llegaron a casa, Pamela se fue a su dormitorio y Corinne y David se dirigieron al salón. Pamela llamó a la sirvienta que le habían asignado, la sirvienta de Corinne, Penelope, para que

la ayudara a quitarse la ropa. Como no llegaba después de esperar un rato, asumió que debía estar ayudando a Corinne.

Como pensaba que una tisana le podía venir bien para relajarse y dormir, salió de su habitación, y cuando llegó al pie de la escalera oyó el sonido de la voz de Corinne, que procedía del salón. Normalmente, Pamela bloqueaba los oídos para no escuchar sus diatribas, tal como David había aprendido a hacer, pero cuando escuchó el nombre de Nick, se detuvo bruscamente.

Los espías nunca escuchan nada bueno sobre sí mismos, pero Pamela no se iba a mover hasta saber qué ocurría.

—¿Te has tomado todas esas molestias para deshacerte de ese horrible jugador, Nick Smith, y ahora te niegas a exigir a Pamela que asista a fiestas y eventos? ¿Se va a quedar pegada con nosotros el resto de nuestras vidas?

—Corinne, la muchacha no está contenta. Ya sabes que no conozco demasiado bien a mi hermana, pero cualquiera puede ver que ha estado muy deprimida desde que llegó aquí hace casi dos semanas.

—Lo superará. Vuelve a ver a Smith y ofrécele dinero para que se case con otra persona. Una vez que no esté disponible, Pamela lo olvidará y entenderá que hiciste lo mejor para ella.

—¿Lo mejor? ¿He hecho lo mejor para ella, o para ti y tu obsesión con el apellido Mulgrave?

Pamela se puso completamente pálida y se tuvo que agarrar a la jamba de la puerta para no caerse al suelo. ¿David se había "deshecho" de Nick?

Con las piernas rígidas bajó los pocos escalones que le quedaban y abrió la puerta del salón. David y Corinne se volvieron. David dejó caer los hombros y se pellizcó el puente de la nariz, pero Corinne se incorporó.

—Bueno, es mejor que lo sepas. Sí, tu hermano tuvo el buen tino de apelar al lado sensato del señor Smith y hacer que descartara cualquier idea tonta que tuvieras sobre casarte con un jugador.

Ignorando a Corinne, Pamela se acercó a David.

—¿Por q-qué haz hecho e-esto? —Aunque estaba gritando por dentro, apenas susurraba y le costaba hablar—. ¿Por qué me has a-arrebatado a la única p-persona que en toda mi vi-vida me ha hecho f-feliz? ¿La única que m-me ha hecho se-sentir que no me pasa nada m-malo porque t-tartamudee? ¿La única p-persona que sé de c-corazón que me s-amaba de verdad? ¿Tanto m-me o-odias?

David levantó la cabeza y se acercó a ella, pero Pamela retrocedió.

—No. No te odio. Te quiero. Pensaba que era lo mejor para ti.

Su ira iba lentamente en aumento y su voz se hizo más fuerte.

—Tú, m-maldita sea, no querías lo m-mejor para mí. Querías hacer lo que m-más convenía a C-Corinne para que no tener que e-escucharla la-lamentando el hecho de que el n-nombre de los Mulgrave se fuera a m-manchar por c-culpa de que a-alguien iba a ser fe-feliz.

—Pamela, por favor. Escúchame.

Pamela hizo un gesto de corte la mano.

—Estoy t-teniendo que e-escuchar a todo el m-mundo menos a mí m-misma. —Se dio la vuelta y salió corriendo de la habitación—. ¡P-Penelope! Dondequiera que e-estés, p-prepara mis maletas. ¡Me voy a Bath!

Capítulo 17

Nick estaba sentado en su escritorio bebiendo café con los ojos fijos en el informe de Ernest de la noche anterior. Era su primer día completamente sobrio desde que regresó a Bath. Después de reflexionar mucho había decidido tomar el último tren a Londres esa misma noche.

Había sido un idiota por hacer caso al hermano de Pamela. Por lo que había dicho Marcus, sabía que lord Mulgrave no tenía valor para enfrentarse a su maliciosa esposa. Sin duda, la "charla" que Mulgrave le había dado había sido instigada por su esposa. Lo cierto es que todavía tenía que madurar...

Levantó la cabeza cuando la puerta de la oficina se abrió con tanta fuerza que se estrelló contra la pared, y enseguida rebotó dos veces.

Era Pamela, que tenía las manos a los costados y el pecho agitado. Cuando comenzó a levantarse, ella levantó una mano.

—No. Te. Atrevas. A moverte.

Se acercó a él, echó el brazo hacia atrás y le lanzó un puñetazo en la mandíbula.

Pamela era hermosa, y era la mujer que amaba, y quería pegarle fuerte, pero un niño pequeño le habría hecho más daño a su mandíbula que ella. Aunque, como todavía le molestaba por el puñetazo no tan ligero que le pegó Ernest el día anterior, sintió un poco de dolor.

—¿Qué...

Como un ángel vengador, Pamela puso una mano sobre su pecho y lo empujó. La sorpresa hizo que cayera fácilmente contra el respaldo de la silla. Pamela colocó sus manos a ambos lados de su cuerpo, y lo dejó encajonado.

—¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves a escuchar a mi hermano que es un torpe, un idiota y un estúpido? ¿Por qué piensas que sabes lo que es mejor para mí? ¿Por qué crees que puedes

apartarme de tu vida simplemente porque mi hermano te dijo que tenías que hacerlo?

Cuando se retiró, se estiró las mangas del vestido, cruzó los brazos bajo sus hermosos pechos y se quedaron un instante en silencio.

—¿Y bien? ¿No tienes nada que decir?

Nick la miraba con la boca abierta.

—Sí. Que no estás tartamudeando.

Ella se llevó las manos a los costados y lo miró fijamente.

—No, no he tartamudeado.

Pamela se llevó las manos a su regazo.

—Estabas tan enfadada que no has tartamudeado.

Pamela le dio un empujón en el pecho.

—N-n-no creas que de ahora en a-adelante puedas hacer que no ta-tartamudee e-enfadándome.

Los ojos de Nick la observaban devorándola. Tenía la cara sonrojada, los ojos brillantes y los labios muy, muy besables. Su cabello rubio y rizado había perdido el peinado que se hubiera intentado hacer antes de salir.

Sonrió. ¡Oh, cuánto la amaba! Pensaba que tendría que pelear para conseguirla, y se veía luchando en el suelo contra su hermano para quedarse con ella, por lo que no podía creerse la suerte de que hubiera aparecido.

Tenía razón. Había sido un idiota al dejar que su hermano lo convenciera de que por su propio bien tenía que dejarla. Pero, por lo que había visto, todo lo que su hermano supuestamente había hecho por ella siempre había sido el bien de él.

—Casi nos hemos perdido el uno al otro, ya sabes.

—¿A qué te r-refieres?

Nick se puso a juguetear con un mechón de pelo que se le había escapado del peinado y caía libre sobre su hombro.

—Quiero decir, después de días hundido en la autocompasión e intentar emborracharme hasta quedar en coma, había decidido tomar el último tren a Londres de hoy, para convencerte para que volvieras o arrastrarte de los pelos si te negabas a venir.

Ella se agachó hasta quedar cara a cara.

—Me he adelantado.

Nick le cogió la cara entre las manos y la miró fijamente a los ojos.

—Fui un tonto. Un completo idiota. Ni siquiera le echaré la culpa al miedo de no ser lo suficientemente bueno, que tengo profundamente arraigado. Sé que sí soy lo suficientemente bueno para ti porque te quiero mucho, y eso me convierte en el hombre más feliz e inteligente de Bath. Probablemente de Londres también. —Hizo un gesto con el brazo—. Joder, de toda Inglaterra.

Pamela le pasó un dedo por una ceja.

—Yo también te quiero, i-imbécil. No me importa que seas d-dueño de un club de juego, o que te hayas cr-criado en las calles de Londres. Me e-encanta eso de ti porque forma parte de lo que es el s-señor Nick Smith. El hombre al que a-amo.

—¿Todo bien, jefe? —Ernest se apresuró a entrar en la habitación y, al contemplar la escena se detuvo con una gran sonrisa —. Bueno, parece que sí.

Pamela se sonrojó de nuevo mientras su mirada oscilaba entre Ernest y Nick.

—Me temo que e-estaba un poco f-fuera de control cuando he llegado.

Nick se esforzó por no reírse.

—¿Fuera de control?

—Quiere decir —dijo Ernest— que llegó furiosa, que casi derriba al portero, que dijo algo sobre matarte lenta y dolorosamente, y que subió corriendo las escaleras antes de que nadie pudiera detenerla.

Nick arqueó las cejas mientras le sonreía.

—¿Hiciste eso? Tú, mi dulce y tímida futura novia, ¿hiciste eso?

—¿Querida novia? No recuerdo haber escuchado que me propusieras ser tu novia.

Nick se removió en la silla y miró por encima del hombro de Pamela.

—Ernest, ya puedes irte.

El hombre hizo un gesto para despedirse de Nick y salió de la habitación.

—Nadie debe molestar al señor Smith —gritó mientras se alejaba de la puerta.

Nick se puso de pie, todavía con Pamela en los brazos, y se volvió para que se sentara al borde de su escritorio. Entonces dio unas palmaditas en el bolsillo de la chaqueta, sacó la caja con el anillo y se arrodilló.

—Lady Pamela Manning, te amo con todo mi ser. Eres el aire que respiro y lo que hace que mi sangre corra por mi cuerpo. —Le guiñó un ojo—. En más de un sentido.

Ella se sonrojó.

Y él continuó.

—¿Me harías el gran honor de aceptar mi mano para tomarte en matrimonio?

—S-sí. Quiero.

Abrió la cajita y sacó el anillo que llevaba consigo desde hacía dos semanas. Gracias al Cielo, no lo había arrojado a la chimenea las pocas veces que quiso hacerlo. Después le deslizó el anillo en su dedo. Aunque demasiado grande para ella, se podía arreglar fácilmente.

—¡Enhorabuena!

La puerta de la oficina se abrió de nuevo, y varios empleados y algunos clientes irrumpieron en la oficina.

—Pensaba que le habías dicho a todo el mundo que no se me debía molestar.

Ernest sonrió.

—No te hemos molestado hasta que no terminaste tu petición de mano. Y fue muy bonita.

—¿Estabais todos e-escuchando en la p-puerta? —Preguntó Pamela sin aliento

Toby se abrió paso entre la multitud y depositó una botella de champán sobre el escritorio, junto con dos copas.

—Por supuesto que estábamos escuchando. No íbamos a dejar que este hombre volviera a estropearlo todo.

—Aunque estéis todos por aquí no me vais a impedir que haga lo que deseaba hacer desde que mi prometida entró por esa puerta.

Se puso de pie e hizo que Pamela se levantara. La rodeó con sus brazos y la besó profundamente mientras veinte o más observadores los animaban con sus gritos.

Epílogo

—Con este anillo te desposo, con mi cuerpo te venero y con todos mis bienes terrenales me entrego: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Las palabras que pronunció Nick resonaron firmes y claras mientras deslizaba el anillo de boda en el dedo de Pamela.

Habían transcurrido dos semanas extenuantes desde el momento en que se comprometieron entre vítores hasta el momento en que se presentaron ante el párroco. Nick le pidió a Marcus que le consiguiera una licencia especial para celebrar una boda rápida, pero Addie, Lottie e incluso Lizbeth, el miembro más reciente del grupo de amigas de Pamela que se llamaban a sí mismas *Las alegres inadaptadas de Bath*, lo habían tranquilizado diciéndole que merecía una buena boda.

Por supuesto que quería que su novia tuviera una boda agradable, pero también deseaba tener todas las noches en su cama su cuerpo cálido, suave y dispuesto. La señora Fletcher se había convertido en una absoluta tirana, y no los dejaba estar a solas.

—Pero, señora Fletcher, nos casaremos en pocos días. ¿Qué diferencia hay si anticipamos un poco los votos?

No le gustaba emplear un tono suplicante porque, al fin y al cabo, ella era su empleada.

Pero cuando se lo señaló, la señora Fletcher se limitó a reírse y se alejó de él. Y cuando le gritó que estaba despedida, se rió a carcajadas.

Pero la espera valió la pena, acababan de celebrar la ceremonia y el banquete de bodas casi había terminado.

La mayor sorpresa que se llevó, y probablemente positiva para Pamela, fue cuando lord y lady Mulgrave entraron en la iglesia. Le pareció que su hermano prácticamente iba arrastrando a su esposa cuando cruzaron la puerta, pero al menos le estaba prestando su apoyo.

Nick también había hecho las paces con él. Si iban a estar emparentados, más le valía intentar llevarse bien. ¿Y con lady Mulgrave? Ja. Esa era una hazaña imposible.

Observó a su nueva cuñada. Miraba al frente, casi como si tuviera miedo de hablar accidentalmente con alguien que considerara inferior a ella.

Como las damas querían que la celebración fuera a lo grande, habían contratado músicos, y después del banquete habría un baile. Nick estaba agradecido de que lord y lady Berkshire les hubieran ofrecido que el banquete de bodas se celebrara en su casa.

Cuando le dio las gracias a Grayson, este lo llevó a un lado y le dijo:

—Te alegrarás mucho de estar en la casa de otra persona cuando quieras llevarte a la novia al dormitorio, y no tengas que pedir a los invitados que se vayan.

A Nick le llamó la atención Marcus Mallory, que estaba hablando con mucho interés con la señorita Davenport. La muchacha había sido recibida por Addie con los brazos abiertos cuando llegó de Londres tras de su terrible experiencia. Marcus le había contado que trabajaba a tiempo parcial en la antigua librería de Addie, *Once Upon a Book*.

Pero no sabía que Marcus y la señorita Davenport se habían hecho amigos. Aunque en ese momento su conversación parecía haberse vuelto bastante acalorada, por lo que tal vez no eran tan amigos como pensaba.

Pero cuando lord Berkshire se acercó a ellos, que se encontraban cerca de la orquesta, les dijo algo que hizo que ambos rieran. Marcus asentía con la cabeza y la señorita Davenport sonreía.

Sin embargo, Nick estaba más interesado en llamar la atención de su nueva esposa. Pamela estaba ocupada charlando con Lottie y Addie, lo que le sorprendía porque cuando estaba con ellas casi no tartamudeaba Todavía se reía cuando recordaba que no había tartamudeado en ningún momento cuando entró en su oficina dispuesta a pegarle un puñetazo. Por eso confiaba en que, con el tiempo, se relajaría lo suficiente con él como para que su tartamudeo disminuyera.

No es que le importara demasiado. La amaba tal y como era, con su tartamudez incluida.

Justo cuando estaba a punto de cruzar la habitación para llevársela a hombros, Pamela se volvió y le sonrió. Eso fue todo lo que le hizo falta.

A los pocos minutos, le puso un brazo en la cintura, se despidió rápidamente de los invitados y la sacó de la casa.

—Ay. T-tienes demasiada p-prisa.

—Oh, sí, mi amor. Tengo mucha prisa.

La ayudó a subir a su carruaje y bajó la persiana para separarse del resto del mundo. La atrajo a su regazo y la besó con todo el deseo reprimido que había estado acumulando desde hacía semanas.

Pamela apoyó su frente en la de él.

—Te quiero, s-señor Smith.

—Y yo también te quiero, señora Smith. —Se echó hacia atrás —. Aunque he estado investigando un poco y, en realidad, eres lady Pamela Smith.

Ella puso sus hermosos ojos en blanco.

—Eso no me importa en absoluto, señor Smith.

Era todo lo que necesitaba escuchar.

Y lo dijo sin tartamudear.

Fin

¿Te ha gustado esta historia? Por favor, considera dejar una reseña en Goodreads o en el lugar donde compraste el libro. Larga o corta, tu reseña ayudará a otros lectores a descubrir a nuevos autores y a tomar decisiones de compra.

Espero que te hayas divertido leyendo la historia de amor de Pamela y Nick.

http://calliehutton.com/book/the-artist-and-the-rake/

Puedes encontrar una lista de todos mis libros en mi sitio web:
http://calliehutton.com/books/

Sobre la autora



Una de las autoras más vendidas de la lista del USA Today, Callie Hutton, ha escrito más de 45 libros de romance histórico y de misterio. Vive en Oklahoma con su familia, muy unida y animada, que incluye a sus nietos gemelos, conocidos cariñosamente como "Los Twinadoes".

A Callie le encanta escuchar a los lectores. Puedes ponerte en contacto con ella directamente en calliehutton11@gmail.com o encontrarla en línea en www.calliehutton.com.

Derechos de autor

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con eventos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Todos los derechos están reservados, incluido el derecho de reproducción, distribución o transmisión en cualquier forma o por cualquier medio. Para obtener información sobre los derechos subsidiarios, póngase en contacto con la autora.

Sitio web de la autora: http://calliehutton.com/
Diseño de portada por Maria Connor, My Author Concierge
Hecho en Estados Unidos de América

Primera Edición Febrero 2020